

SERMONES: 2000

Padre Basilio Méramo

JUEVES SANTO

MISA EN RECUERDO DE LA CENA DEL SEÑOR

20 de abril de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En esta fecha normalmente se celebra una sola Misa en cada iglesia o en cada comunidad religiosa (aparte de la Misa Crismal, celebrada por el Obispo, en la cual se bendicen los Santos Óleos) en la que comulgan los demás sacerdotes que no dicen Misa. Esa Misa tan solemne es la memoria de la Cena del Señor, en la cual Nuestro Señor consagró el pan y el vino anticipando el sacrificio que iba a ofrecer en la cruz y que posteriormente, en las Misas que decimos, viene a ser la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario. En consecuencia, el Jueves Santo la Iglesia festeja la institución de la Santa Misa realizada por Nuestro Señor el día anterior a su crucifixión.

También celebra la Iglesia el sacramento del Orden, o sea la ordenación de los doce apóstoles. Los sacerdotes festejamos en este día la institución del sacerdocio unida a la institución de la Santa Misa ya que están íntimamente ligadas. El sacerdote es el hombre del sacrificio; la Santa Misa y el sacrificio son ofrecidos por el sacerdote. El misterio de la Santa Misa, de la Eucaristía, que es en primer lugar el Santo Sacrificio de la Misa y en segundo la Comunión, que es una participación muy íntima y muy estrecha en este Santo Sacrificio, tienen una importancia vital. Por esta razón, si no se tiene la Santa Misa como un Sacrificio, queda desnaturalizada de su esencia; de allí la importancia de reafirmar en la Misa ese acto del Sacrificio, ese carácter de sacrificador del sacerdote, y no como hoy día, en que el sacerdote ejerce un papel de mero presidente que preside o encabeza al pueblo. Este es un grave error teológico; el sacerdote no es presidente de nada; el sacerdote es otro Cristo sacramentalmente instituido por Nuestro Señor con el orden que le imparte, para que siendo otro Cristo, pueda reproducir sacramentalmente el mismo sacrificio que Nuestro Señor ofreció en el Calvario. Eso es lo que desgraciadamente los protestantes no pueden entender. La nueva concepción de la liturgia y de la Misa hacen que ese carácter desaparezca, quede sepultado cuando se dice que la Misa es sencillamente una cena. ¡No! No es simplemente una cena, es cena y algo más, es el sacrificio de Nuestro Señor que se ofrece en su Cuerpo, en su Sangre, en su Alma y en su Divinidad para que lo comamos; no es el ágape al cual se refiere San Pablo en su primera epístola dirigida a los Corintios al recomendarles que no vayan a la iglesia a comer. ¿Por qué? Porque antiguamente estaban juntos el Santo Sacrificio y la comida -el ágape- y eso poco a poco degeneró por el inconveniente de los que tenían y llevaban qué comer al lado de quienes nada tenían y nada llevaban, lo que empezaba a crear una especie

de tensión y de distracción al confundir lo uno con lo otro; por eso San Pablo, sabiamente inspirado por el Espíritu Santo, comenzó a predicar en contra de ese ágape o cena que tenía lugar junto con el Santo Sacrificio de la Misa y fueron entonces separadas una cosa de la otra. Sería pues ilógico volver a convertir la Misa en una simple cena o comida reprobada ya por el mismo San Pablo.

Realiza entonces Nuestro Señor un misterio inefable, misterio de fe, *mysterium fidei* esencial; porque luego, si no se cree que es el misterio de fe, ¿qué es? No sería nada y ese misterio de fe que nosotros recibimos es la Sangre y el Cuerpo de Cristo, lo cual se cree por la fe.

Por todo lo anterior, se nos pide que no bebamos ni comamos indignamente el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo; claro está, todos somos indignos en cuanto somos miserables y pobres criaturas humanas, pero si tenemos el corazón sucio por el pecado mortal, esa es la indignidad con la cual no se puede recibir la Eucaristía ya que esa Comunión sólo serviría para nuestra propia condenación. De ahí la necesidad de acudir a la confesión cada vez que incurramos en pecado grave, en pecado mortal; los veniales no nos excluyen de comulgar; al contrario, si vamos arrepentidos esa misma comunión nos los borra, pero no así el pecado grave. Por eso debemos comulgar siempre con un corazón que no tenga, por lo menos en la memoria, conciencia de pecado mortal que recurramos a la santa confesión para limpiarnos, para lavar nuestras almas. Nuestro Señor nos lega ése, Su testamento: la Santa Misa y el Sacerdocio.

En esta misma ocasión Nuestro Señor protagoniza un ejemplo de profunda humildad. Él, como Señor y Maestro, no escatima humillarse hasta el punto de lavar los pies a sus discípulos. San Pedro -que no concebía aquel gesto se opone, a lo cual Nuestro Señor agrega, que si no se deja lavar los pies no tendrá parte con El, es decir, no tendrá lugar con El en el cielo. Accede entonces Pedro y dice que no solamente lave sus pies sino también manos y cabeza. Nuestro Señor le enseña que aquel que está limpio, que se ha bañado, no necesita lavarse más que los pies por el polvo del camino, pero que el resto del cuerpo está limpio. Sin embargo, allí, en medio de sus doce apóstoles había un traidor: Judas.

Siempre habrá un traidor a nuestro lado. Nuestro Señor, con suma paciencia lo soporta, espera hasta el último momento que se convierta, que se arrepienta. Incluso Judas, después de traicionarlo, por no confiar en la bondad, en la paternidad de Dios, de Nuestro Señor, pudiendo arrepentirse aun después de haberlo entregado, no confió en Dios; se desesperó y se ahorcó.

No nos debe escandalizar el hecho de que Nuestro Señor cuente con un traidor entre sus apóstoles. ¿Para qué? para dejarnos una gran lección; ¿cuál lección?, que siempre, cuando hacemos el bien, habrá alguien que nos traicione, alguien que trabaje en contra y por eso dentro de la misma Iglesia hay traidores y de ellos sabe Dios. Los grandes herejes, los grandes heresiarcas salieron siempre de la Iglesia, fueron traidores; el mismo Lutero fue monje agustino; Arrio, sacerdote en

Alejararía. Todas las grandes herejías y los cismas son originados por alguien que traiciona a la Iglesia, un traidor a Nuestro Señor, un traidor a la verdad. Por eso, para no traicionar a la Iglesia, para no traicionar a Nuestro Señor, hoy más que nunca debemos permanecer fieles a la doctrina de la Iglesia, fieles a la Sacrosanta Tradición en la cual no hay error, ni puede haber error; porque la Iglesia, durante dos mil años de existencia, no pudo jamás equivocarse, y si hay errores, ellos vienen de la innovación, de los cambios; este es el gran problema del modernismo, del progresismo, errores introducidos impíamente dentro de la Iglesia.

Pablo VI dijo al respecto que el humo de Satanás había entrado en la misma Iglesia y esto provocaba autodestrucción, autodemolición; entonces no nos extrañemos de ver en la Iglesia tantos cambios que en definitiva hacen perder la fe, hacen progresar las sectas protestantes por doquier. Es horroroso, hace cincuenta años ser protestante era un estigma, había muy pocos y podían señalarse con el dedo; hoy no, ya tienen carta de ciudadanía gracias a la libertad religiosa que destruye el principio que sostiene a la Iglesia Católica como la única religión verdadera y la única religión por la cual nos salvamos.

En esta Semana Santa pidamos a Nuestra Señora poder permanecer como Ella al pie de la Cruz, para configurarnos e identificarnos con Nuestro Señor Jesucristo crucificado, que sufrió terriblemente la peor de las muertes, la muerte lenta por asfixia en la cruz y todo por amor hacia los hombres, por amor hacia nosotros para salvarnos. Que nuestro corazón tenga esa respuesta de amor para con Dios. Eso es lo que Dios quiere; nuestro amor, y por eso el primer mandamiento es amar a Dios sobre todas las cosas. Pidamos a Nuestra Señora el poder amarlo al igual que Ella lo amó, amarlo con todo nuestro corazón, y así retribuir el amor que Nuestro Señor nos prodiga desde la Cruz. +

+++++

VIERNES SANTO

EN MEMORIA DE LA PASIÓN Y MUERTE DEL SEÑOR

21 de abril de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Hoy tenemos un significado principal y es que asistimos a un día de completo luto por la muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, en este día no se celebra la Santa Misa en ninguna parte del mundo. Ayer, Jueves Santo, tampoco se celebró la Santa Misa, únicamente la Crismal y una Misa por iglesia, capilla o comunidad religiosa; pero en el día de hoy y lo mismo en el día de mañana no hay Misa, la Misa será de Vigilia, será la Misa de Resurrección y no Misa del sábado sino de Pascua, es la Misa del Domingo que se dice en la vigilia. Normalmente la liturgia pide que se haga a medianoche, porque es a medianoche cuando comienza el día, pero en vista

de las dificultades de la vida y por el ajetreo del mundo moderno, se adelanta para facilitarla a los fieles.

Tenemos entonces ese carácter de duelo absoluto por la muerte de Nuestro Señor.

Nos dice San Marcos, o sea el Evangelio de San Pedro (ya que Marcos era secretario de Pedro, por eso viene a ser el Evangelio de San Pedro) que Nuestro Señor fue crucificado a la hora de tercia; eran pues las nueve de la mañana¹.

Los romanos partían el día en dos, de las seis de la mañana a las seis de la tarde y de las seis de la tarde a las seis de la mañana. A la hora sexta -al mediodía- se cubrió de tinieblas el Calvario y toda Jerusalén hasta la hora nona. Es decir, eran las tres de la tarde cuando Nuestro Señor murió en la cruz; fueron horas de un largo suplicio, horas de agonía, de asfixia, horas de la peor de las muertes, la muerte de los esclavos, de los malvados, de los malhechores según el derecho romano.

Más doloroso aún para Nuestro Señor fue haber sido clavado en la cruz, ¿por qué? Porque los clavos no hacían más que multiplicar al infinito ese dolor que causaba el estar suspendido al rozar los tendones. Si a uno le llegan a tocar un tendón por un segundo o por menos, salta y grita de dolor. Y estar ahí, izado en la cruz, mantenerse colgado de los tendones de las manos durante tres largas horas incrementando su dolor, apoyándose sobre los pies -también clavados- para izarse y así poder respirar, ya que la muerte en la cruz es originada por asfixia. Cuando querían que el condenado muriera rápido -si no había perecido ya-, le quebraban las piernas para que no tuviera punto de apoyo y no se izara con las piernas, lo que le impedía respirar, ocasionándole la muerte inmediatamente. Y por si esto fuera poco, si pensamos nada más en lo acontecido antes de la cruz, eso bastaba para que Nuestro Señor ya estuviese muerto. El solo pensamiento, la imaginación de lo que Él sabía que iba a ocurrir a cada segundo lo hizo exudar sangre. Solamente el terror, el dolor producido por la previsión de un sufrimiento que no podemos evitar puede producir esa exudación. Si pensásemos en una tortura terrible y viésemos todo lo que nos ocurriría, estaríamos espantados. Ese terror, ese dolor intenso nos haría exudar sangre, si es que no morimos de la misma pena antes de sufrirlo; a veces es mucho más doloroso el imaginar un sufrimiento, que padecer el sufrimiento mismo, porque imaginarlo es más terrible. Santo Tomás y los teólogos dicen que si los mártires pensasen en el suplicio sensible, material, del que serían objeto, no podrían resistir el martirio. Por ende, no es bueno pensarlo y, más aún, sólo se tiene la gracia en el momento, ni antes ni después, únicamente en el abandono en manos de Dios.

De allí viene que la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro presente al Niño en los brazos de la Santísima Virgen María con una de sus sandalias cayéndose, además de dos ángeles con los instrumentos del suplicio de la cruz. ¿Eso

¹ San Juan 19, 14 dice que era la hora sexta (12 del día). La diferencia podría consistir en que el uno se refiere al inicio del proceso que lo lleva a la Cruz (San Marcos) y el otro se refiere a la hora misma de la crucifixión (San Juan)

qué significa? Que Nuestro Señor, siendo niño, al mostrarle los dos ángeles la cruz del Calvario y los clavos, se asustó y por eso se cae su sandalia; es una bella manera de mostrar cómo Nuestro Señor desde niño ya tenía ese pensamiento y ese dolor.

Nuestro Señor Jesucristo, como hombre, sufrió lo indecible y he ahí el gran misterio: que siendo Dios, gozando de la visión beatífica, sufrió lo indecible en su naturaleza humana, anonadándose literalmente, haciéndose o volviéndose nada; ¿en qué sentido? En que en El, teniendo el privilegio por la unión hipostática, por la unión con la naturaleza divina, la segunda persona del Verbo, su naturaleza humana debía estar glorificada, impasible, inmortal; esa gloria la dejó El traslucir en el Tabor. Pero El no quiso que ese cuerpo, esa naturaleza, esos huesos, esa carne, estuviesen en el estado glorioso. Así no hubiera sido posible que El sufriese y, menos aún, que muriese en la cruz; esta es la razón por la cual se anonadó. No por el hecho de la Encarnación, que manifiesta asimismo el poder de Dios y su unión con la criatura y a través del hombre con el universo. De ahí esa unidad, esa perfección. Todo sale de Dios y debe volver a Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo y es absurdo pensar que hay otro hombre en la tierra que nos pueda salvar. Es absurdo pensar que hay otra religión, otras religiones, otras creencias, otras iglesias; todo lo que salió de la mano de Dios por el Verbo de Dios, debe volver por el Verbo Encarnado que es Nuestro Señor Jesucristo, Rey del cielo y de la tierra. Hoy en día se niega eso, amados hermanos; el ecumenismo niega ese principio, y eso es una herejía, es una apostasía.

Desgraciadamente nosotros no estamos acostumbrados a ver con los ojos de la fe los dogmas esenciales de nuestra religión y los curas no enseñan al pueblo el catecismo, ni ellos mismos saben en qué creen; quieren ser hombres del mundo cuando deberían ser todo lo contrario. La misión de la Iglesia no es convertirse al mundo sino transformar al mundo, que el mundo ascienda hacia la Iglesia para sobrenaturalizarse y cristianizarse. Dice la Sagrada Escritura: *"Id y bautizad a todas las gentes en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo"*; esa es la misión de la Iglesia Católica, Apostólica Romana, no la libertad religiosa que dice: *cada uno buenamente se salva en lo que según la estupidez de su conciencia crea*; si cree que el Sol es Dios se va a salvar, y si cree, como los budistas, que Dios es una rata o una vaca, también se salvará. ¿Se ha visto mayor estupidez?

¿Y por qué esa ceguera? Por falta de amor a la verdad, por falta de fe, por falta de luz sobrenatural. Eso nos demuestra entonces el grado de postración que hay dentro de la Iglesia, lamentablemente, y duele decirlo, pero hay que decirlo: es necesario permanecer firmes en la fe si no queremos que el demonio, que anda dando vueltas en derredor nuestro como un león rugiente, nos devore, como dice San Pedro.

Entonces Nuestro Señor, que vino al mundo para reconciliarnos con Dios por medio de su sangre e inmolándose Él como hombre para glorificar al Padre Eterno, no escatimó dar su vida hasta la última gota de sangre, en un pacto de sangre, no en un pacto a medias; de ahí que, según el grado de amor hacia Nuestro Señor así será

el grado que tengamos de aproximación a Dios, el grado de santidad. Y por eso nuestro primer mandamiento es amar a Dios, amar a Dios sobre todas las cosas y ese fue el amor que Nuestro Señor nos prodigó y nos prodiga desde la cruz, sufriendo su crucifixión, la coronación de espinas, la flagelación; no quedó un solo centímetro de su carne sana, estaba despellejado, su piel fue arrancada a pedazos; tal fue el estado en que quedó el cuerpo de Nuestro Señor. Y eso fue lo que Pilatos, juez cobarde, hizo para salvarlo de la muerte. ¿En qué quedan esos jueces débiles? Pilatos reconoció que era un hombre justo, ¿entonces, por qué no lo liberó, si no encontraba en Él ninguna causa de delito? ¿Por qué no lo dejó libre? Porque tuvo miedo de que los judíos lo acusaran delante del César, así se le vendría encima el César y lo dejaría a un lado. Por conservar su puesto se lavó las manos: "Yo no hallo culpa en este justo", dijo, y para congraciarse lo manda azotar. Los judíos, el odio implacable del fariseísmo contra la divinidad, no se queda en medias tintas, va hasta la muerte. Por esto hay que cuidarse del judaísmo; el judaísmo es diabólico, no le basta cuarenta, cien o mil latigazos, va hasta cumplir su cometido, acabar con lo que hay de divino. En eso consiste el fariseísmo, en nombre de la religión destruir lo que la religión tiene de divino; es la perversión más tremenda de lo religioso. Ese fariseísmo fue lo que destruyó al pueblo elegido por culpa de sus dirigentes y ese mismo fariseísmo puede destruir y, de hecho, está destruyendo a la Iglesia. No nos damos cuenta, pero cuando se destruye en la Iglesia católica lo que en ella hay de divino como es la Santa Misa, como es el sacerdocio, como es la doctrina y se pregonan otras cosas como el ecumenismo, como la libertad religiosa, queda al nivel de las falsas religiones, que son invenciones de Satanás. En eso se está convirtiendo la religión católica oficialmente reconocida; el fariseísmo persigue a la verdadera religión católica, persiguió a Monseñor Lefebvre y lo condenó, los derechos humanos condenaron a Monseñor Lefebvre el mismo día en que murió; ellos son implacables y nos persiguen a nosotros. Todos estos curas fariseos de la iglesia de San Francisco, de Fátima o de Chiquinquirá, que no son capaces de dar la cara, que se tragan todas las sectas protestantes que hay en el barrio, y que no toleran la presencia de esta santa capilla, son unos cobardes fariseos.

Clínica y científicamente si a un hombre se le quita la piel, muere, aun quitándole el cincuenta por ciento de la superficie de su piel. Muere porque la piel es necesaria. Y Nuestro Señor Jesucristo no murió, por su divinidad; cayó tres veces, por eso los verdugos temían que muriera bajo el peso de la cruz. Obligaron al Cireneo a que le ayudara para que no desfalleciera y poder llevarlo hasta el Calvario con vida para crucificarlo allí, y que soportara, además, tres horas de amarga agonía. Pero aún faltaba el golpe de gracia del centurión², del soldado, atravesarle el corazón con una lanza.

¿Se sabe acaso por qué se viene aquí? Se viene aquí porque queremos permanecer católicos, apostólicos y romanos a pesar del fariseísmo que está destruyendo a la

² Tal Parece que ese centurión fue el que tuvo relación con la sangre de Lanciano. Lanciano viene de Lanza, donde está el milagro eucarístico. Uno de los milagros eucarísticos más renombrados; este centurión se convirtió al ver ese prodigio, ese milagro. Las mismas Escrituras nos dicen que exclamó: Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.

Iglesia Católica. Nos acusan de excomulgados, de rebeldes, de herejes; pues bien, si hay algún rebelde, algún cismático, algún hereje, éstos son ellos, como decía Monseñor Lefebvre; son ellos los que están cambiando la Iglesia bajo peso de la autoridad abusivamente ejercida en contra de Dios, y en este caso hay que obedecer a Dios antes que a los hombres y a ningún ángel del cielo como decía San Pablo en su Epístola a los Gálatas: *"Aún cuando nosotros mismos o un ángel del cielo os predicase un Evangelio distinto del que recibisteis, sea anatema"*. Y eso hay que tenerlo muy presente, estar muy consientes de ello y saber defender nuestra posición, que es una posición católica, una posición de obediencia y de sumisión a la Santa Madre Iglesia y de sumisión a Nuestro Señor Jesucristo. Por eso no damos la comunión en la mano: porque es un sacrilegio; ni de pie, porque es una irreverencia. Recibimos a Dios de rodillas en un acto de adoración.

Nuestro Señor derrama sus últimas gotas de sangre provenientes de su corazón. Entonces, amados hermanos: ¿cómo no vamos a responder de algún modo? Hay que ser muy insensibles, hay que ser muy bestias, o no pensar para no conmovernos ante lo que significa la Pasión de Nuestro Señor, lo que significa la cruz; de ahí la insistencia de la Iglesia en los crucifijos. Pero, desafortunadamente, somos tan débiles que a veces, mientras más nos acostumbremos a algo, menos apreciamos su valor, hasta que lo perdemos.

Debemos meditar diariamente, debemos conocer nuestro catecismo, profundizar nuestra doctrina, que no venga cualquier protestante estúpido a enseñarnos la "palabra de Dios" y quedarnos con la boca abierta como si nos estuvieran dando la verdad; eso es una aberración. Nos falta amor por nuestra doctrina católica, no la conocemos y en consecuencia, no la sabemos defender. Se debe al grado de postración universal, de pérdida de la fe, de inmoralidad, y por ello, el mundo se está satanizando cada vez, más y el demonio ríe, se alegra, y nosotros tenemos gran culpa de todo eso.

El cardenal Siri³-uno de los más conservadores-, escribió un libro intitulado "Getsemaní"; y ¿qué es Getsemaní, sino el monte de los Olivos?, donde Nuestro Señor lloró, donde Nuestro Señor exudó sangre, donde comenzó la Pasión de Nuestro Señor; ahí está entonces la Pasión de la Iglesia actualmente descrita.

Lamentablemente aquí tenemos poca información, poca lectura, nos dedicamos a leer el periódico, las revistas, que no sirven para nada, sólo nos mantienen distraídos, obnubilados, sin conocer la realidad. Pues bien, la Pasión de la Iglesia no nos debe asustar; al contrario, debemos estar de pie al lado de la cruz con Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, e inmolarnos como Ella y como también se inmoló Nuestro Señor. Por eso, cuando asistimos a la Santa Misa, la mejor manera de asistir no es estar allí hablando o diciendo, gritando o moviéndose ni guitarreando sino en silencio, inmolándonos en esa misma intención de inmolación de Nuestro Señor Jesucristo, porque se está renovando el mismo sacrificio del

³ El cardenal Siri fue electo Papa, rehusó al cargo y en vista del hecho, se negó el humo blanco argumentando haber existido una confusión.

Calvario pero de un modo sacramental, de un modo incruento. La Misa es sólo eso y si pensamos que debe ser otra cosa, no tenemos ni idea de lo que es la Santa Misa, y en ese caso no sabemos ni para qué venimos a Misa y saberlo es esencial, es fundamental. Una cosa es estar guitarreando, aleluyando y bailando -como hoy se hace-, o estar ahí, recogidos, en profundo silencio, sin saber qué decir, viendo a Nuestro Señor morir en la cruz; ¿qué otra participación queremos?

Pidámosle entonces a Nuestra Señora, que estuvo heroicamente de pie ante la cruz ofreciendo a Su Hijo amado, y quien fue legada por Nuestro Señor como madre a San Juan y madre nuestra, que podamos permanecer de pie en esta crucifixión que vivimos hoy en la Iglesia, en su pasión. Siendo Ella así Corredentora. Cuando a una madre se le muere un hijo es capaz de ofrecerse a Dios del mismo modo que Nuestra Señora ofreció a su hijo, a su único hijo en la cruz; ese fue el acto de oblación, de generosidad y de sufrimiento de Nuestra Santa Madre.

Pidámosle a Ella esa firmeza, esa consistencia, esa solidez para no claudicar, para no dejarnos arrastrar por el error y la apostasía que demoníacamente quieren destruir a la Iglesia, quieren destruir a Dios; eso es lo terrible y por esto seremos perseguidos, cruelmente perseguidos. Pero ahí está entonces ese espíritu de verdaderos soldados de Cristo, basándonos en el sacramento de la Confirmación para poder perseverar y así, si es necesario, dar también nuestra sangre por defender la Santa Religión, Católica, Apostólica, Romana, la Santa Iglesia Católica.

Es el corazón de Nuestra Señora el único que en realidad puede enseñarnos eso, porque los apóstoles -no olvidemos- salieron corriendo despavoridos. San Pedro, en un golpe de furor había sacado la espada y cortado la oreja a Malco y Nuestro Señor se la restituyó. Pero en la cruz, San Pedro y todos los otros apóstoles estaban cada uno por su lado; San Juan fue el único que permaneció junto a Él, y no por mérito propio, sino por estar allí como un niño aferrado a las faldas de la Virgen María; fue Ella la que estuvo ahí, de pie. San Juan estaba, por decirlo así, como de *chiripazo* y además porque era pariente de la Santísima Virgen María, era pariente de Nuestro Señor. Entonces es Ella la única que, como en la Pasión de Nuestro Señor, puede también mantenernos firmes en la Pasión de la Iglesia. +

+++++

QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

28 de mayo de 2000

Padre Basilio Méramo

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este último domingo después de Pascua el Evangelio nos recuerda el valor de la oración. Nuestro Señor nos dice que hagamos la oración al Padre en Su nombre, en el nombre de El, su Hijo. De entrada se ve cómo no puede haber oración dirigida a Dios Padre sin ser dirigida en el nombre de Jesús, porque

únicamente en el nombre de Jesús hay verdadera oración. Todo lo que pidamos en el nombre de Jesús, el Padre nos lo otorgará. Nos puede costar comprender esto porque muchas veces pedimos y no se nos concede lo pedido, pero Nuestro Señor nos dice que le pidamos para que nuestro gozo sea completo, y el gozo de nuestra alma está precisamente en Dios, debe estar en Dios y no en el mundo, no en nosotros mismos. Esta es la razón por la cual la mayoría de las veces lo pedido no se nos otorga, ya que cuando pedimos la oración está manchada, no es una oración pura y desinteresada que busca a Dios, sino que se busca a sí misma, es decir, no busco la salvación de mi alma sino que me busco a mí mismo; no busco a Dios, por tanto, no podrá el gozo ser completo. La exclusividad de Dios, pedir a Dios, no pedir al mundo, no pedirnos a nosotros mismos, por esto muchas cosas que nos parecen lícitas o buenas en realidad no lo son, porque esa cosa buena me llena de orgullo, me llena de vanidad, me llena de mundo, no me sirve, de ahí viene la necesidad del desprendimiento, de pedir a Dios con desprendimiento de todo lo que no sea Dios, de todo lo que sea criatura, para que esa oración sea aceptada por Dios, sea agradable a Dios.

La oración debe ser entonces en el nombre de Cristo y no en el nombre de Buda, ni en el de Mahoma, ni en el de Confucio, ni en el nombre de todas las falsas religiones, ni aun en el nombre del dios de los protestantes que se dicen cristianos; ese no es el verdadero Dios. -No todo el que dice: ¡Señor, Señor! entra en el reino de los cielos-. Hay que tener una verdadera noción de Dios y de Jesucristo que las falsas religiones no la tienen y los cristianos que son protestantes, tampoco la tienen, porque no poseen la noción del Cristo completo como Él es, con su Iglesia, con su Santa Madre y con sus santos que son los amigos de Cristo, y es eso lo que no aceptan los protestantes. Entonces, ¿cómo va el Rey a querer a aquellos que no aceptan a la Madre del Rey, que la ultrajan, que no le aceptan a sus amigos los santos? De ahí la necesidad de volver a considerar esa demanda de exclusividad de Dios y de Cristo Nuestro Señor para que la oración tenga el valor que Él mismo nos promete, para que sea eficaz, para que haya correspondencia y después, también en el tiempo, yo pueda pedir algo bueno, estar maduro para recibirlo, estar propicio, más receptivo. Dios nos hace esperar.

Todas estas cosas debemos tener en cuenta para no desanimarnos en la oración, y siempre y constantemente pedir a Dios que nos dé su amor; en esto consiste el gozo completo, lo que nos hace felices, el mismo amor de Dios. Nuestro Señor dice que no hará falta pedirle o recordarle al Padre que nos ame: Él lo sabe, Él ya nos ama porque hemos creído en Él. Es necesario creer en Jesucristo para estar seguros de que somos amados por el Padre eterno, vivir en ese amor de Cristo. Sabiéndonos amados por Nuestro Padre en el cielo, porque hemos creído que Nuestro Señor Jesucristo salió de Dios, salió del Padre -es uno de los grandes misterios-, no solamente conocemos el misterio de la Encarnación; también ha sido revelado el misterio de la filiación divina: como la Segunda Persona -el Hijo- sale, procede del Padre; tengamos esto presente para que nuestro amor se mantenga como una llama ardiente y así

ilumine nuestra vida mientras esperamos aquí abajo que nuestro gozo sea completo en el cielo. +



PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS, SANTÍSIMA TRINIDAD

18 de junio de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este domingo primero después de Pentecostés la Iglesia inicia el nuevo ciclo litúrgico con la fiesta de la Santísima Trinidad, que es el dogma fundamental específico, esencial, de la religión católica, de la fe católica. Sin el dogma de la Santísima Trinidad no hay fe católica, la necesidad de creer no sólo en Dios sino en Dios uno y trino: no basta una fe en Dios, se requiere creer en Dios que es uno y trino, esto lo sabemos únicamente por la divina revelación; no olvidemos cómo el conocimiento de Dios, la existencia de Dios como ser absoluto, como plenitud de ser, es una verdad a la cual el hombre puede llegar por la recta razón, por la filosofía. Por tanto, es contradictorio y absurdo ser ateo. Aun los paganos creían en un dios, claro que creían en un dios que no era el verdadero, pero llegaron al conocimiento de Dios, llegaron a aceptar a Dios a pesar del grado de paganismo en que vivían. Por lo mismo es absurdo el ateísmo del mundo moderno, basado en el materialismo ateo que predica la sociedad moderna. Tanto el capitalismo como el comunismo tienen por ideal el humanismo ateo, la sociedad sin Dios. Se hallan en peores condiciones que las de aquellos paganos.

No es suficiente tener una noción de Dios, se debe creer que Dios es además Padre, Hijo y Espíritu Santo, y eso constituye el fundamento de nuestra fe, que junto con el otro gran misterio, el de la Encarnación, son las dos bases dogmáticas de nuestra religión y de nuestra salvación y aunque la inteligencia no lo pueda escudriñar ni entender, no significa que el augusto misterio de la Santísima Trinidad sea un absurdo. ¡No! Está por encima de la inteligencia, de la razón, pero no está contra la razón, no es un absurdo como muchos hombres de ciencia en su orgullo pretenden hacer creer.

¿Y en qué consiste este dogma de la Trinidad? Hemos visto que por la razón se puede llegar a Dios y se prueba su existencia y no la de un dios indeterminado, indefinido, en el cual lo absoluto y la nada convergen, como piensan todas las gnosis y las cábalas que han destruido la revelación primitiva. No es un dios indeterminado e indefinido, es un Dios determinado y absoluto, que no es indeterminación de ser sino plenitud de ser. Por eso Dios es nuestro fin último, nuestra felicidad, lo que nos completa aun en el orden natural, lo que nos plenifica, lo que nos hace ser perfectos. Pero todo lo anterior no basta para alcanzar la fe, no basta para tener la Fe Católica, Apostólica y Romana. El encuentro de esas reuniones interreligiosas, ecumenistas, donde se pretende que todos adoran a un

mismo dios es un craso error, ese no es el Dios de la revelación, ni el Dios de la religión católica; ese es el panteón de todos los dioses paganos. En el orden sobrenatural, el ecumenismo es un absurdo.

Y es más erróneo aún el ecumenismo en el orden sobrenatural, cuando ese Dios absoluto, cuando ese Dios, plenitud de ser, es además Padre, Hijo y Espíritu Santo. Así entonces, en el dogma de la Santísima Trinidad, se conjugan dos categorías que para la razón y para el orden natural están separadas: lo absoluto de Dios y lo relativo de toda la creación, lo relativo de todo lo que es en el orden material y sensible de las cosas, todo es absolutamente relativo. Por lo mismo no se equivocó Einstein cuando dijo que el tiempo y el espacio eran relativos, nada es absoluto. Ni el Universo es absoluto como lamentablemente creían los científicos antes de Einstein, quien a pesar de ser judío, logró demostrar que no hay nada absoluto ni en el orden físico, ni en el cosmos; que el universo tiene una finitud, tiene un límite y que aun el mismo tiempo es relativo al movimiento; de allí la definición de tiempo como la medida del movimiento. Estaba pues muy acertado Einstein al formular su teoría de la relatividad, que desafortunadamente muchos filósofos católicos no comprendieron, no entendieron y, sin embargo, era lo más acorde con lo que nos enseña la religión católica: que todo el universo ha sido creado, es finito y depende de Dios.

El dogma de la Santísima Trinidad conjuga la relatividad no ya del tiempo ni del espacio, sino la relatividad en lo absoluto de Dios, porque lo único que se distingue en Dios es la relación que puede haber entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; su substancia es una, única, absoluta e indivisible. ¿Cómo entonces se van a distinguir tres personas? Por su relación, por su relatividad de origen. Es eso lo que constituye a cada una de estas tres personas, una distinta de la otra, la relación de origen.

El Hijo se distingue del Padre porque se diferencian en su origen; el Hijo procede del Padre por generación de pensamiento y por eso es el Verbo del Padre, pero el Verbo es eterno, mientras que el Padre es ingénito y el Hijo es engendrado desde toda la eternidad. Solamente esto se barrunta por la fe, se conoce por la fe, por la revelación que Dios hace de Él mismo a través del Verbo Encarnado, Nuestro Señor Jesucristo. Y el Espíritu Santo, que procede por vía de expiración o de amor entre el Padre y el Hijo; esa relación lo distingue como Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Sin embargo, hay una sola naturaleza, una sola esencia, una sola substancia divina, un solo Señor, un solo Dios, un solo Eterno, un solo Omnipotente, un solo Infinito. No hay tres dioses, ni tres infinitos, ni tres eternos, ni tres señores, ni tres omnipotentes, sino uno solo, porque una es su naturaleza divina, una su esencia divina, una su substancia divina. Vemos cuan necesaria se vuelve entonces la filosofía para poder inteligir lo que el dogma nos presenta. Al hablar de substancia, de naturaleza y de persona, necesitamos la ayuda y las nociones de una sana filosofía tomista, hoy desechada. Sin filosofía tomista difícilmente puede haber teología, ¿qué teología puede haber? Se destruye la teología y ¿sin teología católica, cómo se va a exponer, a explicar de algún modo lo que los fieles y la Iglesia Católica creen?

Así, con todas las explicaciones no logramos entender qué es Dios, qué es la Santísima Trinidad; ni toda la eternidad será suficiente. Tal es la inmensidad de Dios frente a la criatura, nuestra nada frente a Dios y, sin embargo, eternamente contemplaremos a Dios en su divina esencia y en su trinidad, ese será el objeto de toda felicidad en el cielo.

Hoy en día, ante ese compromiso del falso ecumenismo que nos quiere igualar a Dios en la fe, urge reafirmar la fe en Dios uno y trino. No es lo mismo el dios de los budistas, mahometanos, judíos, ni aun el de los protestantes, que el Dios uno y trino de la Revelación; revelado a través de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Sin esa transmisión del magisterio de la Iglesia tampoco hay fe, porque ninguno de nosotros ha sido inspirado para recibir inmediatamente la Revelación. Fueron los apóstoles quienes la recibieron y con la muerte del último de ellos quedó cerrado el depósito de la Revelación, el depósito de la fe. De ahí la importancia de hacer ese acto de fe en el Dios uno y trino sabiendo que Dios es Padre, tal como nos lo hizo saber Nuestro Señor Jesucristo cuando nos enseñó a rezar el Padre Nuestro. No debemos tener un concepto de Dios con visos de judaísmo, de un Dios cruel, de un Dios iracundo, de un Dios implacable; todo lo contrario, debemos tener en El a un Dios amoroso tal como es la expresión de su Sagrado Corazón, mostrando su misericordia y su amor por todos nosotros.

Porque Dios nos ama existimos, lo que hace del suicidio un crimen; el no reconocer la paternidad de Dios sobre nuestra existencia en un mundo que pierde la fe, vuelve extraña la relación con Dios, y se multiplican los suicidios. Se asfixia en la contemplación del propio yo, en vez de vivir extasiados en la contemplación de Dios y corresponder así sea con nuestro mezquino amor a ese amor infinito de Dios. Nuestra respuesta a Dios debe de ser filial, confiada y cariñosa, no de hijos malcriados y rebeldes que no hacen caso a los consejos y las advertencias paternas, sino todo lo contrario. Pero el mundo moderno no enseña esto; por el contrario, nos enseña a ser independientes, libres, soberbios, insumisos y exigentes. En eso consiste la proclama de la libertad, de los derechos del hombre. ¿Cuáles derechos del hombre? Se proclama la independendencia del hombre con respecto a Dios porque así lo quiere la actual civilización. No hay otro remedio que volver a Dios, y si el mundo no vuelve a Dios, peor, vendrá la hecatombe. Este es el miedo del mundo moderno y la gran expectativa del *tercer* secreto de Fátima.

Pidamos a la Santísima Trinidad en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que nos acompañen, seamos fieles a su gracia, que esa Trinidad, en su esencia, habite en nuestras almas por la gracia santificante y la participación de la naturaleza divina en la Trinidad de las personas y podamos responder así al llamado a la santificación y a la perseverancia en la gracia de Dios +



SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

25 de junio de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

No quiero dejar pasar inadvertido el hecho de que el jueves pasado fue la fiesta de Corpus Christi, que pasó eclipsada por los avatares del mundo moderno, como era de esperarse en un mundo impío que no permite que se rinda la debida gloria a Dios. La prueba de ello está en que pasan estas fechas importantes y en aras de esa misma actividad no se les permite a los fieles, aun queriéndolo, glorificar a Dios, asistir a la Santa Misa celebrada con el esplendor y la gloria que ameritan ocasiones como la de Corpus Christi.

Hoy trae el Evangelio la parábola de los convidados que se excusan ante la invitación de unas bodas, y puede que nos asombre esa actitud, la ira de quien convida ante los invitados que se niegan a asistir con muy buenas excusas en apariencia, humanamente miradas, pero que en realidad no tienen validez, porque ante Dios, cuando Él llama, ninguna razón es suficiente para negarse. Si no entendemos esto aquí en la tierra, lo entenderemos de un solo golpe y hasta el estremecimiento de nuestra alma, el día en que comparezcamos ante El. Bajo ningún aspecto, esas excusas que nos parecen válidas, humanamente hablando, lo son. Porque es Dios quien nos llama. Dios, que es la plenitud de ser, que es el bien sumo, la suma perfección, la suma bondad, la suma caridad, que es nuestro principio y nuestro fin último. Por tanto, ningún hombre puede justificar un rechazo ante el llamado de Dios, El llama a todos los hombres, sin distinción.

Dice Santo Tomás que Dios da siempre todo lo necesario para la salvación del alma y quien no se salva es por su propia culpa ya que libremente la rechaza; la libertad rechaza a Dios y por eso el alma se condena.

Esta parábola de los excusados la debemos conocer todos nosotros. Como siempre le sacamos el cuerpo a Dios, no ocupa para nosotros el primer lugar y lamentablemente, hay que decirlo, los cristianos, nosotros, los católicos, muchas veces -si no es la mayoría de las veces- tenemos a Dios como objeto de segunda categoría. Hay que reconocer esa miseria; no lo tenemos como si fuese lo único, lo más importante y a todo lo demás como añadidura; no, la prueba está en que si nosotros examinamos cada uno nuestra vida, ¿en qué depositamos nuestros deseos? ¿Nuestras esperanzas? ¿Nuestros objetivos?

No digo ya que en el mundo, porque el mundo está condenado por su propia naturaleza, el mundo rechaza a Dios; pero los católicos, que no rechazamos a Dios, que decimos adorar a Dios, en realidad no amamos a Dios sobre todas las cosas, y eso es triste, muy triste, no ponemos a Dios en el lugar que debe tener en nuestra vida, en nuestra existencia y así lo dejamos relegado a objeto de segunda categoría. ¡Cuántos prefieren su familia, su mujer, sus hijos, su herencia, su trabajo, su

profesión, su progreso, sus riquezas o aun en la pobreza desean otra cosa que no es Dios, como ganarse la lotería, ser rico, viajar, gastar, gozar!

Y en eso nos pasamos toda la vida, y si nos hablan de Dios, no digo el ateo que no cree, sino el católico, éste responde: Sí, voy a Misa (pero muchas veces como una obligación y no de corazón), o rezo para no perder la costumbre (en el mejor de los casos), pero sin verdadera devoción interior; todo eso se convierte en una religión superflua, de boca hacia fuera, pero no hay verdadera oración interior, no es el alma la que ora. Así transcurre nuestra vida, distraídos, vil y miserablemente distraídos, ¿por qué? Por no tener la mirada puesta en Dios, la mirada puesta en el cielo, sino que miramos desgraciadamente demasiado hacia esta tierra y nos duele todo aquello que representa un trabajo o un sacrificio por Dios, mucho más en el mundo moderno. La maldita, miserable y diabólica televisión, que es el pan de cada día, pero decimos: "en eso no hay nada de malo".

Es que aunque no hubiera nada de malo y que todos los programas fuesen buenos, nos distrae estúpidamente, porque vivimos sin reflexionar, sin pensar para qué vivimos y por qué vivimos. Si no entendemos esto ahora, lo vamos a entender y de un solo golpe cuando nos llegue el momento de comparecer delante de Dios. ¡Ay del susto, del pánico que nos dará...!

De ahora en adelante debemos prepararnos y enfocar toda nuestra vida hacia Dios; no nos excusemos: he comprado bueyes o lo que sea, un carro, un vestido, unos zapatos y no puedo ir, que me he casado y no puedo asistir. Nos demuestra Dios que ni los objetos materiales, ni los objetos morales o espirituales como la familia y los bienes de la familia son válidos para anteponerlos a Dios y esa es la razón, la moraleja de esta parábola de los convidados que se excusan. Se justifica la indignación de quien invita. Reflexionemos y que esta parábola nos sirva de guía.

Nos recomienda además la liturgia de este día en la primera epístola de San Juan, que no debemos olvidar, no debemos extrañarnos si el mundo nos aborrece. Es normal que el mundo nos aborrezca. Si el mundo no aborrece al católico, es un grave síntoma, porque un mundo separado de Dios, opuesto a Dios, en consecuencia aborrece a los que son de Dios. No busquemos la amistad del mundo, la connivencia con el mundo, la fraternidad con el mundo. La amistad a la manera del mundo, como tantas veces la deseamos en nuestra vida social, nos forma espíritus que terminan por despreciar a Dios, alejándose de Dios. Es esto lo que corrompe las sociedades, porque las elites sociales no buscan a Dios, buscan congraciarse con el mundo, empezando por el presidente y hasta el último de los integrantes; todos buscamos congratularnos con el mundo y ¿de qué nos sirve eso? De nada; pura vanidad y puro orgullo que tienen su costo en los dineros y las riquezas que en todo ello se invierten.

Por el contrario, San Juan dice: "Que nuestra caridad no sea de boca; quien vea a su hermano en la pobreza, ayúdele". Y qué decir del espectáculo que se ve en ese sentido no sólo aquí en Colombia sino en el mundo, como prueba de que ya no se es

católico, de que la sociedad ya no es católica. "Si no hay amor al hermano no puede haber amor a Dios" -dice San Juan-; y hoy, que se habla tanto de amor y de caridad, resultan falsos ese amor y esa caridad. ¡Cuan lejanos estamos de la ley de Dios, que es una ley de amor! Nuestro Señor murió por nosotros -como dice San Juan-; esa es la prueba de su amor, y nos exige que en retribución de ese amor nosotros también seamos capaces no ya de morir por Dios, sino por el hermano, por el prójimo. Pero eso, ¿se ve en este mundo?, ¿se ve en esta sociedad?, ¿lo vemos realizado como un ideal en nosotros? Lamentablemente hay que decirlo, ¡no! Debemos meditar y reflexionar todas estas cosas para que nuestra religión no sea vana, no sea superflua.

A raíz de esa superficialidad y de esa vanidad Dios ha permitido todos los desastres físicos, morales y espirituales del siglo XX, siglo que ha sido atroz: primera guerra mundial, segunda guerra mundial, persecución en España en la guerra del 36, persecución de los Cristeros en México, conflictos y guerras por todas partes, terremotos, ciudades arrasadas, de Armero no quedó piedra sobre piedra y cuántas ciudades más; México, casi destruido en aquel gran terremoto, todo el sufrimiento debido a la violencia que produce la miseria.

Espiritualmente la Iglesia humillada, postrada, reducida prácticamente a su mínima expresión, abolido el verdadero culto a Dios, porque han querido abolir la Misa de San Pío V y solamente algunos valientes, fieles a la Tradición, la mantienen. Pero, ¿qué vienen a ser? Un grano de arena en la inmensidad del mar... De hecho, la Tradición está abolida oficialmente.

Este solo punto es muy grave porque no se trata únicamente de la Misa, ella es consecuencia de que la Iglesia ha sido profanada y vaciada, y no sabemos qué más irá a permitir Dios. Todo eso Dios lo ha permitido, pero no lo ha querido. Dios no quiere el mal, lo permite muchas veces, pues de todas formas El siempre saca un bien, una lección; todo colabora en provecho de aquellos a quienes Dios ama y de ahí la necesidad del amor a Dios. Si Dios ha permitido todo eso, podrá entonces permitir mucho más, justamente para que reflexionemos, para que recapacitemos y para que nuestra Religión Católica, Apostólica y Romana no sea una religión de segunda categoría, sino que tengamos a Dios en el primer lugar y le amemos sobre todas las cosas. Pidamos a la Santísima Virgen María que nos ayude a tener ese amor del cual San Juan, el discípulo amado, nos enseña y nos pide en la epístola de hoy que amemos a Dios y a nuestros hermanos. +

+++++

TERCER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

2 de julio de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

El Evangelio de hoy nos muestra el amor misericordioso de Nuestro Señor por la oveja perdida; ella es la humanidad, somos cada uno de nosotros, perdidos, alejados de Dios. El mismo viene, con su encarnación, a buscarnos para rescatarnos. Motivo por el cual cuando un pecador hace penitencia aquí en la tierra se alegran los ángeles del cielo. Tengamos siempre presente que nuestra condición como hombres es de miserables y viles pecadores, porque por buenos que nos creamos o que nos parezca que lo somos, en realidad no lo somos tanto, somos miserables y pobres pecadores; luego, como pecadores, ¿qué nos queda? Penitencia. La penitencia del pecador arrepentido produce mucha más alegría en el cielo que la de 99 justos, que la de 99 santos. La prueba de ello la tenemos con María Magdalena, la gran pecadora; todos somos en cierta forma como María Magdalena, traicionamos de uno o de otro modo el amor de Dios por nosotros. Ofrecámosle a Dios un corazón arrepentido y humillado, que es justamente lo que el Evangelio de hoy quiere decirnos con el pecador que hace penitencia.

Desgraciadamente, en apariencia se ha publicado el tercer secreto de Fátima y ante él, no viendo el mundo cumplidas las expectativas, se ha decepcionado; la gente se da cuenta de que no corresponde lo que se ha revelado con lo que en realidad sería o debería ser aquel tercer secreto. Es lamentable, por tanto, que desde Roma se nos engañe, porque hay en ello un engaño. Es manifiesto, basta con analizar las excusas que ellos mismos dan y queda manifiesta la mentira, el doblez, porque se quiere negar el carácter apocalíptico y profético del tercer secreto.

Como profecía de los últimos tiempos quedaría anulada; lo que era una profecía apocalíptica ha sido reducida a una simple visión, anulando de hecho que fuera un mensaje del cielo para nuestros tiempos, que la misma sor Lucía ya había señalado alrededor de los años sesenta, justo en la época preconciliar, cuando se estaba incubando el concilio que ha producido los desastres que hoy lamentamos. Sor Lucía hablaba del castigo inminente al padre Fuentes, un sacerdote mejicano que tenía por misión la causa de la beatificación de los dos niños de Fátima. Después, este sacerdote fue desbancado, porque dijo algunas cosas referentes al tercer secreto que sor Lucía le había comunicado, incluso que estábamos en los últimos tiempos.

Ahora, el cardenal Ratzinger niega el contenido apocalíptico -como buen alemán que es-, dice tranquilamente que a causa de los católicos tradicionalistas se ha difundido eso de ser algo apocalíptico. Falso, porque de ello ya hablaron el mismo monseñor Venancio, Obispo de Fátima, cuando se refirió expresamente a la apostasía, al misterio de iniquidad. Posteriormente Monseñor Do Amaral también se pronunció al referir que la pérdida de la fe en un continente era peor que la aniquilación de toda una nación y que incumbía a la fe. Es más, se cuenta del terrible presagio que tuvo el papa Luciani, Juan Pablo I, quien siendo aún cardenal, fue en una peregrinación a Coimbra y luego de una conversación de dos horas con sor Lucía, salió pálido. Eso ocurrió en los años setenta (1977); poco después, ya de regreso en Italia, su hermano y su cuñada lo ven angustiado y pálido durante la comida y preocupados le preguntan acerca de su salud (pues hace ya dos días que lo

ven así), o si la comida le había caído mal, a lo que él respondió que estaba pensando en lo que sor Lucía le había dicho del tercer secreto. "Es terrible", concluyó.

Entonces, ¿cómo van a decir ahora que no tiene nada que ver? Que no son cosas referidas a los últimos tiempos, si sor Lucía también le dijo al Padre Fuentes: "Padre, qué falta para 1960, la Virgen no lo ha dicho, pero me lo ha hecho entender, que estamos en los últimos tiempos. Ella misma habló del castigo inminente, de la desorientación diabólica, de la ceguera de quienes tienen los puestos de alta responsabilidad dentro de la Iglesia, que parecían ciegos guiando a otros ciegos". En sus cartas ella misma le hizo la confidencia de que estaban en las Escrituras y señaló los capítulos VIII al XIII del Apocalipsis. Entonces, ¿cómo va a decir el cardenal Ratzinger que somos los católicos tradicionalistas? ¡Que no sea mentiroso! Y agrega que no se había revelado antes por no obstaculizar las relaciones con el comunismo. ¡Qué vergüenza!, pero así es. ¿Acaso obstaculiza en algo lo que ellos ahora han publicado? Ni fu ni fa le afecta a Rusia lo que han revelado, eso no obstaculizaría la política de connivencia con el comunismo. Pero tales estupideces y mentiras no son más que el diablo pisándose la cola. También comentó Juan Pablo II, que no quería que las cosas allí dichas fuesen aprovechadas sensacionalmente para confundir, para que el mundo no se aterre, y ¿qué sensacionalismo puede haber en lo que han dicho? Ninguno; la gente no lo creyó y se decepcionó.

¿Dónde está pues el sentido de toda esta mentira, de todo el engaño? El mismo cardenal Ratzinger en *Entretien sur la foi* le dice a Vittorio Messori, quien le pregunta si había algo de apocalíptico, de terrible, y él dice: "Bueno, si llegase a haber tal cosa...", y no quiso decir más, y para terminar explicaba que eso ya estaba en la Escritura. Pues en la Escritura no está nada de lo que ellos han dicho y eso consta en el libro, editado en francés, en las páginas 128 y 129; hoy ya no se acuerda... El diablo pisándose la cola. Juan XXIII, al respecto, dijo que aquello no sería en su pontificado. Con lo que han revelado se oculta el contenido apocalíptico y que tiene mucho que ver con el Sumo Pontificado, por eso no han querido revelar el tercer secreto, ni antes ni ahora.

A este respecto, también el papa Pío XII envió a un padre de Rusia, de algún instituto en Roma, comisionado para que fuera a ver a sor Lucía y este padre, después de volver, le afirmó a uno de sus confidentes que si bien él no podía decir nada, el secreto constaba de una parte referida al Papa, y la otra, la consecuencia lógica de las palabras: "En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe"; lo que han revelado no encaja ni con esas palabras ni con el final del texto que dice: "Al fin mi Inmaculado Corazón triunfara".

Es grave, pero eso nos debe hacer abrir los ojos. Monseñor Venancio, Obispo de Fátima, llegó a hablar de apostasía, de misterio, de iniquidad, y no se puede decir que fue tradicionalista. Monseñor Do Amaral, también Obispo de Fátima, decía que la pérdida de la fe en un continente era peor que la aniquilación, refiriéndose al tercer secreto. Entonces, ¿cómo nos van a salir con este cuento que no convence a

nadie, pero sí se quiere eclipsar el carácter profético de Fátima, que no es simplemente una visión? Es un mensaje y un mensaje apocalíptico y ¿qué hay de todo ello? Nada. Realmente da qué pensar si el Anticristo no anda ya campeando en Roma. "Roma perderá la fe y será la sede del Anticristo", terrible, pero así es. Al Anticristo no le conviene que se hable de parusía, porque sabe que en aquel día se le acabará su chiste, el juego, la mentira, el engaño, la profanación; es lamentable, pero debo decirlo; es imposible callar.

Además, si fuera cierto lo que publicaron, aunque no íntegramente, porque bastaría quitarle dos o tres palabras, como por ejemplo, esto: después de relatar que el Papa, los obispos que estaban ahí, las monjas y los curas fueron muertos, se dijera que eso ocurrió por la pérdida de la fe. Ya se entiende, en vez de poner soldados, que fueran ángeles (porque ahí se vería que fueron muertos por haber perdido la fe), eso sería otra cosa y qué simple y sencillo es quitar dos o tres palabras; ya se entendería.

Además, decir que eso se refería al atentado de Juan Pablo II es mentira, porque no es sólo él quien muere; lo que dicen allí, es que mueren él, los cardenales, obispos, monjas y curas; entonces el atentado tendría que haber sido no solamente contra él. Hay otra mentira más; está bien que el mundo esté imbecilizado, pero aquel que tiene la fe y permanece firme en la fe no puede ser un estúpido, y por eso hay que protestar y decirlo públicamente, para que ellos dejen de hacer la obra de Satanás; más les hubiera valido que no dijeran nada y si eso que revelaron era tal cual lo escribió sor Lucía, entonces ¿por qué no lo publicaron antes? ¿a quién le hubiera molestado, estorbado o aterrado? A nadie, pero sin embargo Pío XII no lo quiso leer por la información que le diese el padre comisionado; lo leyó Juan XXIII y no lo quiso publicar; Pablo VI igualmente, y ahora, por último, Juan Pablo II tampoco, pues terminar por inventarse esta patraña que es un insulto a Nuestra Señora, a Dios. ¿Cómo osan manipular así las cosas de Dios? A tal punto han perdido la fe y con ella el respeto a Dios. ¿Es que acaso no tienen miedo éstos que parecen haber perdido toda gracia del cielo para atreverse a hacer una cosa así? ¡Qué profanación aberrante! Quien no lo vea así es porque no tiene fe o porque en resumidas cuentas le importa muy poco lo que diga Nuestra Señora y entonces, ¿dónde queda aquel *totus tuum*, el "todo tuyo"?, ¿en dónde está la verdadera devoción hacia la Santísima Virgen María?, ¿o es que ahora da todo lo mismo? ¡Eso parece ser!

Hay que reaccionar, hay que pedirle a Dios el poder permanecer fieles, no caer en este tremendo engaño en el cual toda la prensa mundial manejada por el judaísmo ha caído, al dejar las cosas así, porque tal parece que son los mismos y que entre ellos se entienden; no son los hijos de Dios, son los hijos de las tinieblas y eso ya lo decía sor Lucía -que los hijos de las tinieblas eran más astutos que los buenos; siempre iban adelante; y los buenos, rezagados, miedosos-. Eso no puede ser, si el mal avanza es porque los buenos somos tontos, por falta de valentía, por pura cobardía y eso es un pecado. "Hombres de poca fe", dijo Nuestro Señor a los

apóstoles en ese momento, cuando los vio con miedo, por cobardes, al no tener fe firme.

Pidámosle a Nuestra Señora que nos ayude, que nos asista para mantenernos fieles; debemos hacer penitencia y sacrificio hoy más que nunca, hoy, cuando estamos en los últimos tiempos, como dijo sor Lucía, y perseverar en la fe, porque el tercer secreto de Fátima viene a precisar el dato trágico de la pérdida de fe y todo por culpa de la misma jerarquía.

Lo que en resumidas cuentas constituye el verdadero motivo por el cual no han querido publicar la verdad al inventar un remedo, que si no es invento, por lo menos está mutilado al dejarlo en una simple visión que carece de relación alguna con lo que está pasando, sin ningún interés apocalíptico como contrariamente profetiza Fátima.

Invoquemos a Nuestra Señora para que nos ayude a perseverar en la Santa Madre Iglesia Católica aunque se vea reducida a su mínima expresión, la cual comparara Nuestro Señor con un pequeño rebaño. +

+++++

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS, VIRGEN DE CHIQUINQUIRÁ

9 de julio de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Hoy, nueve de julio, celebramos la fiesta de Nuestra Señora de Chiquinquirá, patrona de Colombia. Esta fiesta es de primera clase y, por tanto, prima sobre la liturgia de la Misa que corresponde a este domingo, que es de segunda clase.

Es de todos conocida la historia de la renovación milagrosa de la imagen de Nuestra Señora del Rosario, imagen que a mediados del siglo XVI había sido pintada por orden de un español radicado en Sutamarchán, Boyacá, y en cuya hacienda, tal como era la costumbre de las familias españolas, había una capilla.

Este español encomendó al pintor Alonso de Narváez, español también y radicado en Tunja, que le pintara una imagen en la que apareciera Nuestra Señora del Rosario en medio de San Andrés y de San Antonio de Padua o de Lisboa⁴. La efigie fue colocada en la capilla, pero con el tiempo se fue deteriorando, por las goteras, a tal punto que parecía indecoroso tenerla allí donde se celebraba la Misa y por tal motivo fue enviada a su casa de Chiquinquirá, en donde posiblemente había un oratorio o capillita y de donde

⁴ En realidad San Antonio nació en Lisboa, vivió y murió en Padua, se hizo famoso allí, pero es oriundo de Lisboa, antigua localidad de Ulyssipona, la ciudad de Ulises.

también pasó a quedar arrumbada en un rincón al que entraban toda clase de animales y alimañas.

Hasta que un buen día, después de doce años, la cuñada de este señor, don Antonio de Santana, vio el cuadro sin que se reconociera lo que en él había, pero la cuñada, por averiguaciones, supo que se trataba de una imagen de Nuestra Señora. Entonces lo limpió, lo adecuó, lo colocó en lo alto de un pequeño altar y le pedía con insistencia a Nuestra Señora que reflejara, que revelara su imagen porque en el cuadro, tal como estaba, no la podía descifrar. A instancias de esta buena mujer española, María Ramos, el día el 26 de diciembre de 1586, la imagen del cuadro se renueva milagrosamente y la imagen renovada es la que se conserva hasta el día hoy en la basílica de Chiquinquirá, en el convento de los Dominicos.

Fue un monje dominico quien primeramente vino a América con los conquistadores; de allí la impronta dominica en estas tierras.

Ellos, pues, guardan y custodian la imagen, porque ellos fueron los primeros evangelizadores de lo que hoy conocemos como el altiplano cundiboyacense.

Celebramos entonces la renovación milagrosa de la imagen que con el santo rosario protege a Colombia. Nuestra Señora de Chiquinquirá está íntimamente relacionada con el santísimo rosario que Ella lleva en su mano.

En el año 1571 y por la intercesión de la Virgen, el santísimo rosario prodigó la victoria de Lepante, victoria que evitó al mundo quedar en manos de los musulmanes, por no decir "en manos de los árabes", porque árabes hay musulmanes, judíos y católicos; tampoco decir "en manos de Alá", porque Alá es sinónimo de Dios y tanto el católico como el musulmán dicen Alá⁵. Con la victoria en la batalla de Lepanto, debida al rezo del santísimo rosario, el papa San Pío V quiso reconocer la intercesión de Nuestra Señora al atajar la horda musulmana, ya que de otro modo todos nosotros, pertenecientes al mundo occidental, seríamos hoy musulmanes, porque ellos arrasaron con el cristianismo que había en Oriente, Medio Oriente y Turquía.

Los turcos, los tártaros, las hordas de las estepas de Asia convertidas al islamismo revirtieron y vinieron arrasando con todo. Gracias a la victoria de

⁵ El nombre de Dios viene de Zeus, dios en griego. Debo aclarar que es ignorancia equiparar el nombre de Alá con el dios musulmán. Llamar a Dios Alá, no significa ser musulmán: los católicos árabes así lo llaman: y si se quiere, aunque no venga al caso, podríamos decir que son hasta más católicos, porque allá fue por primera vez, en Antioquía de Siria, se les llamó cristianos a los católicos, y ellos le dicen a Dios Alá en árabe desde mucho tiempo antes que los musulmanes; fue después de cinco siglos que aparece Mahoma y el mahometismo. El nombre en español Dios viene de Zeus que era un dios pagano. No cometamos pues este error de ignorancia, aunque lo que interesa es el significado, porque tampoco basta decir Dios para tener la fe. El Dios de la Revelación es uno y trino, porque hasta los paganos hablan de Dios y en el mundo romano se hablaba de Zeus; de allí viene la palabra Dios.

Lepanto esas hordas fueron detenidas. Debemos entonces al santo rosario la continuidad de la civilización católica.

Así, con el santo rosario, nuestra Señora nos ofrece la garantía de permanecer en la fidelidad a la religión católica, no solamente en contra del Islam, sino de todas las falsas religiones que hoy más que nunca están tratando de destruir la única religión verdadera, la única Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo.

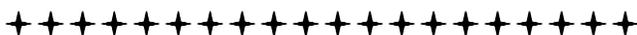
Y es un gran honor para Colombia tener esa imagen renovada, por ser éste el primer milagro más difundido, a través del cual Nuestra Señora se manifiesta en estas tierras colombianas. Con justa causa es, pues, Patrona de Colombia, orgullo de Colombia, de esta Colombia que hoy está destruida, corrompida y donde lo único que nos puede hacer levantar la cabeza es eso, guardar fidelidad a Nuestra Señora y conservar la devoción del santo rosario que, como dice Nuestra Señora en Fátima, tiene un privilegio especial.

No hay problema material o espiritual que no tenga solución con el rezo del santo rosario, incluso para los fieles que a veces no pueden comulgar, o cuando no hay la Misa para no asistir a la nueva; porque ¿cómo vamos a ir a la nueva misa y seguir conservando la fe cuando es otra misa diferente, muy próxima a la de los protestantes, que no creen en la Santa Misa? Entonces, nos queda el recurso del santo rosario.

Incluso, en la hora de la suprema agonía, debemos rezar el santo rosario, aunque sea llevando las cuentas con los dedos; un Ave María que sea, ya es nuestra arca de salvación. No se debe perder la costumbre de rezar el santo rosario en familia. Hay que hacer mejor uso de tanto tiempo que malgastamos viendo el televisor.

Basta media hora de reunión alrededor del santo rosario, y si hay miembros de la familia que lo rechazan, pues rezarlo con los que lo aceptan, con la intención de que los otros miembros poco a poco se vayan acercando; debemos rezarlo sin prisa, sin amaneramientos, sin hacer letanías interminables que prácticamente permitirían decir las tres partes del rosario, que vendría siendo el rosario completo. En vez de estar diciendo: "Por esto y por lo otro y por aquello y por acá y por allá, etcétera, etcétera", digo porque es mucho más importante que si yo me pongo a rezar extensivamente, además de las letanías de la Santísima Virgen, que con eso ya es suficiente; otras peticiones parece que no se acaban, y hacen que eso se convierta en "rezo de viejas"; por eso los hombres no lo quieren rezar, porque lo encuentran supremamente aburridor y todo por no ceñirse a la concisión de la liturgia romana, porque si hacemos cuentas, durante el tiempo que se gasta en aquellas prolongaciones que alejan a las personas más frías en la devoción, se puede decir el rosario completo, es decir, los quince misterios.

Es una observación para no volver pesada la devoción al santo rosario y así poderlo rezar en familia y que la familia se santifique alrededor de Nuestra Santísima Madre la Virgen María, sobre todo en estos tiempos tan difíciles, tan en contra de todo lo que es de Dios, para que podamos elevar espiritualmente nuestras almas y hacerle compañía a Nuestra Señora que está en los cielos. +



QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

16 de julio de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este quinto domingo después de Pentecostés, vemos cómo Nuestro Señor exhorta a sus discípulos a tener una justicia mucho mayor que la de los escribas y fariseos, es decir, de la justicia que aparentemente los escribas y los fariseos manifestaban. Ellos eran los doctores de la Ley, eran o se consideraban, por lo mismo, los más religiosos, los fieles defensores del culto de Dios y, sin embargo, estaban corrompidos por el orgullo religioso que vicia el fondo de toda nuestra relación con Dios. Es por eso que Nuestro Señor nos advierte que nuestra justicia no sea como la de los fariseos, que no sea algo exterior, que no responda a una religiosidad orgullosa, y que no utilice la religión en provecho y beneficio propio, porque en todo eso consiste el fariseísmo y la corrupción de la religión. Dios sabrá si en la Iglesia a lo largo de la historia, a través de los fieles y de los religiosos y del clero no hubo ese fariseísmo que ha viciado, que ha corrompido, que ha distorsionado la Santa Religión Católica, Apostólica y Romana. Y por el cúmulo de todo eso, hoy sufrimos la más desastrosa y terrible de las crisis de fe dentro de la misma Iglesia. Por eso debemos tener mucho cuidado en que nuestra religión no consista en una afectación, un parecer, una prepotencia para dominar a los demás.

La religión, como la palabra lo indica, es la relación, la religación con Dios; esa es la base del culto, pero que por las miserias de la naturaleza humana se vicia, se corrompe, y sólo queda la mera apariencia cual sepulcro blanqueado, que tiene por dentro no un alma vivificada en la gracia de Dios, sino un cadáver en estado de corrupción. En nada debe parecerse nuestra justicia a esa de los escribas y fariseos.

Como también nos dice Nuestro Señor que cuidado con aquel que llame raca, o fatuo, loco o imbécil a su hermano porque será digno de la *gehena*, que en hebreo es el Infierno, el lugar donde se quemaban las basuras y donde permanentemente ardía el fuego aunque lloviera; cosa increíble. También en las afueras de Madrid existía un lugar donde se quemaban las basuras y permanentemente, aunque lloviera, el fuego quedaba debajo de las cenizas. Con relación a ese fuego permanente se tomó la *gehena* como expresión del fuego eterno del Infierno.

Nuestro Señor quiere advertirnos el cuidado debido en el trato para no ofender al prójimo con la palabra. Porque la palabra, al igual que las bombas y las balas, mata.

Cuánta gente queda tullida de por vida por el maltrato, por la mala crianza en la infancia o por una palabra que hiere hasta el fondo del corazón y estigmatiza, o ¿por qué creen que hay tantos problemas de conductas psicológicas malsanas, tanta necesidad de psiquiatras? Ellos, en resumidas cuentas, empeoran a las personas ya que no tienen en cuenta la gracia de Dios; la solución que ofrecen al paciente es ordenarle que desfogue las pasiones para superar el conflicto, lo cual es un grave error. Todo por una palabra. Decirle a un niño loco, idiota o imbécil, lo marca para toda su vida.

Nuestra relación con el prójimo debe ser de caridad y quien ofende de boca al prójimo, atenta contra la caridad y ese es un pecado grave. Aquel que va a ofrecer un sacrificio en el altar -nos exhorta Nuestro Señor- y se acuerda de que su hermano tiene algo contra él, que deje todo, vaya y se arregle con su hermano y después vuelva para hacer su ofrenda. Cuánto más provechosas serían nuestras acciones, nuestras obras, nuestras limosnas y nuestra asistencia a la Santa Misa, si tal cosa hiciéramos. No deberíamos asistir a Misa y mucho menos comulgar, si sabemos que nuestro hermano tiene algo en contra de nosotros, si no procuramos antes arreglar, llegar al entendimiento y a la concordia con él. Otra cosa sería si no aceptara, si no quisiera; así ya no habría impedimento, pero tenemos que dar el primer paso y el Evangelio no me dice si tuviera razón o no, si tiene algo contra mí, si yo creo que tiene algo contra mí, porque incluso puede estar equivocado, en cuyo caso tendría que sacarlo del error, pero si no quisiera entender razones o que su orgullo o lo que fuera no se lo permite, yo ya cumplí.

Eso es lo que Nuestro Señor quiere hacernos ver, para que reine la caridad, el verdadero amor a Dios y al prójimo por Dios y que así nuestra justicia sea verdadera y superior a la aparente de los fariseos y de los escribas; de lo contrario, nuestra religiosidad es vacua, es una hipocresía, no tiene realidad sobrenatural que la sustente y este es el origen desafortunado de tanta falsedad, tanta mentira y tanto engaño en materia religiosa, de conducta y de nuestra relación íntima con Dios. Tampoco permite progresar en la vida espiritual de la gracia, en la vida de las virtudes tan necesarias hoy para subsistir en un mundo apóstata, en un mundo enemigo de Dios y de la Iglesia, en un mundo donde el hombre es dios, donde se proclaman la libertad y los derechos del hombre pero que desconoce los derechos de Dios. ¿Cómo vamos a subsistir siendo católicos en un mundo ateo, formalmente ateo, en donde en ninguna parte de ninguna constitución se esgrime el nombre de Dios porque ha sido borrado, proscrito de las leyes, de los Estados y de las Naciones?

Necesitamos más que nunca las virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad, y las virtudes morales de la prudencia, la fortaleza y la justicia. Si no, ¿cómo vamos a resistir el embate de un mundo pagano donde la desnudez no solamente está en la calle sino que también está dentro de nuestra casa, en la televisión? En cualquier diversión que uno quiera tener legítimamente es engañado; yendo al cine ¿qué se va a ver? Aun queriendo ver algo bueno siempre están de manifiesto la carne, la pasión, y ¿para qué? Para excitar la concupiscencia

que desgraciadamente llevamos y llevaremos mientras vivamos. Por eso la juventud se siente insatisfecha, vacía, sin soporte natural, recurre a la droga, al suicidio y no solamente los jóvenes; de ahí la necesidad de pedir con urgencia la virtud. Pidiendo la virtud pedimos la santidad, esa que en el término general de justo y de justicia está significado cuando las Escrituras dicen "era un hombre justo", quiere decir que era un hombre santo y se es santo porque se es virtuoso; eso es lo que debemos pedir hoy con insistencia, la virtud, para salvar nuestras almas y, mientras tanto, poder permanecer fieles y firmes en medio de un mundo que ha apostatado de Dios y de la Santa Madre Iglesia.

Para terminar, quisiera recordarles que hoy es la fiesta de Nuestra Señora del Carmen, la del Escapulario, que es una de nuestras tablas de salvación y garantía de la promesa que hizo Nuestra Señora a Simón Stock, superior de los Carmelitas en la Edad Media, que quien llevase el escapulario dignamente durante su vida, es decir, cumpliendo los mandamientos, no se condenaría, no iría al infierno. ¡Qué mayor garantía de salvación que el escapulario, también con la promesa sabatina de ser sacado del purgatorio el sábado siguiente al día de la muerte!, con lo cual nos ahorra el purgatorio que es una pena terrible, peor que cualquiera de las penas más terribles que se puedan sufrir en la tierra; aprovechemos entonces para llevar el santo escapulario.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que nos acoja a todos y que nos ayude en el momento de la muerte, para que podamos, con su ayuda y su intercesión, tener la dicha y la gloria de poder ver a Dios. +



DOMINGO DECIMOTERCERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

10 de septiembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Nos muestra el Evangelio de este día el milagro que Nuestro Señor Jesucristo realizó en los diez leprosos. La lepra era una enfermedad que excluía, que excomulgaba de la sociedad al paciente, y esto se cumplía de modo riguroso en el pueblo elegido. Solamente si el enfermo se curaba y si los sacerdotes testificaban y comprobaban que su cura era real, entonces eran reinsertados en la vida social; en caso contrario, eran como vagabundos que vivían fuera de la ciudad, a la vera de los caminos, en los desiertos y sin poder acercarse a ningún hombre sano. Esa lepra física es un símbolo de la lepra espiritual que todos tenemos, de la lepra del pecado que nos excluye de la sociedad divina de la Santísima Trinidad.

El pecado mortal nos excluye y solamente podemos insertarnos de nuevo, gracias a la confesión, a la absolución, yendo al sacerdote para que nos absuelva y así poder gozar nuevamente la vida en sociedad con la Santísima Trinidad, que es la vida de la gracia sobrenatural, *de* la gracia santificante, condición que no se puede olvidar. Esta vida de la gracia es una vida mucho más importante que la vida en sociedad con cualquier príncipe o personaje de este mundo, puesto que es con el Rey de reyes, es con Dios. Luego, la vida de la gracia la llevamos todos nosotros si no estamos en pecado mortal.

Nos puede asombrar el hecho de que Nuestro Señor ordenara a los diez leprosos ir a los sacerdotes y que al ver regresar uno solo, con extrañeza reprochara: "¿Y dónde está el resto, los otros nueve, no fueron acaso diez los curados y sólo uno viene a agradecerme?". He aquí un dilema. Nuestro Señor nos muestra en este reproche, como lo hace en otros, que Dios en sus cosas es exigente, puesto que Dios es absoluto y ante lo absoluto todo otro precepto expira, es relativa aun la misma Ley, el formulismo de la Ley, el mandato de la Ley, la jurisprudencia de la Ley. Por encima de todo ello está Dios y Dios nos demanda no a medias sino totalmente, y esa distinción es importante hacerla y tenerla presente, porque cuánta gente antepone al cumplimiento del mandato absoluto de Dios, leyes, preceptos o formulismos que evitan e impiden cumplir directamente con Dios; ya que ninguna ley, aunque sea como la del Antiguo Testamento, puede esgrimirse en contra de Dios, al igual que ninguna ley de la Iglesia que viene de Dios, puede esgrimirse contra El mismo.

Y eso nos sirve de ejemplo para ilustrar y aclarar de una vez por todas que no hay ninguna ley, ninguna excomunión que se pueda aplicar y que al mismo tiempo vaya en contra de Dios. Como de hecho, con esa suerte de argumentos, escupen sobre la cara de monseñor Lefebvre; no hay ninguna obediencia válida que nos obligue y nos sitúe en contra de la obediencia a Dios debida, y eso nos lo demuestra Nuestro

Señor en el milagro del Evangelio de hoy: ningún precepto legal, ninguna jurisprudencia, porque esa jurisprudencia humana o eclesiástica ha hecho saltar a más de uno de los sacerdotes de la Fraternidad, tal es el caso del padre Navas de quien, nos duele decirlo: colaboró en la formación del priorato de Colombia y después de tantos años, una cuestión fallida de jurisprudencia humana, lo lleva a abandonar este combate.

No valen las condenas, no valen las leyes cuando van en contra, en oposición directa a Dios y a su santa Iglesia, porque la autoridad, la Ley y la jurisprudencia son para el bien, para la verdad y en definitiva para Dios, que es el bien sumo y la verdad, la verdad suprema y absoluta que no admite relatividad de índole humana. Por eso Dios exige la totalidad del hombre, la totalidad de nuestra alma y Dios pregunta dónde están los otros porque sólo uno reconoció el dedo de Dios, los otros nueve se fueron cumpliendo como si los hubiera mandado un maestro, un ministro, un profeta, un enviado de Dios, pero no Dios. De haberlo reconocido, se hubieran vuelto tal como lo hizo este único leproso, que al darse cuenta rompió con el protocolo, como hoy políticamente se acostumbra y el pueblo queda contento¹, pues mucho más es romper el protocolo porque se ha reconocido el dedo de Dios. Y es eso lo que Nuestro Señor alaba en este gesto de adoración que hizo el leproso curado que retorna. Esa es la enseñanza, la moraleja que debemos sacar de este Evangelio, ya que los evangelios son para darnos la luz, para darnos más fe, para ayudarnos a vivir cada día.

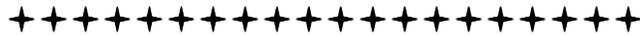
La Palabra de Dios no está ahí para dejarla archivada en un libro, sino para vivirla habiéndola entendido por la predicación misma de la Iglesia y de ahí la necesidad de la exégesis, de la predicación y de la interpretación de la Iglesia, según los Padres de la Iglesia y según la teología de la Iglesia, para que así sea palabra de vida y no de condenación. Dios no quiere que nadie se condene, pero desgraciadamente, muchos no siguen, no reconocen la Palabra de Dios, no reconocen a Dios.

Cuando se reconoce a Dios, hay que reconocerlo totalmente, integralmente, no a medias. La vida cristiana exige, reclama la santidad de todos sus miembros, de todos sus fieles. Cuando no hay santidad de vida, cuando no hay esa correspondencia entre lo que se predica y lo que se es por nuestras miserias, entonces desgraciadamente viene el escándalo; sobre todo, para quienes no tienen fe, para los que no creen, porque tal vez no han visto un buen ejemplo de aquellos que sí la tienen, que arrastra más que mil palabras.

Si fuéramos santos, otra sería la situación de la misma Iglesia, Papas santos, sacerdotes santos, obispos santos, clero santo, pueblos santos; pero vemos todo lo contrario. Es esa la necesidad de tener como ideal de vida la santidad y en la medida que Dios quiera irradiarla para que los hombres se salven, para que no se condenen. En eso consiste el apostolado y no en estar gritando ni haciendo

¹ Lo hizo Bill Clinton en su viaje a Cartagena, quien tuvo que romper el protocolo para poder quedar bien con el pueblo.

propaganda, ni dando brincos en la iglesia o donde fuere; consiste en dar testimonio de Nuestro Señor a través de la santidad. Pidamos a Nuestro Señor que nos dé ese deseo, esas ansias de imitarlo y así poder alcanzar la santidad y ayudar a salvar a los demás. Reguémosle también a Nuestra Señora para que nos asista y nos corrija en nuestro camino, en nuestro andar y podamos amar como Ella amó a Nuestro Señor, vivir en esa santidad virginal en la que Ella vivió y murió.



DOMINGO DECIMOCUARTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

17 de septiembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este domingo 14 después de Pentecostés, el Evangelio nos presenta la distinción, la incompatibilidad, la oposición que hay entre las riquezas, el mundo y Dios. Lo mismo hace San Pablo al hablarnos del espíritu de la carne opuesto al espíritu de Dios, las obras de la carne y las obras de Dios; nos muestra tajantemente que no se puede servir a Dios y al demonio, no se puede servir a Dios y al mundo, no podemos servir o seguir la ley del espíritu y al mismo tiempo la ley de la carne, hay una oposición diametral imposible de ignorar. Desgraciadamente el ecumenismo, el modernismo y el progresismo insisten en predicar ambas cosas como si fueran posibles, cuando Dios nos dice taxativamente en el Evangelio y San Pablo en la epístola que es indispensable esa separación, esa enemistad, esa oposición rotunda y profunda de esas dos maneras de ver las cosas, de considerarlas y de vivirlas.

Nos exhorta Nuestro Señor a buscar primero el reino de Dios, porque todo lo demás que nos es necesario para la vida cotidiana como el techo, la vivienda, el vestido, la educación, la alimentación, se nos dará por añadidura. Que no caigamos en el error de buscar la añadidura antes que el reino de Dios, que las cosas de Dios. Primero es Dios; todo lo demás, aunque sea de vital necesidad, de vital importancia, es añadidura y por añadidura se nos dará, para que no las busquemos con ese celo, con ese afán, con esa solicitud terrena que es lo que Dios no quiere, que arraiguemos en nuestro corazón esa preocupación por todo lo que legítimamente necesitamos, que no las busquemos primero con afán desmedido, y después a Dios. No es que Dios predique en el Evangelio de hoy la pereza, el desinterés, ni critique la provisión ni el ahorro, sino que al darnos el ejemplo de los lirios del campo, de las aves del cielo, nos hace entender que Él prevé y provee todas las cosas en su divina Providencia. Es tajante el Evangelio de hoy en concomitancia con la epístola de San Pablo a los Gálatas, el espíritu de la carne y el espíritu de Dios, el espíritu del hombre nuevo y el espíritu del hombre viejo.

El espíritu de Dios y el espíritu del mundo son opuestos, se destruyen, no se pueden amalgamar, no se pueden asociar, no pueden convivir en paz, no pueden

estar juntos en igualdad de condiciones y debemos tener mucha claridad al respecto porque hoy el modernismo, el progresismo y el ecumenismo en esencia esto es lo que predicán, y la amalgama de estas dos concepciones, de estos espíritus, está excluida, proscrita y maldita por la Ley de Dios. Y, aunque llevemos nosotros en nuestra propia carne esa ley de la carne, debemos con el espíritu de Dios combatirla y sojuzgarla hasta el último suspiro de nuestra vida; por eso es un error no solamente teológico, religioso y doctrinal sino además pedagógico.

Culturalmente es un error esa amalgama, esa falta de distinción y de separación entre los dos espíritus, el del mundo y el de Dios, y eso se aplica en todos los órdenes porque es imposible servir bien a dos señores, o se ama a uno y se odia a otro, o se sufre a uno y se desprecia al otro, no hay término medio. Dios quiere hacernos ver esta distinción para que no le prendamos una vela a Dios y otra al demonio, como desgraciadamente hacemos y como públicamente se hace en las santerías, ¿no le prenden una vela a Dios y otra al demonio? ¿Acaso no venden en un mismo negocio cosas religiosas, idolátricas y mágicas? Es cierto, el Indio Amazónico de la avenida Caracas tiene una sarta de estupideces de lo que llaman "brujería"; pero, quién sabe si llega a ser verdadero brujo, ya que para ser brujo hay que estar iniciado en el culto satánico y él tiene allí la imagen del Sagrado Corazón.

No prendamos una vela a Dios y otra al demonio, no, adoremos las riquezas y pretendamos adorar a Dios, porque una adoración excluye a la otra; y Nuestro Señor dice: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura". No se interprete erróneamente este Evangelio pensando que Dios quiere una actitud de despreocupación parecida a la dejadez de un limosnero, un pordiosero, o como equívocamente se dice, un desechable. No es así, y tampoco consiste en vivir como los *hippies* a quienes nada importa; esa no es la actitud de la virtud católica. Dios quiere que nuestra preocupación por su reino esté por encima de todo lo otro; las cosas que se requieren para vivir decorosamente vienen: el techo, la comida, el vestido, pero no constituyen ellas el fin último sino que son la añadidura.

El fin último es Dios, el reino de Dios y no las riquezas, no la vivienda, no el vestido como hoy se piensa permanentemente, y que por buscar el pedazo de pan se olvida a Dios y hasta se lo vende. Dios quiere que olvidemos esa solicitud terrena, y ese apego desenfrenado, absurdo, loco; quiere en cambio que lo busquemos a El y a su reino, y que todas las otras cosas vengan por añadidura.

Dios no deja morir de hambre a nadie que le sirve; otra cosa es llevar una vida de sacrificios, de abnegaciones, y eso es lo que no quiere el mundo moderno; el mundo hoy vive para gozar, se tenga dinero o no, porque si no lo tienen, piensan en cómo vivir igual de mal que un millonario; y es un error, porque aun teniendo todo el oro del mundo, tienen que resignarse a vivir pobremente, sobriamente, sin desperdiciar nada, ahorrando y lo que sobre darlo de limosna, darlo para el culto divino, eso es lo que manda la ley cristiana o católica, eso es lo que manda la caridad. Pero es imposible que el mundo pueda entender eso; un mundo cuyo propósito es vivir

cómodamente no puede entenderlo ni lo entenderá, aunque paradójicamente la gente vive peor que nunca. Sin embargo, ese es el ideal, la concepción de vida que busca primero lo que debiera ser la añadidura y deja para lo último el reino de Dios.

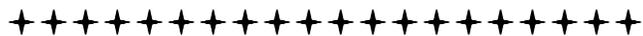
La mayoría de los que se dicen hoy católicos viven preocupados más del mundo que de las cosas de Dios y ese es el gran reproche, la gran advertencia, ¿acaso no valemos más nosotros que un pájaro, que un lirio, o no es más importante el alma que el cuerpo? Dios nos procurará aquello que se necesite si lo buscamos sincera y realmente a Él antes que a todo lo demás y para buscar a Dios antes que a todo lo demás, tiene que ser Él nuestro fin, nuestro último fin, pues Dios es lo principal. Es, por tanto, fundamental tener presente en nuestros deseos, en nuestros fines, que el reino de Dios está por encima de todas las cosas y no nuestros intereses, nuestros caprichos, nuestras preocupaciones, por legítimas y necesarias que sean.

Quien cree tener a Dios en segundo lugar, y quien pone a Dios en segundo lugar realmente lo deja en el último; esa es la lección que nos deja el Evangelio. Y el texto latino se refiere a Mammón, que es el dios o el ídolo bajo el cual los judíos, o el pueblo elegido simbolizaba las riquezas y todo lo que las riquezas procuran. Y no es solamente el mundo quien no busca a Dios, sino que, desgraciadamente, esta nueva iglesia, esta nueva Iglesia que se preocupa por agradar más a los hombres que a Dios, se convierte desde luego en la religión del hombre. Por eso, el verdadero culto, si no tiene a Dios y quiere volcarse al mundo, por ensalzar al hombre desprecia a Dios y eso es lo que acontece con toda la liturgia moderna.

Dicho sea de paso, no se puede rendir culto a Dios y al hombre, servir a Dios y al mundo en igualdad de planos, el culto tiene que ser exclusivo de Dios, porque Dios es exclusivo; de otra manera se tergiversa lo que explícitamente nos enseña este Evangelio y que el mundo de hoy contradice y por tanto no puede haber, ni podrá haber jamás paz entre esos dos espíritus, entre esos dos señores como desgraciadamente lo quiere el modernismo, lo quiere esa nueva religión que usufructúa el prestigio de la religión católica, pero que no es la religión católica ni tampoco es la Iglesia Católica.

Hay una falsificación, hay un engaño, abusando y utilizando la autoridad de la Iglesia y la investidura de la Iglesia, y el prestigio de la Iglesia y la palabra de la Iglesia para proponernos una nueva religión, un nuevo culto, un nuevo Evangelio que no es el Evangelio de Dios sino que será el de Satanás. Por eso también Nuestra Señora lo advierte tajantemente: hay que tener, estimados hermanos, mucho cuidado de no traicionar esos principios por debilidad, por nuestra miseria, porque llevamos esa ley de la carne en contra de la ley del espíritu hasta el último instante que tengamos de vida en esta tierra; de ahí que la lucha es permanente, y la lucha no es con el vecino sino con nosotros mismos, para que así reine Dios en nuestros corazones y podamos hacerlo reinar en los demás, dando el buen ejemplo y sufriendo con paciencia cuando no podamos hacer otra cosa.

Pidamos a Nuestra Señora, a la Santísima Virgen María, que aleje de nosotros ese espíritu de preocupación, de solicitud terrena que el Evangelio quiere erradicar para que podamos ir libremente a Dios y buscando a Dios tengamos las demás cosas en la medida que sean necesarias para nuestra salvación. +



DOMINGO DECIMOQUINTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

24 de septiembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En el Evangelio de hoy vemos la compasión de Nuestro Señor por una mujer viuda a quien se le acaba de morir su único hijo. Conmovido ante el dolor de una madre, sin que nadie se lo pida, solamente por presenciar aquella escena, Nuestro Señor le resucita a su hijo para consolarla, ya que siendo viuda perdía todo y lo único que tenía en el mundo; porque los hijos, no como mal se piensa ahora, son el único tesoro de una familia; en los hijos está la riqueza de una familia y el perdurar a través del tiempo la garantía de la ancianidad. Aunque también ahora, desgraciadamente, a los ancianos los encierran en las sociedades de la tercera edad para no ocuparse de ellos, lo cual muestra cuan bajo es nuestro nivel de cultura que desprecia a los ancianos, a los padres que nos han dado la vida. Nos preciamos de vivir en un siglo de ciencia y avance y lamentablemente es todo lo contrario.

Esa compasión de Nuestro Señor, ese amor, esa caridad, nos hace recordar la deuda de amor que tenemos con El que vino al mundo para redimirnos y que no escatimó su sangre para morir por nosotros. Ese amor se revela de manera concreta en la compasión que siente hacia esta pobre mujer resucitándole a su hijo, único tesoro que tenía la viuda de Naím; por eso Nuestro Señor le remedia su dolor volviéndole a la vida y manifestando con ese milagro su divinidad. ¿Por qué manifestando su divinidad? Porque dijo en nombre propio: "Yo te lo ordeno, Yo te lo digo". Ese carácter personal es propio solamente de Dios, porque ningún enviado lo podría hacer sino invocando a Dios y no atribuyéndose poder divino como evidentemente lo hace Nuestro Señor; así nos manifiesta su divinidad, en la cual debemos creer como católicos, que siendo verdadero Hombre es verdadero Dios, y así ese Ser que es divino y que es humano, que se encarnó para salvarnos, para redimirnos del pecado, consuela a esta pobre mujer. La misericordia, el amor de Dios compadecido ante la miseria humana. Todos debemos tener ese amor, esa misericordia con el prójimo y no faltar al mandamiento de la caridad que supera incluso al de la justicia; el de la estricta justicia que obliga en conciencia a retribuir a cada uno lo debido según el bien común; pero la caridad va mucho más allá, porque está por encima de la justicia.

También San Pablo, en la epístola de hoy, nos exhorta a hacer el bien a todos y en especial a los hermanos en la fe. Que no nos cansemos de hacer el bien y que no

tengamos esa avidez, esa avaricia de vanagloria, de pretender y creernos mejores que los demás; eso es origen de disputas, de peleas y de odios. Que nos soportemos mutuamente es la Ley de Cristo. Y San Pablo nos dice que la Ley de la caridad, que es la Ley de Cristo, consiste concretamente en soportarnos mutuamente, y porque no nos soportamos a nosotros mismos, somos incapaces de soportar a los demás que están a nuestro alrededor, porque de nada vale soportar a un chino o a un japonés que está al otro lado del mundo que no nos afecta para nada, sino al que está viviendo bajo el mismo techo, al que vive al lado, al vecino de enfrente, al que está próximo a nosotros.

De ahí viene la palabra prójimo, soportarnos y en ese soportarse mutuamente se ejerce la caridad, la Ley de Cristo, sabiendo que debemos tolerar los defectos inherentes a la miseria humana que tiene el prójimo, porque nosotros tenemos los mismos o quizá mayores o peores defectos que los del prójimo que nos rodea. Esto es un imperativo, no es facultativo, no es si me cae bien, si me hace un favor; no es si me cae antipática esa persona; es sin distinción, por encima de lo bueno o de lo malo que la otra persona tenga, por encima de la simpatía o de la antipatía natural; la caridad no es un simpatía natural, es, si pudiéramos decir, si quisiéramos usar la palabra simpatía, sería una simpatía sobrenatural por amor a Nuestro Señor, por amor a Dios, porque Él murió en la cruz por todos y todos estamos obligados a amar al prójimo y en especial a los hermanos en la fe, es decir, a los católicos en primer lugar, en primer orden. Y veremos el fruto de la buena acción si no desfallecemos. De ahí surge la necesidad de la perseverancia, no solamente *de* la paciencia, sino de la perseverancia que es como una paciencia prolongada en el tiempo, para que veamos los frutos de las buenas obras hechas por amor a Dios.

Pidámosle a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que podamos cumplir con ese precepto de caridad, de amor, de compasión con el prójimo, soportándonos mutuamente y haciendo el bien a todos. +

+++++

DOMINGO DECIMOSEPTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

8 de octubre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este domingo 17 después de Pentecostés, vemos en el Evangelio la continua asechanza de los fariseos hacia Nuestro Señor. Cómo un doctor de la ley, un teólogo, como podríamos decir nosotros hoy, le pregunta no para aprender, no para salir de su ignorancia, no para saber un poco más, sino para tentar a Nuestro Señor cuál es el mandamiento que en definitiva resume toda la ley y todos los profetas, es decir, todo el Antiguo Testamento y Nuestro Señor le responde: "Amar a Dios sobre

todas las cosas, amarlo con toda el alma, con todo el entendimiento, amarlo de todo corazón". No a medias, no parcialmente, no a ratos, sino íntegra y totalmente.

El primer mandamiento es amar a Dios sobre todas las cosas; que todo lo otro sea secundario, que todo lo otro venga después, que primero sea Dios, y eso en todo, por encima de todo. No hacerlo implica pecado y pecado mortal, pecado grave; porque si yo no amo a Dios sobre todas las cosas, quiere decir que amo otra cosa como si fuera Dios, la antepongo a Dios, pecho contra Dios y mortalmente, porque la prefiero antes que a Dios y no la subordino a El; y en eso consiste, amados hermanos, el pecado mortal, en amar algo que no es Dios -por ende criatura-, como si fuera Dios, como si fuera la Suma Verdad, el Supremo Bien, el último fin; anteponer la criatura sea cual fuere ésta, en el lugar de Dios.

El otro mandamiento es semejante porque se basa y deriva del primero: amar al prójimo, es decir, a todos los demás hombres por amor a Dios. El hombre no vive solo, sino entre sus semejantes y ese amor a Dios se refleja en la caridad que debe tener el hombre con sus semejantes, con su prójimo y el incumplimiento de este amor al prójimo es lo que ocasiona tantas desgracias y tantos males, odios, peleas, riñas, disputas, envidias, guerras desastrosas en las que prácticamente se aniquilan los pueblos. Si hay tanto mal y tanta violencia entre los seres humanos y entre las naciones es porque esos seres humanos y esas naciones ya no se fundamentan en la caridad y el amor a Dios.

Y, dicho sea de paso, y no por criticar, es absurdo, es estúpido hablar de paz en el mundo, y en Colombia, de proceso de paz si no se habla de Dios, si no se habla del verdadero y único Dios, de la verdadera religión católica. Es absurdo, no habrá paz sino una maldición y por eso es una falsa paz, es un falso proceso de paz, internacional y nacionalmente, porque las naciones no proclaman al Dios único. Como dice San Pedro en la epístola de hoy, cuando se habla de libertad religiosa, de libertad de cultos, es decir, de libertad de religiones y de dioses como a cada uno le venga en gana, eso es una blasfemia y una herejía, y esa herejía circula como si fuese moneda corriente en este mundo y dentro de la Iglesia, desgraciadamente, cayendo en el error. No podrá haber verdadera paz, verdadero amor entre los hombres si no se proclama a Cristo Rey. Ya eso no se predica, lo tienen olvidado, y no solamente olvidado, proscrito, como si fuera palabra maldita, cuando es todo lo contrario.

Toda la Ley de los profetas se resume, se condensa en ese mandamiento que es doble mandamiento -amar a Dios y amar al prójimo-, y vemos que ni aun nosotros que queremos ser católicos cumplimos con estos dos mandamientos, porque si los cumpliéramos cabalmente, seríamos santos, verdaderamente santos. La santidad consiste en ese amor pleno a Dios, y porque se ama a Dios se ama al prójimo y no se peca; todo lo demás puede darse o no. Por eso ya San Agustín decía: "Ama y haz lo que quieras", no para hacer lo que quiere hoy el mundo que llama amor a cualquier cosa para hacer cualquier cosa según su capricho, según sus pasiones, sino porque quien verdaderamente ama a Dios no puede sino amar al prójimo; y por esos dos

amores, no pecar ni contra Dios ni contra el prójimo; no faltarle al prójimo en sus bienes externos materiales, robándole y engañándole, no faltarle en su familia deseando la mujer del prójimo; no ultrajándolo en sus bienes personales, ultrajando a la misma persona, calumniando, mintiendo. Si cumpliéramos los mandamientos, no le haríamos mal a nadie y todo por verdadero amor a Dios. Ese es el mandamiento que da la pauta, para que veamos, pues, cuan lejos estamos del verdadero amor a Dios y le amemos con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón, con todo nuestro entendimiento.

Así le responde Nuestro Señor al fariseo para que ellos se conviertan, para que ellos reconozcan al Cristo. Por eso, inmediatamente, sin perder tiempo, Él hace la pregunta: ¿Quién es el Cristo? ¿Qué se dice de El? Y ellos le responden que Cristo es el ungido de Dios; eso es lo que quiere decir Cristo -hijo de David-, y Nuestro Señor entonces les repite para hacerlos pensar: "Y cómo es posible que sea hijo de David, si David dijo que era su Señor y nadie va a decir que su hijo es su Señor"; con lo cual les estaba demostrando que si las Escrituras decían que el Hijo de Dios, el Ungido de Dios, era hijo de David y David reconocía que era su Señor, entonces que este ungido era hijo de Dios, que era Dios, estaba por encima de David. Por eso le decía el rey David Señor, y con eso, que los fariseos reconocieran que ese hijo de David era Dios y que ese hijo de David era Nuestro Señor.

Cómo Nuestro Señor se les insinúa a través de la misma Escritura a estos doctores de la ley que se convirtieron en falsos doctores, en falsos profetas, tergiversando las Escrituras, corrompiéndolas, para acabar crucificando al Mesías, crucificando a Nuestro Señor. En eso acabaron los judíos, y de ahí la maldición, hasta que reconozcan a Nuestro Señor como a su Dios y Señor, como el hijo verdadero de David, es decir, que proviene del linaje de David según la carne. Así, queda manifiesta esa doble genealogía de Nuestro Señor, su genealogía *eterna*, divina, Hijo de Dios, y su genealogía humana, temporal, terrestre, terrena, como hijo de David, ya que El era hombre y Dios al mismo tiempo. Ese es el gran misterio de nuestra religión que no debemos olvidar para adorar a Dios, para adorar a Nuestro Señor Jesucristo como a Dios y amarlo sobre todas las cosas. +

+++++

DOMINGO DECIMOCTAVO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

15 de octubre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En el Evangelio de esta Misa vemos la continua y permanente disputa, oposición y rechazo hacia Nuestro Señor Jesucristo por parte de los dirigentes del pueblo elegido, de los judíos que eran los fariseos, los escribas, los doctores de la Ley y quienes *en primer lugar* tenían que informar al pueblo para que reconociesen en

Nuestro Señor al Mesías anunciado por los profetas a través de todo el Antiguo Testamento. Este permanente rechazo los lleva a cambiar el sentido de las Escrituras claudicando su misión; es así como finalmente acaban condenando y crucificando a Nuestro Señor. Ese hecho perdura hasta el día de hoy, cada judío al llegar al estado de razón en que se adhiere al judaísmo, rechaza a Nuestro Señor Jesucristo y se convierte en su enemigo personal. Y no nos asombre esto sobre todo hoy, cuando se trata de disipar la oposición entre las falsas religiones y con los judíos en particular, siendo ellos los promotores de tantas herejías y los destructores principales de la Iglesia y del reino de Dios, instrumentos de Satanás.

Es una falta de atención no reconocer al enemigo -y no al enemigo nuestro-, al enemigo de Dios, pues desconociendo al enemigo difícilmente se escapará de sus garras. La Iglesia está siendo judaizada, entregada en manos de los judíos a través de todas las ideologías que han promovido la revolución y la masonería. La famosa Revolución francesa fue producto de la masonería, del judaísmo, y todas las constituciones de los Estados modernos se basaron en esa revolución anticatólica, anticristiana. Es el judaísmo quien ha promovido el protestantismo de Calvino, con toda esa teología protestante de la predestinación; es el judaísmo el que ha promovido en el Vaticano II la libertad religiosa y el ecumenismo para que la Iglesia pierda su identidad y caiga en manos del enemigo y eso con la anuencia de los pastores, de la jerarquía, con lo cual se llega a repetir la historia en el tiempo, la historia de cuando vino Nuestro Señor y encontró que los pastores y la misma jerarquía de la sinagoga, en vez de adoctrinar al pueblo, lo hicieron sucumbir en la apostasía que culminó con la crucifixión de Nuestro Señor. Por eso la Iglesia no se cansa de mostrar a través del Evangelio esa oposición y esa asechanza permanente.

Vemos cómo a Nuestro Señor lo tildan de blasfemo, porque, quién si no sólo Dios puede decir que perdona los pecados. Ellos sabían y conocían que sólo Dios puede perdonar los pecados, entonces, una de dos, o Nuestro Señor era un blasfemo o era Dios. Sin embargo, aun mostrándoles a través de un milagro que tenía el poder de Dios y que perdonaba al paralítico, en vez de concluir que era Dios, lo rechazan. Por eso Nuestro Señor les replica: ¿Qué es más fácil decir: Perdonados te son tus pecados, o bien: *Levántate* y anda? Lo difícil no es decirlo, es hacerlo, y Nuestro Señor hizo las dos cosas, lo hizo levantar y le perdonó los pecados, con lo cual afirmaba implícitamente que era Dios; porque solamente Dios puede perdonar los pecados, y solamente un blasfemo podía decir yo te perdono los pecados, si no era Dios, o si no lo hacía en el nombre de Dios, como los sacerdotes en el sacramento de la penitencia. Quedaba claro, patente, para los judíos, que Nuestro Señor sí se atrevió a decir que perdonaba y curó al paralítico; la conclusión era que El era Dios, era el Mesías.

Se puede preguntar ¿por qué Nuestro Señor no lo afirmaba abiertamente? ¿Por qué no decía abiertamente que era Dios? Hay que tener en cuenta que el mundo estaba imbuido de paganismo, y que los paganos eran idólatras y la prueba de ello es que quisieron idolatrar a San Bernabé y a San Pablo cuando vieron la majestad de sus personas hablando de Dios. Lo mismo hubiera ocurrido con Nuestro Señor,

le hubieran tomado por uno de esos dioses de la mitología griega, pero no lo hubieran tomado por el verdadero Dios. Los judíos rechazaban ese paganismo y estaban opuestos a esa idolatría, entonces Nuestro Señor no podía decirlo, ni para que los judíos por un lado tuvieran piedra de escándalo, ni para que los paganos lo tomaran por uno de esos dioses de la mitología griega. Por eso la revelación tenía que hacerse paulatina, pausada, indirecta e implícitamente al principio, para decirlo después de modo explícito; para que lo reconocieran como al verdadero Dios.

Pero nada de todo lo anterior hizo que los judíos, excepto unos pocos, una minoría, lo aceptasen, mientras que el pueblo siguiendo a sus dirigentes condenó y crucificó a Nuestro Señor. Por lo mismo, no nos debe extrañar que si eso pasó en la sinagoga que era la Iglesia de Dios del Antiguo Testamento, pase ahora en la Iglesia que es la Iglesia de Dios, dirigidos al igual que los judíos, por dirigentes que tergiversan la palabra de Dios, que le cambian el sentido y que conducen al pueblo, desgraciadamente, al error y a la apostasía. Hay que recordarlo, mis estimados hermanos, la Iglesia es infalible, es indefectible, no puede haber error en la Iglesia. Y esa que hoy se presenta como Iglesia Católica jerárquicamente, oficialmente, públicamente, está llena de errores, no hace falta que sean herejías, sino simplemente errores y éstos no pueden *tener* cabida en la Iglesia, que es inmaculada. Como institución no puede predicar el error y los fieles no pueden tener una fe errónea porque habría claudicado Dios, habría claudicado la Iglesia. Es lamentable; ni aun puede permitirse teológicamente el error porque la Iglesia es infalible, los fieles no pueden creer en errores tales como ese de que todas las religiones salvan; no pueden creer que lo que antes era pecado ya no lo es; eso es destruir el concepto de pecado por una subjetivación del bien y del mal, de la moral. No se puede creer en la libertad religiosa, no se puede creer en el ecumenismo aunando a todos los hombres "sin dogmas que dividan"; no se puede pretender una paz que no esté fundamentada en Cristo Rey; y no hace falta decir que sean herejías, sino simplemente errores, porque el error no puede tener cabida y mucho menos la herejía.

Entonces, una Iglesia que se diga católica no puede albergar en su seno ni en la jerarquía ni en sus fieles una concepción *errónea* del dogma y de la fe católica, y si los presentan, mis estimados hermanos, desgraciadamente hay que decirlo, es porque hay una escisión dentro de la Iglesia; y aquellos que profesan el error, no digo una herejía, el simple error en lo concerniente a la fe, no pueden ser la Iglesia Católica que es una, es santa, y es verdadera. Es un problema muy grave, pero la infalibilidad de la Iglesia, la indefectibilidad de la Iglesia, la santidad de la Iglesia así lo exige, o si no, ¿qué pasaría? Sencillamente, que no todo aquel que dice ¡Señor, Señor! pertenece a Dios. Hay que conservar la pureza de la fe, y la Iglesia existe allí donde está la fe pura e inmaculada. No se trata solamente de los pecados de los miembros de la Iglesia como hombres pecadores, sino que se trata de la doctrina, que es una cosa muy distinta. Por eso, lamentablemente, hay una reducción de la Iglesia que nos cuesta admitir; pero para nuestro propio beneficio,

no puede haber error en la Iglesia, y si se profesa el error, es porque allí, esa parte, se ha desgajado de la verdad, se ha separado de Nuestro Señor.

Por eso dice San Pablo en la epístola de hoy, epístola eminentemente apocalíptica porque hace alusión a la segunda venida de Nuestro Señor: "De todo estáis ricos a causa de El, en toda palabra y en toda ciencia, por haber establecido firmemente en vosotros el testimonio de Cristo. De manera que nada os falta en ninguna gracia, ya que esperaréis la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo. Él os confirmará hasta el fin, para que seáis irrepreensibles en el día del advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo". Nos ha dado toda la verdad y toda la ciencia para que perseveremos en su testimonio y así El nos mantendrá hasta que venga para que tengamos viva nuestra esperanza, ¿en qué? En la segunda venida de Nuestro Señor, y esa debe ser nuestra esperanza. Él es el único que puede ordenarlo todo, porque estamos ante una Iglesia llena de errores y eso es un contrasentido.

Quiero decir, entonces, que no todo aquello que hoy se dice Iglesia Católica lo es; no todo el que dice ¡Señor, Señor! entrará en el reino del cielo. Iglesia Católica no es un nombre; yo no puedo ser católico si no profeso la fe de siempre y dejo de serlo si profeso la fe modernista que se profesa hoy. Esto que se nos presenta como la Iglesia, no puede serlo porque está llena de errores, porque la Iglesia es infalible, indefectible y de ahí que Nuestro Señor nos advirtiera *acerca de* la gran apostasía, de la pérdida de fe para estos tiempos apocalípticos, próximos a su segunda venida y del pequeño rebaño al que quedará reducida la Iglesia, la verdadera Iglesia. Pues, como dice San Agustín, que la Iglesia de Dios está allí donde están los verdaderos fieles de Cristo, los verdaderos fieles, esa es la Iglesia. La Iglesia no puede ser infiel y por eso debemos pedirle a Dios y a Nuestra Señora como la Madre de Dios, que nos asista en esta hora tan dura, tan cruel, en esta pasión de la Iglesia, para que no claudiquemos en la fe que nos viene de la Santa Madre Iglesia, y para que no nos dejemos llevar de una Iglesia falsificada, judaizada.

Y esta petición que hacemos a Dios es porque sabemos que en Roma impera el judaísmo, y a eso se deben los crímenes por poder y por dinero aun dentro de la misma guardia suiza que es la guardia personal del Papa. La intriga, esa lucha entre la masonería y el *Opus Dei*, que es otra masonería dentro del Vaticano -basta leer para enterarse-. Desgraciadamente, algunos libros no muestran sino lo sucio, como quien mira un basurero, en eso se ha convertido el Vaticano, en un lugar donde no solamente se cometen asesinatos, sino donde también se ventilan entre cardenales vergonzosas intrigas de homosexualidad. ¿Y todo esto por qué y para qué? Para que no tengan el valor de hablar como yo lo estoy haciendo, porque les enrostrarían sus delitos, "usted es así". Últimamente se han editado dos libros, uno intitulado "Los crímenes en el Vaticano", que comenta por qué se mató al capitán de la guardia suiza, a otro suizo y a su mujer; y otro libro anterior que también hablaba del Vaticano; nada de eso es bueno para la Iglesia. Pero desgraciadamente pasa, ¿y por qué no darnos cuenta de la miseria que ha entrado en el Vaticano? Ya lo anunció la Santísima Virgen María. Ella lo dijo: "Roma perderá la fe y será la sede del Anticristo".

Y ¿qué pasará entonces con la Iglesia?, ¿será destruida? No, señores, porque la Iglesia es indefectible hasta el fin de los tiempos. Serán dos, una legítima y otra falsa que aparentará ante el público y el mundo que es la verdadera Iglesia, pero la conoceréis por los frutos y los frutos son malos. La verdadera Iglesia, la perseguida, la Iglesia del silencio, es fiel a la Tradición Católica, Apostólica y Romana. Estos conceptos se deben manejar claramente para no sucumbir ante el error y sobre todo no claudicar en la fe. Tengamos en cuenta las profecías, seamos católicos despiertos, vigilantes, no seamos idiotas útiles ni dormidos, no seamos perezosos. A Dios rogando y con el mazo dando, dispongámonos a dar la vida, la sangre, por amor a Dios y a la Iglesia Católica aunque hoy la veamos convertida en cueva de ladrones. Esa podredumbre inocultable en razón de crímenes donde están en juego millones de dólares dentro del mismo Vaticano, son los hechos. Que después pretexten pasiones meramente personales, es ocultar la verdad, es otra cosa. No debemos escandalizarnos... "porque no puede menos de haber escándalos: pero ¡ay de aquel por quien viniere el escándalo!". +

+++++

DOMINGO DECIMONOVENO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

22 de octubre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este domingo decimonoveno después de Pentecostés, el Evangelio nos presenta la parábola del convite de las bodas. Parábola con la cual Nuestro Señor asemeja el reino de los cielos a unas bodas. Bodas que El mismo realizó uniéndose a la naturaleza humana mediante su Encarnación. Unión íntima que establece Jesucristo con nuestras almas en la vida espiritual de la gracia. También semejan las bodas la unión indisoluble de Jesucristo con su Cuerpo Místico que es la Iglesia, esposa de Cristo y por eso, muchas veces, en la celebración de los matrimonios se les recuerda a los esposos esa unión de Cristo con su Iglesia.

Por todas las anteriores razones, a Nuestro Señor le gustaba simbolizar el reino de los cielos con un festejo de bodas. Dice Santo Tomás, comentando el Evangelio de hoy, que Nuestro Señor quiso poner de manifiesto el rechazo de los judíos y la vocación de los gentiles a la palabra de Dios, después de haber sido este pueblo elegido y llamado por Dios.

Dios llama por medio de sus profetas y antes de los profetas por Moisés al pueblo elegido, y el pueblo elegido no atiende este llamado de Dios y lo rechaza y además lo crucifica. Dicen algunos comentaristas que los judíos tenían esa alternativa: aceptar o matar a Cristo, porque si no lo aceptaban como a Dios, tenían que matarlo como a impostor. Es un drama que se teje en el trasfondo de toda la Historia, hasta el fin de los tiempos, cuando ese pueblo vuelva a confesar al Señor. Por el rechazo de este

pueblo, es llamado el resto de la humanidad, los gentiles, como vemos en las bodas de esta parábola que parece desmesurada e inexplicable: el rey, por una parte manda quemar la ciudad entera, manda que vengan todos sin importar quiénes sean para que entren a las bodas y luego, cuando llega uno que no está vestido como corresponde a la ocasión, lo echa afuera. Para más detalles, termina este Evangelio diciendo que, "muchos son los llamados y pocos los escogidos".

Eso es realmente complicado; sin embargo, debe comprenderse para utilidad de nuestra santificación, ver cómo a Dios, su pueblo elegido, el pueblo del cual Él toma su naturaleza humana, lo rechaza y cómo todos nosotros somos llamados en su lugar. Pero, si nos llama a todos, ¿por qué dice allí que "muchos son los llamados y pocos los escogidos"? y ¿por qué echa fuera a aquel convidado que no está con las ropas nupciales? El esquema nos muestra y sintetiza toda la historia; el llamado a los judíos y su rechazo; la vocación de los gentiles, y la necesidad de la gracia que serían las ropas nupciales sin las cuales seremos rechazados a las tinieblas exteriores que simbolizan el infierno.

Es evidente que esta parábola no se puede interpretar al pie de la letra, como generalmente lo predicán que son muchos los llamados y pocos los que se salvan, los elegidos, estarían en contra de la misma parábola, donde se condena uno sólo entre tantos invitados. También estarían en contra de otra parábola que todos conocemos, la de las diez vírgenes de las cuales cinco se salvan y cinco se condenan; entonces no son muchos o pocos sino la mitad, con lo cual vemos que la interpretación exegética al pie de la letra no corresponde y además Nuestro Señor no la quiere sencillamente porque sería un error, un grave error que se resumiría en la predestinación, como la interpretan los protestantes con Calvino, que "Dios predestina a unos para el cielo y son los buenos y a otros para el infierno y esos son los malos". También esto creían los judíos, porque la herejía protestante es y tiene influencia judaica.

En la parábola se invitaron tanto a buenos como a malos y solamente uno fue echado fuera; entonces, no son muchos los llamados sino que somos todos. Todos somos llamados a salvarnos y Dios no niega a nadie la gracia para que se salve, aunque estuviera en el último confín del mundo -en una selva-, porque como dice Santo Tomás: le enviaría un misionero o un ángel que le predique, o que incluso el mismo Dios le infundiría la doctrina en el corazón y en su alma para que la conociera y la aceptase, con lo cual, el problema de la salvación implica siempre nuestro libre albedrío y su respuesta a Dios. De eso no se puede excluir nadie, absolutamente nadie que tenga uso de razón. Todos somos y estamos llamados a salvarnos, pero desgraciadamente no todos respondemos al llamado de Dios, lo que no quiere decir entonces que son pocos los que se salvan; porque sobre ello nada quiso determinar Nuestro Señor, no quiso decir nunca si eran muchos o pocos los que se salvan, porque en la parábola de hoy uno solo se condena y en el de las vírgenes son justamente la mitad las que se condenan y la otra mitad se salva.

¿Quiénes son entonces esos elegidos? Si no se puede hacer estricta interpretación, ¿quiénes son los que se salvan?, ¿quiénes serían los elegidos? Sencillamente, aquellos privilegiados en el plan divino, aquellos que están más cerca de Dios, aquellos que son píos y santos, que no son muchos sino unos pocos que eligen la vida de santidad, de abnegación y de entrega completa y total a Dios. Por eso San Juan de la Cruz dice que es estrecha la vía que lleva a la perfección, porque es ancho el camino que lleva a los placeres y al infierno y por eso desgraciadamente no todos responden a esa vía de perfección. Los santos, si bien son una legión, son los menos; los que eligen una vida religiosa podrían ser muchos, pero en proporción a toda la humanidad son pocos; la mayoría prefiere llevar una vida normal.

Tenemos que pedirle a Nuestra Señora para que Ella nos ayude a mantenemos puros y gozar de la intimidad de Cristo Nuestro Señor. +

+++++

CRISTO REY

29 de octubre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Su Santidad Pío XI, en los años de su pontificado -1925, hace ya más de 75 años-, viendo la situación en la que se hallaba el mundo, en decadencia espiritual y laicismo reinante por doquier, un mundo apóstata, quiso instaurar y proclamar al mundo entero la fiesta de Cristo Rey, los derechos de Dios.

Un hecho verificable y una realidad son los derechos de Dios conculcados por todas las naciones del universo. Nuestro Señor es Rey del universo y porque es Dios ejerce su realeza en todos los órdenes; esa es una verdad que debe ser proclamada por todo hombre, lo cual quiere decir que el universo debe ser católico, las naciones católicas. Judíos, musulmanes y paganos no tienen derecho a erigir Estado o nación sin antes reconocerse y proclamarse deudos de Cristo Rey. Este principio forjó toda la cristiandad, forjó todos los Estados católicos y hoy lo vemos claudicar, no ya a nombre de las naciones, sino de la misma jerarquía de la Iglesia que no proclama la realeza social de Nuestro Señor Jesucristo. Lo que proclama es la libertad religiosa que contradice paladinamente a la realeza social de Nuestro Señor. Y se contradice, porque son dos principios que se excluyen mutuamente, por eso no se puede proclamar ni en una familia, ni en una nación, ni en un Estado la libertad religiosa (ese es el caso de los Estados Unidos) como principio de civilización, de cultura, de nación y de patria, porque este principio debe basarse y tener por ley fundamental la proclamación de los derechos de Dios; luego, si Nuestro Señor es Dios, se impone la proclamación de Cristo Rey.

Por eso, al no proclamar a Cristo Rey y proclamar la libertad religiosa -que fue como se constituyó Estados Unidos-, no erigiendo los estados sobre la base de una religión unificada para que no hubiese división, ese mismo principio, que es

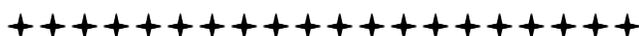
aceptado e impuesto a las naciones católicas, no lo aceptan los musulmanes que a destajo profesan una falsa religión, como el mahometismo; a ellos no les convencen con el "argumento" de la libertad religiosa y sí a los estados católicos, para que sucumban sin el principio fundamental de reconocimiento a Nuestro Señor Jesucristo como verdadero Dios y verdadero hombre; como Rey, porque es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que se encarnó; no tiene una personalidad humana sino divina y por eso es Dios, es Rey y Señor del universo y por lo mismo garante de todas las naciones. Ese es el gran drama, no reconocerle como tal, no querer reconocerlo y claudicar; es la apostasía porque se reniega de Nuestro Señor Jesucristo, se le proscribió de la vida pública, de la vida social de los pueblos y de los gobiernos de las naciones. Gobiernos apóstatas no podrán tener paz; la paz no se puede establecer sobre el error y la apostasía, sino sobre la verdad y la realeza de Cristo Rey; cualquier otra paz que se proclame no será más que el presagio de la gran falsa paz del Anticristo. Además de la vida pública de las naciones, también han destronado a Nuestro Señor de las iglesias, profanando todo aquello que garantizaba el verdadero culto a Nuestro Señor Jesucristo; la verdadera Misa de siempre transformada en una cena o sinapsis protestante; una reunión donde el sacrificio se convierte en ágape y el sacerdote en presidente frente a los convidados, no frente a Dios y al Sagrario para pedir a Dios Padre y a la Santísima Trinidad que por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo derramada sobre el altar incruentamente, perdonen los pecados de la humanidad.

Esa es otra concepción, otro concepto y otro culto muy aceptos a los protestantes y, sin embargo, ellos no aceptan la Santa Misa de siempre. Pero, para medir la dimensión de estas cosas hay que tener fe y una fe sólida, formada, no la fe del carbonero, no una fe inculta, sino la fe de un católico que por lo menos conoce bien su santo catecismo y no espera ser catequizado por la turba de "pastores", tarados que arrasan las calles con su protestantismo herético, como acontece en esta pobre Colombia, que la invaden las sectas protestantes, con la permisividad declinante de sacerdotes, párrocos y obispos que no defienden la fe, ni la saben, ni la quieren defender, porque son unos mercenarios que buscan la prebenda, la merced, no buscan la verdad; porque no son hijos de la verdad. He ahí el gran mal. La Iglesia sin verdaderos pastores que apacienten a las ovejas del rebaño con la predicación de la verdad, con los dogmas de la fe Católica, Apostólica y Romana, que prediquen a Nuestro Señor y disipen las tinieblas del error.

No se puede predicar a Cristo Rey y aceptar falsas religiones, sus ídolos, sus cultos y sus creencias producto de las tinieblas y el error. Por eso el papa Pío XI al proclamar esta fiesta hacia fines del año litúrgico, quiso coronar con la fiesta de Cristo Rey todos los misterios de Nuestro Señor y de la religión católica, en contraposición a un mundo que rechaza a Nuestro Señor, que rechaza su Iglesia. De ahí la necesidad de proclamar, al menos en nuestros corazones, esas verdades, para no caer en el error ni en la apostasía y para que haya un verdadero espíritu apostólico y misionero de convertir a todos los hombres, a todas las naciones al Imperio de Nuestro Señor Jesucristo; no dejarlos en el error con respecto a Dios, que es el peor de los errores. Por eso es misionera la Iglesia, para predicar a

Nuestro Señor y a Nuestro Señor Crucificado, que murió en la cruz. Esa es la misión de la Iglesia, es la obra santificadora de la Iglesia; pero vemos cuan replegadas están todas estas cosas y qué Iglesia tan distinta se está presentando hoy, una adulteración, una falsificación propia de los últimos tiempos, que ya Nuestro Señor mismo profetizó.

Rogar a Nuestra Señora la Santísima Virgen María, que por lo menos nosotros podamos adorar a Nuestro Señor y entronizarlo en nuestra casa, en nuestras familias y si no podemos en la familia, porque allí está la división, por lo menos que reine en nuestras almas, para que algún día Él pueda reinar sobre todo el universo, que le sea sumiso como a su dueño y Señor. Pedir a Nuestra Señora la fidelidad a Nuestro Señor y a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana para perseverar en la verdad y proclamando la divinidad de Nuestro Señor y de su Iglesia, salvar nuestras almas. +



VIGÉSIMO PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

5 de noviembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este domingo vigésimo primero después de Pentecostés, el Evangelio nos ofrece una parábola que podemos denominar parábola del deudor desafortado. Comenta San Jerónimo que en Siria y Palestina, de modo particular en la provincia de Siria, lugar donde nació Nuestro Señor, la gente era muy dada a comprender las cosas más que por la enunciación de un precepto, por comparaciones con imágenes de la vida real; por eso Nuestro Señor, para demostrar el principio que quiere enseñar a sus discípulos y a todos aquellos que lo seguían, en vez de formularlo, relata esa parábola que al conocerla queda grabada en la mente del pueblo por su fácil comprensión.

El precepto consiste en perdonar a nuestros deudores, así como nosotros tenemos necesidad de ser perdonados por Dios. Es sencillamente lo que pedimos en el Padrenuestro: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"; seremos perdonados en la medida en que perdonemos y no seremos perdonados en la medida en que no perdonemos. Eso es lo que Nuestro Señor quiere mostrar en esta parábola. La desproporción entre la cantidad inmensa de los diez mil talentos que este hombre adeudaba al rey y el rey por pura misericordia le perdona toda la deuda y lo deja libre. Y éste a su vez al conserivo, que le debía una pequeña suma, casi lo estrangula y lo manda apresar para que le pague.

Esa es la moraleja: la imagen muestra la misma situación de cada uno de nosotros con respecto a Dios cuando no perdonamos a nuestros hermanos que nos adeudan

poca cosa. Por mucho que consideremos se nos ha hecho en contra, de palabra, obra o como fuere, no sería nada comparado con la inmensa deuda que tenemos con Dios. Deuda inmensa contraída por nuestros pecados y que tiene que ser pagada. Y lo que Dios nos pide es la cancelación de la mínima deuda que tengamos con nuestros posibles acreedores, nuestros prójimos. ¡Qué sencillo es ser perdonado! Y, sin embargo, que difícil es que perdonemos de corazón a los demás, sin rencores, sin que guardemos en el repliegue de nuestra alma el recelo, el resentimiento, y hasta el odio hacia los demás. Esos sentimientos conculcan incluso la paz social, la paz familiar y la convivencia de la sociedad; todo el mal se podría centrar allí en ese odio, en ese resentimiento, en esa falta de perdón; y ¿cómo pretendemos ser perdonados, si no perdonamos? Es absolutamente imposible, porque tendríamos la misma actitud ruin de este deudor desafortado.

Hay que ser ruin para no perdonar al que nos debe poco, cuando nosotros debemos mucho más a Dios y le pedimos clemencia y misericordia. Este es el estado del alma de este deudor que no quiso perdonar a su hermano, y ese estado de ruindad lo ejercemos nosotros cuando guardamos rencor, cuando guardamos odio, cuando no perdonamos de corazón. Y hay que aclarar una cosa: el perdón no es no ver la injusticia; sino el perdonar el mal cometido, lo que se perdona es al pecador, lo que se perdona no es el error, es a quien yerra; se perdona al pecador pero no se hace desaparecer la injusticia ni el pecado ni el mal. Es cosa muy distinta. Y como todos somos pecadores, entonces todos debemos perdonar para merecer en retribución el perdón. Dicho sea de paso, con respecto a la traducción del "Padrenuestro" al español, que expresa con claridad, lo cual por cierto carece el francés, ya que nuestra lengua es mucho más rica y, por tanto, más precisa, cuando en español decimos "perdónanos nuestras deudas" y que ahora erróneamente, contraviniendo la precisión de una verdad teológica, se reemplaza por "ofensas"; esta nueva versión no especifica con exactitud el sentido que tiene la deuda. Una deuda es un débito que hay que retribuir y la ofensa se perdona pero si no se retribuye el débito queda, aunque la ofensa sea perdonada queda el débito y por eso en la sana teología de la Iglesia siempre se ha distinguido entre la culpa y la deuda, entre la culpa o la ofensa y el débito o deuda que queda. Una persona que muere en estado de gracia, ¿por qué va al purgatorio si están perdonadas sus ofensas? Porque le quedan todas las deudas contraídas por los pecados mortales y veniales; a esto se atribuye la existencia del purgatorio, porque no se ha saldado la deuda, no se es digno todavía de entrar en el cielo, se necesita purificar en el purgatorio la deuda, no la ofensa, a no ser la ofensa de los pecados veniales no perdonados aún.

Vemos, pues, cómo se van borrando en esas malas traducciones las verdades esenciales de la fe católica, se va quitando precisión y no por simple descuido, que ya sería una estupidez, sino porque en el fondo también la nueva teología niega el purgatorio y hasta el infierno. ¡Qué les va a importar ya hablar de deudas! ¿Cuáles deudas? Si "todos somos libres", nadie le debe nada a nadie, si con "la dignidad del hombre", "la libertad del hombre", "el hombre es soberano", "los derechos del hombre", "el hombre con su libertad", ¿qué deudas? Ninguna deuda, toda deuda quedó cancelada. Eso es lo que enseña la teología liberal; barre con las deudas, con

el débito que nos obliga a pedirle a Dios, para que a través de los sacrificios, la abnegación y las penalidades, purguemos en la tierra y purifiquemos nuestras almas aquí y no en el purgatorio que será mucho peor. Pero como el mundo de hoy es sordo a lo que no sea confort, goce, sensualidad; nada que comporte sacrificio, abnegación, renuncia; ese es el ideal del hombre moderno: "vivir para gozar", tal es el ideal pagano, ideal del renacimiento, que se llamó Renacimiento porque era el paganismo que renacía después de la Edad Media; cuando el ideal del cristiano, del católico, es todo lo contrario: merecer el cielo a través del sacrificio, un programa muy distinto.

Para que paguemos, pues, nuestras deudas con Dios, perdonemos las ofensas y las deudas de nuestro prójimo y seremos perdonados. Así cumpliremos con el Padrenuestro, para rezarlo verdaderamente en paz, porque si dejamos esa ruina en el alma y guardamos ese egoísmo, esa falta de perdón, esa falta de generosidad, no podemos rezar en paz con Dios y dignamente el Padrenuestro.

Roguémosle a Nuestra Señora, la Virgen María, que nos dé la capacidad de perdonar a nuestros hermanos y que así Dios perdone nuestros pecados. +

+++++

VIGÉSIMO SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

12 de noviembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Vemos en el Evangelio de hoy cómo los herodianos y los fariseos que eran, por así decirlo, los personajes principales de la comunidad judía, siempre estaban al acecho para prender a Nuestro Señor y poder juzgarlo, querían matarlo y tener una excusa. Si lo querían matar, ¿por qué no lo mataban de una vez? Porque el mal siempre busca un pretexto, una careta, una apariencia de justicia, de verdad, para encubrir el odio que se sacia sólo con la muerte. Mandan pues a sus discípulos, a sus lacayos, porque tampoco son capaces de ir ellos personalmente y preguntarle a Nuestro Señor, hacerle la pregunta que podría ser buena si fuese hecha con recta intención, para salir de la ignorancia; pero no, era todo lo contrario. Era una pregunta dolosa, capciosa, y por eso Nuestro Señor les dice: "Hipócritas, ¿por qué me tentáis?". Porque hipócrita, como lo eran estos fariseos, herodianos, es el que tiene en su boca una cosa distinta a la que tiene en el corazón.

Esa es la hipocresía, y la peor de las desgracias es acostumbrarse a ella, hablar distinto de lo que se siente en el corazón, mostrar estima y en el fondo destilar veneno, no tener la capacidad de ser veraz y decir al pan, pan y al vino, vino, adular con la boca y odiar y despreciar con el corazón, todo esto forma parte de la actitud del hipócrita. Y los judíos estaban llenos de tal hipocresía; por eso Nuestro Señor, que no era hipócrita, se los dice en la cara sin resquemor: ¡Hipócritas! Nosotros no

conocemos la intención de corazón como bien la conocía Nuestro Señor, pero quizás hubiese menos hipocresía en el mundo y haríamos un favor si detectásemos en alguien esa actitud, decírselo, para que esa persona, por lo menos no se engañe a sí misma, creyendo engañarnos.

Esa hipocresía se oculta con la adulación: "Sabemos, Maestro, que tú eres bueno y que llevas a la verdad". Si sabían todo eso ¿para qué le tentaban? Si saben que es bueno, que es veraz, ¿para qué le preguntan? Pues con el ánimo de sorprenderlo en algo y condenarlo con justa causa. Cosa distinta sería si ellos preguntasen simplemente por querer conocer y saber lo que debía hacerse.

La pregunta era sobre algo muy crucial. Judea estaba bajo el Imperio Romano y debía tributo al César y quien se oponía al César cometía prácticamente un pecado por no saber distinguir bien, entre obedecer al César como gobierno temporal u obedecerle como a divinidad, por eso había que distinguir claramente en qué se le podía rendir tributo y honor al César y en qué no. En todo, menos como a Dios en lo de orden temporal; por eso Nuestro Señor les pide la moneda con la que se pagaba el tributo y les responde a su vez mostrando, con otra pregunta: "¿De quién es la imagen?". A lo que seguiría una sabia respuesta: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

Esas dos espadas, esos dos órdenes: el temporal y el espiritual que están separados porque Dios los quiso distinguir; lo que no quiere decir que no tenga nada que ver uno con el otro y que no haya una subordinación del orden temporal al orden espiritual. Por eso Nuestro Señor les dice "...al César lo que es del César...". Todo lo que es de orden temporal, como emperador que es, que tiene por deber proveer el bien común temporal, en eso le deben tributo y le deben sumisión y obediencia, pero no en el orden espiritual, que compete a la Iglesia. Por eso debemos dar a Dios lo que como a Dios corresponde, ya que nuestra alma es la imagen y la semejanza de Dios; es espiritual y se debe a Dios.

No es que Dios deje de ejercer su poder, mejor dicho, no es que no tenga poder sobre el orden temporal, es sencillamente que Dios Nuestro Señor no quiere ejercerlo directamente, por eso los distinguió. ¿No es lo que quiere el laicismo, negar que Dios tenga ese poder sobre el orden temporal? Y que de hecho se le niega, se le sustrae, corrompiendo la sumisión que se pretende debe tener el orden temporal a la Iglesia y a Dios. Laicismo que se introduce en la misma Iglesia, produciendo ese fenómeno de secularización que está destruyendo a la religión católica hoy mundanizada, secularizada en sus órdenes, en sus sacerdotes y en sus instituciones. Todo eso muestra que no se está dando ni al César lo que corresponde al César ni a Dios lo que es de Dios, sino que impera una gran confusión y un desequilibrio social, mundial, que afecta de modo directo los mismos fundamentos de la Iglesia Católica.

No nos confundamos, no caigamos en el laicismo que le niega a Dios la subordinación del orden temporal que le niega a Dios el origen y la fuente de toda

autoridad, como la democracia moderna, que hace arbitrariamente al pueblo el origen de toda autoridad, el pueblo y no Dios, lo cual es una herejía; porque el pueblo puede designar la autoridad y ahí habría una verdadera democracia que sería una de las tres formas legítimas de gobierno, pero una cosa es que la designe, otra cosa muy distinta es que sea la fuente de la autoridad, que sea el principio de la autoridad. En ese pecado hemos caído casi todos, por eso hoy cuando se habla de democracia, más allá de que seamos o no democráticos, debemos aclarar que con la democracia moderna ningún católico puede estar de acuerdo, porque no es el pueblo el soberano sino Dios; otra cosa es que el pueblo designe al gobernante, pero no es el que le da la autoridad, pues de él no dimana como de su origen, esto es una herejía, porque atenta contra el derecho soberano de Dios. De ahí que las democracias modernas sean anticristianas, anticatólicas, usurpen la soberanía de Dios y proclamen los derechos del hombre. Dicho sea de paso y sin hacer propaganda comercial, a ese libro que habla de los derechos de Dios, escrito por una feligresa, se le abona el mérito de hablar de los derechos de Dios cuando todo el mundo está idiotizado argumentando los cacareados derechos del hombre, desconociendo los de Dios.

Por eso, es una gracia permanecer fieles a la única y auténtica Iglesia Católica, Apostólica y Romana, esa Iglesia que no puede ser secular ni se puede secularizar en sus instituciones; es la única manera de perseverar en medio de esta destrucción, de esta revolución anticristiana directamente dirigida por Satanás desde el infierno, y que tiene hombres como lacayos que en este mundo no hacen la obra de Cristo, sino la obra del demonio, la obra del Anticristo; de ahí, que más que nunca debemos tener presente cuál es la verdadera faz de la Iglesia, para no caer en ese escándalo, porque es un escándalo público, que en vez de una Iglesia veamos a una ramera impostando ser la esposa de Dios. Es inadmisibile y perdónenme mis estimados hermanos el ejemplo: es como si una prostituta se hiciese pasar por señora, como la reina, esposa del rey. La Iglesia Católica, Apostólica y Romana es inmaculada en sus instituciones, en su moral, en su doctrina, en su Evangelio. Otra cosa es que dentro de la Iglesia haya buenos y malos; santos y pecadores; píos e impíos; pero eso es en el ámbito personal que cada uno cumpla o no los mandatos y los preceptos de la Iglesia. Pero la Iglesia como institución divina, como obra de Dios, que no puede ser sino inmaculada y pura y verdadera Iglesia, es aquella que es Una, Santa, Católica y Apostólica aunque haya miembros que no sean puros ni inmaculados, porque caeríamos en el error de los jansenistas. Pero la Iglesia como institución es inmaculada. Una Iglesia que se presente en sus instituciones, en su doctrina y en el Evangelio secularizada, prostituida por estar en connivencia con los reyes de esta tierra, esa no sería la Iglesia Católica.

Nuestro Señor dice, y lo recuerdo con insistencia, que no todo el que dice "¡Señor, Señor!" entrará en el reino de los cielos; que quién es mi hermana o mi hermano, sino el que hace mi voluntad, el que guarda mi doctrina, el que guarda mi palabra, el que es fiel; por lo mismo, la incertidumbre de que cuando El venga si acaso encontrará fe sobre esta tierra, y menciona la gran apostasía, corrupción generalizada, institucionalizada.

Preocupémonos de pertenecer a la verdadera Iglesia conformada por todos los que dispersos por el mundo permanecen fieles a Cristo. Por eso San Agustín decía que la Iglesia la conforman todos los fieles a Cristo, dispersos por el mundo entero y los que no son fieles a Cristo no pertenecen a la Iglesia, como no pertenecen a la Iglesia ni los herejes, ni los cismáticos, ni los excomulgados.

¿Y qué pensar de una Iglesia que excomulga a la Tradición y se abraza con el mundo? Eso es muy significativo; es imposible que se excomulgue a la Tradición, porque si se excomulga a la Tradición se está excomulgando a los apóstoles, a los Padres de la Iglesia y a todos los Santos que no clasificaron al modernismo y no lo pueden ser jamás. Más que nunca debemos tener cuidado de pertenecer no sólo de alma, sino también de cuerpo a la única y verdadera Iglesia inmaculada de Cristo Nuestro Señor y dar con justicia al César aquello que es del César y a Dios lo que le pertenece y es de Dios. +

+++++

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA

19 de noviembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Hoy celebramos la Misa que corresponde a la fiesta de Santa Isabel, viuda y reina de Hungría, patrona de la diócesis de Bogotá, por eso esta Misa prima sobre la del domingo, que es de segunda clase.

Santa Isabel de Hungría fue hija de uno de los reyes que también alcanzaron la santidad: Andrés de Hungría. Casada con el rey de Turingia, y a pesar de vivir en lo que uno puede pensar son las delicias de una corte llena de riquezas, dedicó su vida a Dios sirviendo a los pobres. Es más, no sólo sirviendo a los pobres, también cuidando leprosos, cuidados que llegaban hasta besar sus llagas. Nos preguntamos: ¿qué podía ella besar en esas llagas? La inmundicia de la enfermedad, o más bien ver ahí la miseria humana y también las llagas y miserias que Nuestro Señor cargó sobre sí cuando llevó la cruz. La vida de santidad llegada al exceso que es repugnante para nosotros por la poca fe, por nuestra poca santidad.

Cumpliendo dentro del matrimonio los deberes que como a esposa y madre correspondían -tres hijos, viuda a los veinte años- y muerta a los veinticuatro, como Santa Teresita, una vida muy corta pero llena de servicio a Dios, santificándose en el matrimonio y dándole primacía a Dios.

Qué ejemplo para las mujeres que desatienden a Dios por su marido, qué ejemplo de esta santa que supo complacer *en* todo a su esposo y sin embargo tener el corazón puesto en Dios y no dejarse seducir por una corte que después la despreció, la echó y la abandonó; una corte corrompida. Prefirió, una vez muerto su esposo, darse a la labor de cuidar enfermos y leprosos, habiendo mandado construir antes

un hospital para los enfermos, obrando la caridad con todos y no dejándose llevar por banquetes, bailes, festejos, los halagos de una vida regalada y fácil, sino viviendo pobremente, santamente y tomando el hábito de los penitentes de San Francisco, prestando los servicios como una mujer pobre, cuidando enfermos siendo reina.

Qué lejos se está de ese ideal; si esto lo hizo una reina que lo tenía todo, cuánto más tendríamos que hacer nosotros que no tenemos aquellos halagos ni riquezas y que, sin embargo, nuestro corazón las desea con vehemencia impidiéndonos la santidad, la que hay que mirar más que los prodigios que hacen los santos, incluso que sus milagros, las obras de ayuno, como esta santa lo hacía también, comiendo legumbres y raíces. Hay que mirar la santidad más que en sus frutos y en sus obras exteriores, en su esencia; es como si miráramos un matrimonio más por la casa, por los muebles, incluso los hijos, y no vemos la íntima unión, compenetración y exclusividad que conforma la unión de los cónyuges; lo mismo ocurre con la santidad, que es una unión con Dios y que culmina en un matrimonio con Dios y consiste justamente en ese estado permanente y exclusivo de unión con Dios.

De allí brotan todas las obras y los sacrificios extraordinarios que a veces nos pasman de los santos. No está pues la santidad en lo que se haga o deje de hacer, en esos excesos que nos pueden parecer inútiles o difíciles. La Iglesia, con respecto a los santos, quiere ejemplos para imitar en ese estado interior, en el deseo de permanecer con Dios, de pertenecer a Dios, de vivir para Dios. Por lógica consecuencia, esa imitación exige un vaciamiento de todo lo que no es Dios, de todas las criaturas, del mundo, ese mundo maldito mil y una veces que se opone a Dios, no el mundo físico y natural, sino el mundo como una concepción ideológica opuesta a Dios, llámese naturalismo, deísmo, liberalismo, renacentismo. Mundo tecnificado que se mete en los hogares a través de la televisión.

Hay que convencerse, mis estimados hermanos, de que no se puede verdaderamente vivir en estado de gracia de Dios y ver televisión -no me vengan con cuentos-. ¿Qué pasa cuando hay una propaganda impúdica, indecente, aunque la película sea todo lo contrario? Y no hablo de malas películas por sí mismas, sino de programas, noticieros. ¿Qué pasa cuando muestran lo que es el mundo? ¿Cierran los ojos? Eso es mentira, entonces si no quiere ver, ¿para qué tener televisión en la casa? Que no podemos vivir sin televisión... Cómo sí vivió durante casi veinte siglos la humanidad entera, buenos y malos, sin televisión, ¿qué hacían? Hoy estamos tan idiotizados que no sabemos qué hacer con nuestro tiempo, sólo malgastarlo en la televisión "para distraernos"; lo peor es que nos llena de mundo, deseos de mundo y nos aleja el deseo de la santidad. ¿Imaginaríamos a la Virgen María y a San José viendo televisión, perdiendo el tiempo, cuando hay tantas cosas para aprender, para saber, para instruirnos y no perderlo corrompiéndonos con ese idilio de placer y de confort con el que nos bombardea la televisión, anulándonos la capacidad de contemplación y oración? Por eso hay tan poca oración en este mundo moderno, tan pocas ganas de querer pertenecer a Dios, porque estamos imbuidos de ese mundo.

Así pues, como en el legítimo matrimonio se excluye toda otra persona que no sea el esposo o la esposa, con Dios hay que excluir todo lo que no sea Dios, todo lo que sea mundo; he ahí lo difícil, y por eso nuestras declinaciones, nuestro compromiso con el mundo que nos impide ir a Dios y nos hace mediocrementemente católicos, mediocres fieles. Hay que tomar conciencia de ello y tener una vida de santidad, querer imitar a santos como esta Santa Patrona de Bogotá. Hallemos lo mejor para encaminarnos a la eternidad y no perdamos miserablemente la vida. ¿Para qué vivimos? ¿Para pasar distraídos por esta vida como si fuese una película de cine... o para salvar nuestras almas?

Por eso monseñor Lefebvre no quiere que en las casas de la Fraternidad ni en los prioratos haya televisión, sino que también aquellos fieles que quieren pertenecer a la tercera orden, para participar de las gracias de esta comunidad, tengan como condición no tener televisión en la casa por la misma razón, por el mismo motivo; porque la televisión, aunque fueran todos los programas aceptables, sanos, que la propaganda no fuera mala, ni impúdica, ni sensual, sino que todo fuese muy católico, nos quitaría el tiempo que le debemos dedicar a Dios, el tiempo dedicado a las obras de misericordia, para perderlo distraídamente en algo que no sirve para nada y lo que no sirve para nuestra salvación -como en el orden sobrenatural no hay término medio-, sirve para nuestra condenación. Si Dios mismo dice que toda palabra ociosa será castigada, mucho más el tiempo que ociosamente perdamos.

Otra cosa es la legítima restauración de la fatiga del cuerpo, con un sano *recreo*, unas sanas vacaciones. Las vacaciones no consisten en hacer nada, sino en cambiar de actividad, cambiar de lugar, cambiar de atmósfera, pero no es levantarse a las diez de la mañana, a las doce del día, como mucha gente hace los domingos; el domingo no es para dormir hasta la hora que se nos dé la gana, como un animal, ¡no señor! Podría dormir media hora más, pero el domingo es para santificarlo, ¿acaso el placer del hombre está en comer y dormir como los animales? Todas estas cosas se oponen a la santidad de la cual dan ejemplo los santos y de la cual nos ha dado ejemplo esta reina santa que vivía en una corte imperial y despreciaba todo por amor a Dios.

Pidámosle a Santa Isabel que nos ayude a tener esa estima por las cosas de Dios y ese desprecio por el mundo que nos separa de Dios. +

+++++

DOMINGO VIGÉSIMO CUARTO Y ÚLTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

26 de noviembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

La Iglesia, ciertamente inspirada por el Espíritu Santo, siempre ha reservado para este último domingo cerrar su ciclo litúrgico en la perspectiva del Apocalipsis, con un Evangelio eminentemente apocalíptico.

El Apocalipsis es el único libro profético del Nuevo Testamento y es la clave de todas las profecías y de toda la Sagrada Escritura, de ahí la dificultad de su correcta interpretación y por ende la dificultad que tuvo en ser admitido después del inicio como libro canónico. Esta misma dificultad es también el origen de tantos errores y herejías ventiladas al malinterpretarlo. La Iglesia quiere que lo tengamos presente en el cierre del año litúrgico, porque con el Apocalipsis tenemos en perspectiva la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo; por eso, lejos de ser el Apocalipsis un libro de terror, es un libro de esperanza y todos los acontecimientos que presagian la segunda venida de Nuestro Señor por muy calamitosos y desastrosos que sean, son un motivo de esperanza, porque nos anuncian que Nuestro Señor está próximo a venir, gran esperanza de nuestra religión. Esa fue la esperanza de los primeros católicos en la Iglesia primitiva, esperanza que hoy, desgraciadamente, está alejada y olvidada.

Sin la segunda venida de Nuestro Señor, la obra de la Redención estaría incompleta, imperfecta; no quedaría plenamente coronada. Por eso la Iglesia quiere presentar ante nuestros ojos, al finalizar cada año, la perspectiva de la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo en gloria y majestad, y si tenemos del Apocalipsis esa visión catastrófica, ella no es más que un aspecto, una cara de la moneda, la otra cara es de alegría. Nuestro Señor nos advierte que antes de que El venga habrá una gran tribulación, habrá la abominación de la desolación en el lugar santo, como predijo el profeta Daniel y que está relacionado con este pasaje del Evangelio de San Mateo (que es como una síntesis del Apocalipsis), donde describe una gran consternación de todo el cosmos, de todo el universo: gran tribulación, falsos cristos, falsos profetas y la abominación en el lugar santo. El lugar santo es la Iglesia de Dios, por eso alude al profeta Daniel, ya que si nos remitimos a los capítulos IX, XI y XII de su libro, donde habla reiteradamente de esa abominación, de esa desolación espantosa en el lugar santo, hace consistir esa abominación del verdadero culto y del verdadero sacrificio hecho a Dios, en la abolición del sacrificio perpetuo.

Comenta San Jerónimo que el sacrificio perpetuo es la Santa Misa, la Misa católica, el culto solemne de la Misa católica, es decir, la Misa que nosotros celebramos todos los santos días, y que por un misterio de iniquidad ha sido oficialmente desechada por otra nueva, ¡es terrible! Pero, en conciencia me veo obligado a decirles, mis amados hermanos, con la simple inteligencia de lo que dice el profeta Daniel, lo que interpretan San Jerónimo y otros Padres, cotejándolo con lo que ha pasado en la Iglesia con Vaticano II y la Misa de siempre.

La persecución que es por lo menos parte de esa abominación, de esa desolación que estamos viviendo, de esa profanación, que en definitiva es una idolatría, la idolatría que constantemente, a todo lo largo del Antiguo Testamento, está siendo

fustigada por Dios. Y podemos preguntarnos con asombro ¿por qué en la Biblia las tres cuartas partes son del Antiguo Testamento y una pequeña parte del Nuevo, cuando es más importante el Nuevo Testamento que el Antiguo? Pues, para alertarnos incesantemente el celo por la profanación del culto, la idolatría, los ídolos, las enfáticas advertencias de mantener el verdadero culto, misión del pueblo elegido y, si no, leamos y veremos siempre lo mismo.

¿Por qué esa insistencia? Justamente, para que hoy nosotros volviéndolo a leer y releer hasta el cansancio, descubramos finalmente que estamos cayendo en lo mismo, en esa adulteración, en esa profanación del verdadero y único culto a Dios; triste realidad en la que vivimos hoy. Los templos vaciados de todo su contenido sobrenatural, de todo su contenido religioso, de todo contenido de Dios, para venir a convertirse en museos de la desfachatez. Desacralización de la nueva liturgia, del sacerdocio, de la vida religiosa y, en definitiva, la desacralización de la Iglesia.

Por todo lo anterior debemos entender que la verdadera y única Iglesia de Dios, la Iglesia Católica, Apostólica y Romana está allí donde está el verdadero culto, y el verdadero culto está garantizado única y exclusivamente por la verdadera Misa, la Misa de siempre, o la llamada Misa de San Pío V. La nueva, en cambio, es la garantía de la abominación, de la desolación en el lugar santo, porque en su lugar ha excluido el sacrificio perpetuo, el sacrificio perenne. Porque no vemos con suficiente fe lo que sucede; todo nos da igual. ¡Pues no! No es lo mismo. El Antiguo Testamento hace relevancia en la absoluta diferencia y ordena distinguir entre el verdadero Dios y los falsos dioses de las otras religiones.

Quiere entonces el Evangelio de hoy mantener viva la esperanza en la segunda venida de Nuestro Señor, saber que asistimos a la abominación y que se vive la gran tribulación. Santo Tomás, que se refirió a ella, interpreta que esa corrupción y destrucción de la doctrina sería casi total, si Dios, por su infinita misericordia no abreviase aquellos días y que aun los buenos, los que profesan la buena doctrina caerían seducidos por el error; tal será la presión. Y hoy lo vemos a nuestro alrededor, dentro de la misma Fraternidad Sacerdotal San Pío X, sacerdotes que no soportan la presión del entorno y se pierden por falta de integridad moral, por la falta de cohesión, la cual viene de la convicción de estar en la verdad y el resultado es que se van; lo mismo les pasa a algunos fieles.

Por tanto, no es el número ni la cantidad de fieles o de sacerdotes lo que hace a la esencia de la Iglesia, sino la fidelidad y la calidad de esa fidelidad incondicional a Dios, a Cristo y a su Iglesia. No es el ecumenismo, ni el modernismo fornicario de las falsas religiones. Esa es la gran tribulación, mucho peor que el Sol se oscurezca y que la Luna desaparezca, o que se caigan las estrellas, físicamente hablando, porque mucho peor que desaparezca la luz del Sol es que desaparezca la luz de Dios, que es la fe. Por eso la necesidad de la firmeza, la cohesión de la convicción sobrenatural de la fe católica y de la exclusión de toda idolatría, otra religión, y otro dios que no sea Dios uno y trino.

La gran persecución la tenemos encima y que no se la niegue: ¿por qué yo no puedo celebrar la Misa de siempre en la catedral?, ¿por qué no se puede decir en cualquier iglesia cuando es la verdadera Misa? Porque está perseguida. ¿Por qué se persiguió a Monseñor Lefebvre, por qué se le persigue aún, y no solamente a él sino a todos los que seguimos su ejemplo, a los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X, por qué? Por la sencilla razón de que hay que abolir la Misa de siempre, hay que abolir el verdadero culto, para que se entronice la idolatría dentro del lugar santo. Y si Dios permite todo eso es como un castigo, como una purificación, por no haber sabido valorar el regalo inmenso de darnos su cuerpo y su sangre para que comulgásemos con alma pura; de damos todo lo que nos da la Iglesia Católica y que desconocemos; nos brinda su amistad, su amor, y el hombre, ¿qué hace? Le voltea su espalda, no solamente los infieles sino los fieles, los que nos decimos católicos; de ahí la necesidad de esta purificación y de pedirle a Dios que si nos ha dado la gracia de conocer la fidelidad a Nuestro Señor a través del verdadero culto, a través de la verdadera Misa, no claudiquemos; que perseveremos sabiendo que está más pronto que remoto, aunque pueda ser muy largo, porque, comparado el tiempo con la eternidad, no es nada ese pronto de la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo en gloria y majestad.

Roguemos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, nos ayude a mantenernos de pie ante esta crucifixión de la Iglesia que es el Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo y que podamos permanecer fieles a través de todas estas tribulaciones y acrisolar nuestras almas para ver muy prontamente a Dios. +

+++++

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

3 de diciembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Con este primer domingo de Adviento se inicia el año litúrgico en torno al ciclo de Navidad, en torno al misterio de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo. Ya sabemos que hay dos grandes ciclos en el año litúrgico, el de la Navidad y el de la Pascua y así, alrededor de estos dos grandes misterios gira la liturgia de la Iglesia Católica. Con estos cuatro domingos de Adviento nos preparamos, a través del sacrificio y la oración, de un modo más intenso para festejar la Navidad o la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo; a eso se debe el color morado de los ornamentos, que indican mortificación, sacrificio y penitencia; son como una especie de Cuaresma alrededor de la fiesta de Navidad, para que nos preparemos espiritualmente y así podamos festejar santa y cristianamente la Navidad, que es la fiesta más popular para los católicos.

Cuatro domingos que presagian el tiempo de espera que tuvo la humanidad desde Adán, después de haber pecado, hasta que se cumpliera la Encarnación. Cuatro domingos que simbolizan aproximadamente cuatro mil años de espera, con lo cual,

dicho sea de paso, vemos cuan opuesto a la Iglesia es el absurdo evolucionismo que hace datar miles y miles de años no solamente al mundo, sino la edad del hombre, lo cual es absolutamente falso, a lo que San Juan Crisóstomo llamaba "fábulas", como de hecho también llama San Pablo en más de una ocasión a todos esos errores.

Cuatro mil años esperando al Altísimo, al Mesías, al Ungido, al Enviado de Dios. Y la mejor manera de prepararnos nosotros a la Navidad es teniendo el espíritu que tuvieron aquellos fieles del Antiguo Testamento esperando la venida del Mesías. Esto fue lo que esperó el pueblo judío, pero que por culpa de sus dirigentes religiosos desviaron las profecías, tergiversándolas y en vez de reconocerlo, lo crucificaron, lo mataron. Ese es el drama, y en eso consiste el dilema teológico religioso del pueblo judío: en no haber sido fieles a las profecías sobre el Mesías y en no haberlo conocido cuando vino. Con este desconocimiento por cuenta de la jerarquía de la sinagoga, que era hasta entonces la verdadera Iglesia de Dios, pasa a convertirse en sinagoga de Satanás; y no hay que olvidarlo, porque lo mismo nos puede pasar a nosotros que somos el injerto, que somos los gentiles, para que no nos creamos mejores, porque sólo Dios sabe si no está pasando o aconteciendo exactamente lo mismo: el desconocimiento de la segunda venida de Nuestro Señor en gloria y majestad, tal como anuncia el Evangelio de hoy al comenzar el año litúrgico.

Y no nos debe asombrar que la Iglesia termina y comienza el año litúrgico con una alusión directa a la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo; lo comprobamos en la liturgia de la Iglesia, para que tengamos presente que la gran profecía del Nuevo Testamento es la segunda venida de Nuestro Señor en gloria y majestad. Gran revelación es la Parusía, la manifestación de Nuestro Señor; de ese dogma de fe han salido, pululan por ahí montones de herejías y errores hasta por simple ignorancia, dentro del mismo clero, dentro de la misma teología. Ese ha sido el motivo de la venida frecuente de la Santísima Virgen a recordárnoslo de manera notable con las apariciones de La Salette y de Fátima y ese es el único motivo por el cual el tercer secreto de Fátima no se ha querido revelar, por culpa de la jerarquía de la Iglesia, por la ignorancia y la desidia de muchos clérigos, porque cuando no hablan los que debieran, entonces hablan otros en su lugar. Eso es lo que explican las apariciones de Nuestra Señora.

La Iglesia asocia pues la primera venida de Nuestro Señor, su Encarnación y Natividad con la segunda venida, sin la cual la primera quedaría trunca, sin la cual la obra de la Redención quedaría sin su acabamiento y sin su coronación; por eso inicia el año litúrgico con el Evangelio de la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo anunciando por consiguiente la catástrofe cósmica universal, que las virtudes del universo tambalearán, ya que todos esos hechos acompañarán esa segunda venida. Pero será también el epílogo, el final sublime de todo el desastre que el hombre en el ejercicio de su libertad, no cumpliendo la voluntad de Dios, ha ocasionado llevando a la humanidad por caminos contrarios a los designios de Dios; Él vendrá a juzgar, a ordenar y a reinar. Por eso reza el Padrenuestro, "venga

a nos tu reino y que se haga tu voluntad así en la tierra como en el cielo", y de ese reino, erróneamente entendido, las sectas protestantes sacan la fuerza y vitalidad de su herejía.

Nosotros los católicos debemos tener viva la esperanza en ese reinado de Nuestro Señor Jesucristo que sin entrar en detalles sabemos que será un reino de gloria y de paz; será el resurgir de su Iglesia que ha sido ultrajada y que está siendo ultrajada, todo permitido por aquellos mismos que debieran defenderla. Preparemos bien la Navidad y no olvidemos que así como El vino una primera vez, volverá una segunda. No caigamos en el error invertido en el que cayó el judaísmo, el gran error del pueblo elegido de los judíos, ¿cuál fue? Un error exegético; se quedó con las profecías del segundo advenimiento de Cristo glorioso, del Cristo vencedor desconociendo la primera venida de Nuestro Señor no gloriosa sino en la humildad, en el anonadamiento, en el sufrimiento; ellos no aceptaban esa primera venida. Se erigían ellos en los todopoderosos y liberadores del género humano, idea judaica de toda revolución basada en la liberación, tanto la revolución comunista, como la revolución protestante, como la revolución francesa y como todas las revoluciones que tienen por ley motivar ese ideal de liberación del judaísmo, carnalizando esas profecías.

Entonces, el mismo error a la inversa sería quedamos con la primera venida y olvidarnos paladinamente de la segunda y por eso la Iglesia quiere recordárnoslo, para que lo tengamos presente y guardemos nuestra fe y nuestra esperanza, que es la esperanza de los fieles de la primitiva Iglesia, a tal punto que San Pablo tuvo que intervenir y decirles que hasta que no desapareciera el obstáculo no vendría Nuestro Señor; nosotros no sabemos cuál es ese obstáculo, podrían ser varias osas, una de ellas la civilización cristiana o el orden romano continuado espiritualmente por la Iglesia; otra el *Mysterium Fidei*, el misterio de la Santa Misa, que es el que Satanás ha querido siempre destruir, porque ha sido a través del sacrificio del Calvario que Cristo le derrotó; y si bien miramos, todas esas cosas están de lado, el obstáculo puede ser la fe y la fe, como la vemos hoy, arrinconada en un mundo impío, que cree en el hombre, pero que no cree en Dios; que glorifica al hombre, pero no glorifica a Dios.

Pidámosle a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que Ella nos ayude a comprender en nuestros corazones todas estas cosas guardadas en el suyo, motivo de su oración y meditación para que, a su imitación, nos preparemos bien en esta Navidad, y a la vez para la segunda venida de Nuestro Señor en gloria y majestad; aunque nadie pueda precisar el día ni la hora, saber que está cerca por los signos que Nuestro Señor nos da, así como la higuera y los árboles cuando comienzan a dar fruto porque ya pronto está el verano. Roguemos a Nuestra Señora que nos ayude y nos asista para acrisolar nuestras almas y crecer en fe, esperanza y caridad, en esta gran tribulación de la Iglesia. +



TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

15 de diciembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Nos encontramos en el tercer domingo de Adviento, también conocido con el nombre de *laetare* —alégrate—, en el cual la Iglesia permite en razón del Introito, una especie de mitigación, en medio de la oración, el sacrificio, la penitencia y el ayuno del tiempo de preparación a la Navidad, manifestando ese descanso con la presencia de flores en el altar y el uso de ornamentos de color rosado, una ventilación en medio de estos cuatro domingos, que son como una Cuaresma de Navidad.

El sentir de la Iglesia es que nos preparemos para la Natividad de Nuestro Señor; que dispongamos nuestras almas para imitar a Nuestro Señor Jesucristo; que la Navidad nos conduzca a realizar un recuento de nuestra vida para pedir a Dios perdón por nuestros pecados, y con la ayuda de la gracia ir destruyendo al viejo hombre que está demasiado enraizado e impide la santidad, nos impide volar hacia Dios, nos impide la virtud, y todo aquello que hay de bueno y de santo. Destruir en especial el orgullo, el amor propio, la vanidad.

El orgullo es el pecado más difícil de erradicar, porque es el más sutil, el más espiritual, los pecados de la carne son evidentes; el orgullo se esconde, se enmascara bajo la apariencia de religión, como fue el gran pecado de los fariseos, que en eso consiste el fariseísmo, y de allí provino la gran calamidad del rechazo a Nuestro Señor Jesucristo por parte del pueblo elegido. Y de allí también puede provenir nuestra calamidad: rechazar a Nuestro Señor por el fariseísmo que todos llevamos, tal vez escondido bajo capa de religiosidad, y que lleva a muchos a no creer, a rechazar la palabra de Dios; eso es en parte lo que escandaliza a todos aquellos que no pertenecen o que no están cerca de Dios y que podrían estarlo, pero por nuestro mal ejemplo no entran en la casa de Dios; es el caso de comunistas, revolucionarios, protestantes y de sectas que intuyen y por su debilidad se escandalizan y combaten a Dios o lo rechazan adhiriendo a variedad de sectas.

El Evangelio de este domingo se refiere a la figura de San Juan Bautista; tanta y tal era su reputación que algunos de los judíos pensaban pudiera ser el Cristo y por eso le envían emisarios a preguntarle quién es y él responde que no es el Cristo.

¿Entonces quién, Elias? Uno de los grandes profetas que no ha muerto, pero no es Elias. Entonces, ¿el profeta? Pensando ellos en Elíseo, el gran profeta discípulo de San Elias, y él responde que no; ¿entonces, quién dices tú que eres?, "soy la voz del que clama en el desierto". *Vox clamántis in deserto; ese clamántis*, como dice Santo Tomás, se puede interpretar de dos formas: que él es la voz que clama en el desierto o mejor aún, que él es la voz de Aquel que clama en el desierto; es decir, que no es Juan el Bautista, sino Nuestro Señor Jesucristo clamando en el desierto de esa Jerusalén desolada por el judaísmo, por los fariseos que no estaban

dispuestos a recibir al Mesías; la voz de Aquel que clama en el desierto y él era su pregonero. Aquel que les señalaba a los demás como él mismo lo señaló con el dedo diciendo que él no era digno siquiera de desatar la correa de su zapato, que era lo que hacían los esclavos, amarrarle las sandalias o el cordón de los zapatos a su amo; y él no se reputaba ni aún digno de ese gesto del esclavo, para mostrar la grandeza de Nuestro Señor que era Dios.

De esta manera, San Juan Bautista es mucho más que un profeta, porque no sólo habla de Nuestro Señor sino que dice: "Éste es el cordero de Dios que quita los pecados del mundo"; lo señaló con el dedo, no lo profetizó como los demás, como algo lejano por venir, sino que lo señaló, puntualizó, dijo: "Éste es y vosotros no le conocéis", entonces es verdaderamente el gran profeta de la primera venida de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Por qué? Porque señala no al Mesías que está por venir, sino al Mesías que ya vino y ya está entre nosotros. En ese sentido, San Juan Bautista es el hombre más grande que mujer haya dado a luz, como en una ocasión Nuestro Señor lo describe en otro pasaje de las Escrituras.

Sigamos el ejemplo de San Juan Bautista, personaje que durante este tiempo de Adviento nos presenta la Iglesia por su sencillez, humildad, y por su penitencia en el desierto, en la soledad a la cual el hombre moderno es ajeno, no está acostumbrado a la soledad ni a la penitencia. Estamos acostumbrados a la bulla, a la televisión, al radio; cuánta gente no puede trabajar sin un radio prendido porque no saben vivir y estar en el silencio de Dios, por eso no podemos vivir en paz y ese parece ser el propósito del mundo moderno, no dejar vivir en paz, sin mencionar el teléfono, el Internet y cuanta cosa nos perturba el sosiego que se requiere para recogernos en Dios.

Por eso vivimos disipados; el hombre moderno es un hombre que evade la realidad de Dios; a eso nos lleva la técnica, a eso llevan las comunicaciones, la agitación frenética del mundo que desquicia a las personas; de allí tantos locos sueltos, desequilibrados y deprimidos, porque ese asedio quebranta los nervios, el equilibrio psicológico y de allí también la variedad de neurosis. Debemos entonces, por un mínimo de higiene mental, protegernos con la oración, refugiarnos en Dios para que ese mundo no nos socave, no nos aplaste, no nos destruya, no nos desquicie. Pero eso exige un esfuerzo que no estamos acostumbrados a hacer; de allí la necesidad de recurrir a la ayuda de la Santísima Virgen María, a los santos, para que nos protejan, que sean nuestro escudo, y así escapar de este mundo moderno impío y en el fondo demoníaco porque afecta al hombre en sus acciones y lo condiciona. Cómo entonces actuaría la gracia si está fallando la naturaleza humana, sobre la cual reposa la gracia.

La gracia supone la naturaleza, pero si llegamos a diluir, a desquiciar, a tal punto que se volatiliza esa naturaleza, difícilmente actuaría la gracia, eso es lo que pasa en el hombre actualmente. Se requiere un mínimo de soporte para que la gracia actúe y pueda aun corregir los defectos inherentes a nuestra naturaleza humana, caída a consecuencia del pecado original. Esta es la insistencia en la oración, el sacrificio y

la penitencia que regeneran nuestra naturaleza, y de todo aquello que, lejos de entenderlo, prescinden el hombre y la sociedad moderna.

La grandeza de San Juan estaba, pues, encaminada a señalar a Nuestro Señor Jesucristo como el verdadero y único Mesías, y el pueblo judío, habiendo farisaicamente tergiversado las profecías, no podía estar preparado y no solamente preparados, dispuestos a reconocer a Nuestro Señor; por lo que conculcando la verdad, terminan crucificándolo, dándole muerte en la cruz. Gran lección para la segunda venida de Nuestro Señor, las profecías que son tergiversadas, el no estar preparados para recibirlo.

Por eso la Iglesia, en este tiempo de Navidad, al comenzar con el primer domingo de Adviento y al terminar el año litúrgico, es decir, el último domingo anterior, lo finaliza con las profecías apocalípticas del Segundo advenimiento, porque la Natividad tiene su acabamiento, su perfección y su coronación, con este Segundo advenimiento de Nuestro Señor. La gran apostasía, la venida del Anticristo, su reinado antes de que venga Nuestro Señor en gloria y majestad aunque nadie conozca el día ni la hora. Nuestro Señor Jesucristo mismo lo advierte: "Ved la higuera y todos los árboles: cuando producen ya de sí el fruto, sabéis está cerca el verano, así también cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios". Debemos pues cuidarnos de no caer en exageraciones, pero tampoco en el rechazo del contenido profético.

Se impone, por tanto, una labor de verdadera exégesis, conocimiento teológico de las Escrituras y no perder la esperanza en la venida de Nuestro Señor, esperarlo tal cual Él ha prometido, sin caer *en* el falso profetismo en que han caído todos aquellos que pertenecen a sectas protestantes, que predicán un falso reino y que quieren, malentendiendo al igual que los judíos, con las solas fuerzas de la Historia, y sin la intervención de Dios, un reino del paraíso aquí en la tierra. A todo eso también apunta el triunfo del Inmaculado Corazón de María, que es el triunfo de los sagrados corazones de Jesús y de María.

El triunfo supone primero la venida de Nuestro Señor a ordenar, desde dentro, su Iglesia, vilmente adulterada con herejías a la orden del día, lo cual es la abominación de la desolación en el lugar santo, las grandes advertencias de Nuestra Señora, en apariciones fuera de toda duda como Lourdes, la Medalla Milagrosa, Siracusa, Fátima, La Salette; todas convergen en que hay una corrupción doctrinal espantosa en el mismo clero, en la misma jerarquía de la Iglesia, hasta el punto de pronosticar que: "Roma perderá la fe y se convertirá en sede del Anticristo". ¡Terrible, pero cierto! Entonces, debemos oponer a este aviso una sana doctrina exegética que nos evite caer en errores a diestra y siniestra, como quien va por el filo de la cumbre de una montaña con abismos a ambos lados; solamente aquel que vaya con cuidado y humildad, puede llegar a la cima sin caer ni a izquierda ni a derecha, donde el abismo sería la perdición.

Por eso, debemos pedir a la Santísima Virgen María nos ayude a perseverar en la fe y festejar estas Navidades en un verdadero espíritu de fe, devoción y amor a Dios, en medio de un mundo que ya no es católico sino pagano, con una Iglesia sacudida en sus fundamentos: la fe, los sacramentos y la doctrina. Y que si esto perdura, aun nosotros, que queremos permanecer firmes, que queremos guardar la sana doctrina, caeremos, lo dice Santo Tomás, si los tiempos no fueran abreviados. Entonces, pedir a Dios, sin tregua, que abrevie esa gran tribulación por la que El acrisola su Iglesia, reducida, como dice San Lucas, a "pequeño rebaño", mientras que el resto ha caído en la apostasía. Se cae en la apostasía al no seguir fielmente la sacrosanta tradición de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, porque cualquier otra doctrina que se oponga a la Santa Tradición como son el modernismo, el progresismo, como es todo lo que hoy se enseña en nombre de Dios -pero que no es de Dios-, lleva hacia la apostasía y lleva hacia el reinado del Anticristo, que tendrá su aparición y que gobernará y sojuzgará al mundo durante tres años y medio, los más crueles de esta gran tribulación.

Tenemos entonces que estar preparados, encomendándonos a los Sagrados Corazones. Y en estas Navidades acercándonos más a Nuestro Señor Jesucristo, que siendo un Rey nació en un pesebre, un establo donde viven animales, no personas, en medio de un burro y de un buey, allí nació Nuestro Señor, en esa pobreza, desolación y abandono del género humano.

Pero, ¿cómo podremos imitar a Nuestro Señor, cuando no somos capaces de seguir ni a medias ese ejemplo de humillación, de pobreza, si no nos gusta, nos aterra? Por eso la Navidad debe ser un motivo para recapacitar y dejar de lado nuestro orgullo, tratar de ser buenos, santos, acercarnos más a Nuestro Señor y a la Santísima Virgen María para que haya verdadera paz, si no en el mundo, por lo menos en nuestros corazones, la paz que da el estar con Dios. Preparemos bien la Navidad, que esa Navidad no sea una Navidad profanada por el paganismo, que aprovecha cualquier día santo para festejar libidinosamente y emborracharse en la concupiscencia de la carne, como por desgracia acontece en Colombia con las fiestas de los santos en los pueblos (lo ocurrido en Popayán en aquella Semana Santa). La Navidad debe ser un motivo de *acercamiento a Dios* para hacer el balance de nuestras vidas con el propósito de mejorar y santificarnos; ése y no otro es el verdadero significado de la Navidad.

Pidamos a San Juan Bautista, precursor de Nuestro Señor, quien lo señaló con el dedo, que podamos imitarlo viviendo la santidad a la cual Dios nos llama. Prepararnos de un modo especial para que esta Navidad no sea una más, sino que nos haga realmente un poquito más buenos y santos. +



VIGILIA DE NAVIDAD

24 de diciembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Vemos en el Evangelio de hoy la gran tribulación de San José como esposo justo y casto de la Santísima Virgen María. Viendo en Ella a su esposa, una mujer santa, y siendo casados en la virginidad, está encinta. Esa noche oscura de San José ante el misterio de la Encarnación que él ignoraba y que la Santísima Virgen conocía por la revelación que le hiciera San Gabriel Arcángel²?

San José desconocía ese gran misterio, y la Santísima Virgen no podía revelárselo por el pudor de no manifestar las cosas de Dios, y porque también correspondía a Dios revelárselo a aquellas personas que era necesario que lo supiesen. Entonces, la Santísima Virgen María guardaba el secreto, quizás dolorosamente, esperando que se hiciera la voluntad de Dios, a pesar de lo que pudiera pensar su esposo entre tanto, y esa era la tristeza, dolor y confusión de este santo justo San José. Hasta que un ángel, en sueños, le reveló el misterio y le dijo que tomara a María en su casa pues lo que en Ella era concebido, obra del Espíritu Santo era.

Estableciendo un paralelo con la Iglesia Católica, este hecho viril de San José nos debe servir de ejemplo, sobre todo en estos tiempos. La Virgen era inmaculada, pura, virtuosa; San José lo sabía, y sin embargo la ve encinta; naturalmente eso es imposible. ¿Qué hace, entonces? No la ultraja, no la vilipendia, pero tampoco se queda al lado de Ella sino que, virilmente, se separa. Eso es lo que acontece con un hombre cuando ve algo que contradice el curso normal de las cosas y no lo entiende; toma distancia en silencio, no lo justifica, como hubieran podido pensar muchas almas falsamente piadosas. "... y por qué San José no pensó que pobre su mujercita... y que Dios sabrá"; ¡no señor! No lo pensó sino que actuó virilmente, siendo un hombre justo, casto, puro, santo y tan santo, que fue digno de ser esposo de la Virgen María para custodiar su virginidad, y sin embargo, pensó separarse de Ella en silencio y, con el dolor de su alma, no acepta hasta que Dios interviene. Y la contradicción aparente que había allí según las leyes naturales, y digo que sirve la comparación con lo que hoy acontece en la Iglesia Católica, la única Iglesia verdadera, divina, la única Iglesia de Dios, la única Iglesia de Cristo, inmaculada, pura, sin pecado, sin mancha, porque su cabeza es Cristo; pura en su doctrina, sacramentos, liturgia, y que hoy la vemos manchada, profanada, preñada de errores; eso no puede ser; teológicamente es una contradicción, es inadmisibles e inaceptable porque la Iglesia es indefectible. Evidentemente, hay un misterio que no es un misterio de sabiduría, sino misterio de iniquidad, y ¿qué es lo que corresponde? Diría yo: la actitud viril de San José. Separarse de esa Iglesia preñada de errores y no darse explicaciones como hacen modernistas y liberales, como

² El 25 de marzo, fecha en que según la Tradición Nuestro Señor se encarnó y fue también un 25 de marzo cuando murió, exactamente a los 33 años de haberse encarnado en el seno, en las entrañas purísimas de la Santísima Virgen María, según la opinión del famoso exégeta Cornelio a Lápide, basada en la Tradición de los Padres de la Iglesia.

hacen todos aquellos que quieren justificar el error en las entrañas de la Iglesia. Sería una herejía, porque no se puede aceptar una Iglesia putrefacta; es impensable, inadmisibile.

La actitud viril no es la de sacerdotes aparentemente piadosos, por ejemplo, los que siguen el movimiento Mariano del padre Gobbi contra el cual sólo albergo una duda: si son tan piadosos, cómo pueden ser legión de la Santísima Virgen María, cuando dicen la nueva misa que es producto de una liturgia profanada, protestantizada, desacralizada y consideran cismático a Monseñor Lefebvre. Asimismo, todos aquellos sacerdotes buenos, pero que justifican el error dentro del seno de la Iglesia y no tienen la virilidad de San José: tomar distancia y aferrarse a lo seguro que es la sacrosanta Tradición de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Es lo que, entre otras cosas, ha hecho monseñor Lefebvre; no aceptó jamás esa Iglesia que se presenta preñada de errores, siguiendo fiel a la Iglesia de siempre, a la única verdadera Iglesia en definitiva.

He ahí el misterio de iniquidad y la obra de Satanás y he ahí lo que les falta a todas aquellas revelaciones, sean verdaderas o no, pero que si no ponen el dedo en la llaga me reservo el derecho de no dar mi asentimiento pleno a ellas. Vuelvo a colocar el ejemplo del padre Gobbi, cuyo libro está lleno de manifestaciones de la Santísima Virgen, todas muy buenas, pero le falta una sola cosa: no pone el dedo en la llaga, no señala al culpable, a los responsables, sino que los cubre impunemente con un manto. Señala todos los errores, la confusión, las tinieblas y todo lo que vemos que pasa, pero habla del Papa como si fuera su hijo predilecto; está bien, porque todo Papa es el hijo predilecto de Nuestra Señora como vicario de su Hijo, pero otra cosa es querer justificar lo que concretamente han hecho Papas como Pablo VI y Juan Pablo II, principales responsables de la crisis actual; eso Nuestra Señora no lo puede cubrir, ni ocultar con su manto, porque ningún Papa puede ir en contra de sus antecesores proponiendo otra interpretación, otra doctrina, otra religión, y ese es el grave error que veo en conciencia delante de Dios. Y lo que digo de él equivale para todas las otras revelaciones que puedan ser de Nuestra Señora.

Digno entonces de imitar el virtuosismo de San José ante el gran misterio, si es que queremos permanecer fieles a la Tradición, que es indefectible, infalible, aunque en verdad hay que decirlo: somos considerados en su fuero interno por el clero secular y la jerarquía oficial como si fuéramos cismáticos, y yo diría ien buena hora! Porque, si ellos que se consideran a sí mismos hermanos separados de los herejes luteranos y protestantes, hermanos menores de los judíos deicidas; si se consideran hermanos de todos aquellos infieles, legítimamente yo no puedo considerarme hermano de aquel que tiene por hermanos a los hijos de Satanás; eso no puede ser, tiene que haber una distinción, una diferencia.

Y monseñor Lefebvre lo decía, muy discretamente, pero lo decía. Se lo escuché siendo Superior en España, pero encontrándome en el seminario en Ecône, Suiza, cuando un reportero quiso hablar unas palabras con Monseñor para la televisión de España, Monseñor le contesta a una de sus insidiosas preguntas: "Si hay algún

cismático ese no soy yo, son ellos los que cambian, los que enseñan otra cosa distinta a lo que hasta ahora ha enseñado la Iglesia". Es decir, que si ellos, el clero, la jerarquía actualmente, llega a considerarnos cismáticos, eso es como si ellos "escupieran para arriba", les *caería* en la cara. Porque si hay un cisma, el cisma lo hace el que cambia, el que traiciona en definitiva la religión de Nuestro Señor Jesucristo, y los que traicionan la religión de Nuestro Señor son ellos y no nosotros que somos los hijos más fieles y más obedientes a la Iglesia y al papado.

Cuando digo al Papa, me refiero a todos los Papas, al papado de la Iglesia Católica y no al Papa de turno que puede claudicar, que puede traicionar; eso hay que tenerlo claro; por eso monseñor Lefebvre se consideraba siempre obediente al Papa en tanto es Papa, sólo Pontífice de la Iglesia Católica y no en cuanto que como Papa de turno podía ser bueno o malo, o santo. Hay que distinguir en aquellas personas que ocupan un cargo en la jerarquía de la Iglesia, la persona pública (oficio, rango, investidura, etcétera), de la persona privada, jerarquía de la Iglesia, aun la del Papa, para poder discernir ante la crisis espantosa que desgarró las conciencias de los fieles. Que la gracia de Dios y la compañía de la Santísima Virgen nos guarden y protejan. +

+++++

VIGILIA DE NAVIDAD

24 de diciembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este domingo festejamos la Vigilia de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, y narra el Evangelio la duda que embarga a San José ante el gran misterio de la Encarnación, misterio que él desconocía; por tanto, tenía el propósito de abandonar secretamente a su legítima esposa, abandonarla en secreto porque los judíos acostumbraban repudiar a la mujer adúltera y para evitar ese escándalo, pensaba, sin difamarla, dejarla en silencio, viéndola encinta y sabiendo por demás, que era una santa mujer y que se habían casado prometiéndose mutua virginidad³.

La ley natural nos dice que si una mujer está encinta, es porque ha tenido relación marital con un hombre; la Santísima Virgen no podía revelar lo acontecido en Ella porque era a Dios a quien correspondía anunciarle a su esposo; Ella debía guardar silencio sabiendo que Dios proveería lo que fuese necesario, incluso, el hecho de advertir al casto, puro y virtuoso San José, quien según la Tradición de la Iglesia era primo hermano de la Virgen María⁴. San José, pues, ante aquel misterio decide abandonarla en secreto para no hacerle daño, para que los judíos no la lapidasen;

³ Cosa que no debe extrañarnos porque también hubo en la historia ejemplos de matrimonios vírgenes: como en plena Edad Media (año 1000) con San Enrique, (Enrique II Emperador y Rey de Alemania) casado con Santa Cunegunda, y que permanecieron vírgenes toda su vida.

⁴ Jacob, padre de San José, era hermano de Santa Ana: según la genealogía que nos trae el exégeta Cornelio a Lapide, eran descendientes de la raza de David; de allí la doble genealogía que no han sabido compaginar muchos exégetas, por desconocer este parentesco que era de conocimiento común en la Iglesia primitiva.

no difamarla, pues le constaba que era pura y santa; sin embargo, ya que no puede entender, con virilidad decide distanciarse, hasta que un ángel del cielo le aclara el misterio anunciándole que aquello era obra del Espíritu Santo y que recibiese a la Virgen en su casa como a su legítima esposa.

Esta actitud de San José, que nos puede extrañar, incluso escandalizar, si somos piadosos en apariencia, porque la verdadera piedad es viril (fuerte) también en la mujer, como la piedad de Santa Teresa la grande, porque la virtud da esa fortaleza de espíritu tanto en el hombre como en la mujer; la misma palabra virtud quiere decir fuerza, vigor, *virtus*. San José, entonces, en lugar de hacer consideraciones aparentemente piadosas "... como es una santa mujer, eso será hinchazón, será inflamación u otra cosa...", no entiende y decide tomar distancia.

Esa actitud tendríamos que tenerla en cuenta estimados hermanos, a lo largo de toda nuestra vida, para esas ocasiones difíciles, sobre todo en épocas como en la que nos ha tocado vivir. Cuando no entendamos y estemos ante una contradicción o un misterio, y más aún, cuando estemos ante un misterio de iniquidad como el que realmente se vive, nos sirve ser viriles y adoptar el ejemplo de San José: ante el error introducido en la Iglesia -preñada de errores cuando no de herejías-, siendo un contrasentido, ya que la Iglesia es santa, es pura e inmaculada, pasando por alto los errores personales que tengan sus miembros. Los errores doctrinales que afectan a la institución en sí misma constituyen un misterio de iniquidad en la Iglesia. El católico, si ama a Nuestro Señor debe tomar distancia, alejarse en silencio para conservar la fe y no excusar el error ni aceptarlo, como desgraciadamente hacen muchas personas encubiertas con apariencia de piedad, como les pasa a muchos sacerdotes que justifican el error y la contradicción.

Y este ejemplo de San José: él, que no podía pensar mal de la Santísima Virgen María; él, que sabía que era una mujer inmaculada, la ve encinta y decide dejarla, y lo hubiera hecho, pero el ángel le retiene. Entonces, ¿cómo es que nosotros -católicos- que sabemos que la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, como institución divina no puede enseñar el error y menos la herejía?, aceptemos esa contradicción, esa infamia, esa blasfemia, la de cohonestar con una Iglesia que no es ni pura ni santa ni inmaculada. Hay que imitar a San José.

Y esa fue la actitud que asumió Monseñor Lefebvre: tomó distancia, no aceptó bajo ningún concepto el error y la contradicción, se adhirió a la Tradición para mantenerse fiel y fundó una asociación de sacerdotes fieles a la verdadera Iglesia, porque la verdadera y única Iglesia no puede como institución albergar ni enseñar el error en su doctrina, en sus sacramentos y en su moral. Otra cosa son los errores humanos de sus miembros, pero ya no es la institución quien falla sino los hombres, la parte humana. Nosotros no podemos aceptar lo que actualmente se presenta ante nuestros ojos como Iglesia oficial henchida de errores y herejías. Por esto, la valentía de San José viene a servirnos de ejemplo para mantenernos fieles al Evangelio, para que Nuestro Señor Jesucristo reine en su Iglesia y en nuestros corazones; aunque nos consideren cismáticos, o como ellos quieran considerarnos,

ya que "cisma", como decía Monseñor Lefebvre, "si es que lo hay, no soy yo el cismático sino aquellos que no son fieles a la Tradición de la Iglesia siendo la innovación la que posibilita, y de hecho así lo ha sido, el error, llevando a los fieles a la apostasía".

Por lo mismo, debemos cuidarnos de organizaciones que parecieran responder a mensajes del cielo y que pueden no ser verdad, porque son susceptibles de adulteración en el camino; me refiero al Movimiento Mariano del padre Gobbi, Movimiento Sacerdotal Mariano, suscitado aparentemente por Nuestra Señora quien revela cosas muy ciertas con las cuales estoy de acuerdo, salvo en un punto que me parece esencial, fundamental: ¿cómo es que Nuestra Señora no diga nada de la Santa Misa? Que ellos se mancomunen en concelebraciones y celebraciones de la nueva misa, teológicamente es absurdo. Entonces, ese es un punto clave. Otro es el siguiente: ¿cómo es posible que reconociendo, por ejemplo, que en la Iglesia hay una gran confusión, desobediencia, error y herejía, incluso apostasía, cubra las espaldas a los principales responsables de esa apostasía? Eso no puede ser.

Necesitamos más que nunca manejar un concepto sobrenatural claro de lo que es la Iglesia y su doctrina y necesitamos también el virtuosismo de San José ante el error que la invade y que bajo el peso de la obediencia a la jerarquía y a la autoridad, quieren hacer prevalecer por encima de la verdad. Ese es el gran misterio de iniquidad y por eso digo que Nuestra Señora no puede ocultarlo.

Pablo VI firmó todos los decretos y declaraciones del Concilio Vaticano II, no se le puede eludir la responsabilidad que le corresponde; o también a Juan Pablo II, que no ha hecho más que favorecer el error difundiendo el Vaticano II, mientras que reprime y estrangula la verdad y la tradición de la Iglesia. No puede haber plena unión en la verdad en aquellas cosas que parecen correctas y con las que podríamos estar muy de acuerdo, si no se dice toda la verdad y, más aún, cuando se encubre con el manto de la Virgen a los culpables. La autoridad tiene una obligación y se peca no solamente por acción sino también por omisión; la autoridad que no reprime al mal se convierte en su cómplice, hace que el mal se vuelva impune y, así, es más condenable que el mismo criminal. Y si eso acontece en el orden natural, cuánto más en el orden sobrenatural de la Iglesia, estando la autoridad para combatir el error y para enseñar y afianzar la verdad infaliblemente y si eso no lo hace un Papa, peca con un pecado de lesa majestad contra la Iglesia y la verdad, que es Dios, y eso no lo puede encubrir Nuestra Señora.

Monseñor Lefebvre, ese santo Obispo, y santo no solamente por decirlo para significar una gran vida de santidad, sino santo con todas las características de aquellos santos dignos del altar, porque incluso por su intercesión se han hecho algunos milagros, pero que ha sido vilmente atacado por haber cometido el gran pecado de ser fiel a la Santa Madre Iglesia Católica, siguiendo él ese ejemplo de firmeza y de virilidad de San José al no querer aceptar el error.

En estos momentos de la Vigilia de Navidad, en que esperamos nazca nuevamente Nuestro Señor, esperamos también su segunda venida. La Navidad carecería de sentido si no tuviésemos presente cada año en esta fecha la segunda aparición de Nuestro Señor glorioso y majestuoso con la cual completa y corona su primera venida y toda la obra de la Redención.

Pidámosle a la Santísima Virgen María que nos ayude a festejar una Navidad en paz con Dios y con los que están a nuestro alrededor si eso es posible, manteniendo la fe pura, la fe inmaculada cual pura e inmaculada fue la Santísima Virgen María que albergó la palabra de Dios en su seno. +



VIGILIA DE NAVIDAD

24 de diciembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este domingo festejamos la Vigilia de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, y narra el Evangelio la duda que embarga a San José ante el gran misterio de la Encarnación, misterio que él desconocía; por tanto, tenía el propósito de abandonar secretamente a su legítima esposa, abandonarla en secreto porque los judíos acostumbraban repudiar a la mujer adúltera y para evitar ese escándalo, pensaba, sin difamarla, dejarla en silencio, viéndola encinta y sabiendo por demás, que era una santa mujer y que se habían casado prometiéndose mutua virginidad⁵.

La ley natural nos dice que si una mujer está encinta, es porque ha tenido relación marital con un hombre; la Santísima Virgen no podía revelar lo acontecido en Ella porque era a Dios a quien correspondía anunciarle a su esposo; Ella debía guardar silencio sabiendo que Dios proveería lo que fuese necesario, incluso, el hecho de advertir al casto, puro y virtuoso San José, quien según la Tradición de la Iglesia era primo hermano de la Virgen María⁶. San José, pues, ante aquel misterio decide abandonarla en secreto para no hacerle daño, para que los judíos no la lapidasen; no difamarla, pues le constaba que era pura y santa; sin embargo, ya que no puede entender, con virilidad decide distanciarse, hasta que un ángel del cielo le aclara el misterio anunciándole que aquello era obra del Espíritu Santo y que recibiese a la Virgen en su casa como a su legítima esposa.

Esta actitud de San José, que nos puede extrañar, incluso escandalizar, si somos piadosos en apariencia, porque la verdadera piedad es viril (fuerte) también en la

⁵ Cosa que no debe extrañarnos porque también hubo en la historia ejemplos de matrimonios vírgenes: como en plena Edad Media (año 1000) con San Enrique, (Enrique II Emperador y Rey de Alemania) casado con Santa Cunegunda, y que permanecieron vírgenes toda su vida.

⁶ Jacob, padre de San José, era hermano de Santa Ana: según la genealogía que nos trae el exégeta Cornelio a Lapide, eran descendientes de la raza de David; de allí la doble genealogía que no han sabido compaginar muchos exégetas, por desconocer este parentesco que era de conocimiento común en la Iglesia primitiva.

mujer, como la piedad de Santa Teresa la grande, porque la virtud da esa fortaleza de espíritu tanto en el hombre como en la mujer; la misma palabra virtud quiere decir fuerza, vigor, *uirtus*. San José, entonces, en lugar de hacer consideraciones aparentemente piadosas "... como es una santa mujer, eso será hinchazón, será inflamación u otra cosa...", no entiende y decide tomar distancia.

Esa actitud tendríamos que tenerla en cuenta estimados hermanos, a lo largo de toda nuestra vida, para esas ocasiones difíciles, sobre todo en épocas como en la que nos ha tocado vivir. Cuando no entendamos y estemos ante una contradicción o un misterio, y más aún, cuando estemos ante un misterio de iniquidad como el que realmente se vive, nos sirve ser viriles y adoptar el ejemplo de San José: ante el error introducido en la Iglesia -preñada de errores cuando no de herejías-, siendo un contrasentido, ya que la Iglesia es santa, es pura e inmaculada, pasando por alto los errores personales que tengan sus miembros. Los errores doctrinales que afectan a la institución en sí misma constituyen un misterio de iniquidad en la Iglesia. El católico, si ama a Nuestro Señor debe tomar distancia, alejarse en silencio para conservar la fe y no excusar el error ni aceptarlo, como desgraciadamente hacen muchas personas encubiertas con apariencia de piedad, como les pasa a muchos sacerdotes que justifican el error y la contradicción.

Y este ejemplo de San José: él, que no podía pensar mal de la Santísima Virgen María; él, que sabía que era una mujer inmaculada, la ve encinta y decide dejarla, y lo hubiera hecho, pero el ángel le retiene. Entonces, ¿cómo es que nosotros -católicos- que sabemos que la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, como institución divina no puede enseñar el error y menos la herejía?, aceptemos esa contradicción, esa infamia, esa blasfemia, la de cohonestar con una Iglesia que no es ni pura ni santa ni inmaculada. Hay que imitar a San José.

Y esa fue la actitud que asumió Monseñor Lefebvre: tomó distancia, no aceptó bajo ningún concepto el error y la contradicción, se adhirió a la Tradición para mantenerse fiel y fundó una asociación de sacerdotes fieles a la verdadera Iglesia, porque la verdadera y única Iglesia no puede como institución albergar ni enseñar el error en su doctrina, en sus sacramentos y en su moral. Otra cosa son los errores humanos de sus miembros, pero ya no es la institución quien falla sino los hombres, la parte humana. Nosotros no podemos aceptar lo que actualmente se presenta ante nuestros ojos como Iglesia oficial henchida de errores y herejías. Por esto, la valentía de San José viene a servirnos de ejemplo para mantenernos fieles al Evangelio, para que Nuestro Señor Jesucristo reine en su Iglesia y en nuestros corazones; aunque nos consideren cismáticos, o como ellos quieran considerarnos, ya que "cisma", como decía Monseñor Lefebvre, "si es que lo hay, no soy yo el cismático sino aquellos que no son fieles a la Tradición de la Iglesia siendo la innovación la que posibilita, y de hecho así lo ha sido, el error, llevando a los fieles a la apostasía".

Por lo mismo, debemos cuidarnos de organizaciones que parecieran responder a mensajes del cielo y que pueden no ser verdad, porque son susceptibles de

adulteración en el camino; me refiero al Movimiento Mariano del padre Gobbi, Movimiento Sacerdotal Mariano, suscitado aparentemente por Nuestra Señora quien revela cosas muy ciertas con las cuales estoy de acuerdo, salvo en un punto que me parece esencial, fundamental: ¿cómo es que Nuestra Señora no diga nada de la Santa Misa? Que ellos se mancomunen en concelebraciones y celebraciones de la nueva misa, teológicamente es absurdo. Entonces, ese es un punto clave. Otro es el siguiente: ¿cómo es posible que reconociendo, por ejemplo, que en la Iglesia hay una gran confusión, desobediencia, error y herejía, incluso apostasía, cubra las espaldas a los principales responsables de esa apostasía? Eso no puede ser.

Necesitamos más que nunca manejar un concepto sobrenatural claro de lo que es la Iglesia y su doctrina y necesitamos también el virtuosismo de San José ante el error que la invade y que bajo el peso de la obediencia a la jerarquía y a la autoridad, quieren hacer prevalecer por encima de la verdad. Ese es el gran misterio de iniquidad y por eso digo que Nuestra Señora no puede ocultarlo.

Pablo VI firmó todos los decretos y declaraciones del Concilio Vaticano II, no se le puede eludir la responsabilidad que le corresponde; o también a Juan Pablo II, que no ha hecho más que favorecer el error difundiendo el Vaticano II, mientras que reprime y estrangula la verdad y la tradición de la Iglesia. No puede haber plena unión en la verdad en aquellas cosas que parecen correctas y con las que podríamos estar muy de acuerdo, si no se dice toda la verdad y, más aún, cuando se encubre con el manto de la Virgen a los culpables. La autoridad tiene una obligación y se peca no solamente por acción sino también por omisión; la autoridad que no reprime al mal se convierte en su cómplice, hace que el mal se vuelva impune y, así, es más condenable que el mismo criminal. Y si eso acontece en el orden natural, cuánto más en el orden sobrenatural de la Iglesia, estando la autoridad para combatir el error y para enseñar y afianzar la verdad infaliblemente y si eso no lo hace un Papa, peca con un pecado de lesa majestad contra la Iglesia y la verdad, que es Dios, y eso no lo puede encubrir Nuestra Señora.

Monseñor Lefebvre, ese santo Obispo, y santo no solamente por decirlo para significar una gran vida de santidad, sino santo con todas las características de aquellos santos dignos del altar, porque incluso por su intercesión se han hecho algunos milagros, pero que ha sido vilmente atacado por haber cometido el gran pecado de ser fiel a la Santa Madre Iglesia Católica, siguiendo él ese ejemplo de firmeza y de virilidad de San José al no querer aceptar el error.

En estos momentos de la Vigilia de Navidad, en que esperamos nazca nuevamente Nuestro Señor, esperamos también su segunda venida. La Navidad carecería de sentido si no tuviésemos presente cada año en esta fecha la segunda aparición de Nuestro Señor glorioso y majestuoso con la cual completa y corona su primera venida y toda la obra de la Redención.

Pidámosle a la Santísima Virgen María que nos ayude a festejar una Navidad en paz con Dios y con los que están a nuestro alrededor si eso es posible, manteniendo

la fe pura, la fe inmaculada cual pura e inmaculada fue la Santísima Virgen María que albergó la palabra de Dios en su seno. +



NATIVIDAD DEL SEÑOR

25 de diciembre de 2000

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Esta es la tercera Misa de Navidad y corresponde a la Misa del día. La primera fue la Misa de medianoche, de gallo; y la segunda, la Misa del alba o de la aurora. Con estas tres Misas la Iglesia quiere manifestar lo sublime que es esta fiesta de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, de la Navidad, por lo cual en esta tercera Misa, la Iglesia ha elegido se lea el Evangelio de San Juan con el que finalizan todas las Misas.

San Juan, el discípulo amado, es representado por el águila para simbolizar su alto vuelo, agudeza y profunda visión al situar al Verbo desde su origen en la Trinidad. Dice en su Evangelio: "En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios". Ese principio es el Verbo que se hace hombre y: "en El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz resplandece en las tinieblas y las tinieblas no la han recibido". "Existía la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo". "Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron". "Pero a todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles potestad de llegar a ser hijos de Dios". Es taxativo, fundamental, nos sitúa directamente en el orden sobrenatural; el concepto de Dios se adquiere por el conocimiento natural, pero el concepto de Cristo nos introduce directamente en el plano de lo sobrenatural, en el orden sobrenatural de la fe.

Por eso, al pronunciar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo no queda más que arrodillarse y adorarlo como a Dios, como al Verbo Encarnado. Es lo sublime de la religión católica que excluye toda falsa religión, todo otro nombre, toda otra posibilidad de salvación, cualquier otra iglesia, y eso hay que reafirmarlo hoy en medio de tanta confusión en materia religiosa, de salvación y en materia de gracia. Por eso San Juan es taxativo, no deja lugar a dudas, proclama esa fe y la generación eterna de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que es lo que quiere significar esta tercera Misa, la generación eterna en Dios del Verbo que procede del Padre; el Padre que le engendra desde toda la eternidad, desde siempre, desde el principio, desde el inicio y que por ese Verbo se han hecho todas las cosas; el universo y toda la creación converge en Nuestro Señor Jesucristo. Es Rey de Reyes, Cristo Rey.

Desgraciados aquellos hombres y pueblos que no quieren someterse al suave yugo de Nuestro Señor y no quieren reconocerle. Y imaldita, mil veces

maldita sea la libertad religiosa que le niega el derecho de exclusividad a Nuestro Señor! Por eso, es una herejía el ecumenismo que flagela y destruye la Iglesia, que pretende destruir la majestad de Dios y eso el mundo no lo ve, porque no tiene fe; no se consideran estas verdades a la luz sobrenatural de la fe y por eso la Iglesia está siendo cada vez más reducida a un pequeño rebaño fiel a Nuestro Señor.

No podemos dejar pasar sin advertirlo, debemos estar vigilantes, que no en vano festejemos la Natividad de Nuestro Señor. Si El no es el Cristo, si El no es el Ungido, ¿quién es el Verbo de Dios entonces? Habría que ver qué significado tiene la Navidad y no solamente la Navidad. Toda la religión católica caería por tierra. Se socavan la religión y la Iglesia Católica al permitir la posibilidad de salvación no en el nombre de Cristo sino en cualquier falsa religión, como era lo que proclamaba esa falsa santa: la Madre Teresa de Calcuta.

Y que Dios y ustedes me perdonen, mis estimados fieles, pero es la verdad a la luz de la fe; cómo es posible que el apostolado de ella consistiera en que cada uno sea un buen pagano, un buen musulmán, un buen judío, eso es filantropía, no es la caridad de Dios que debe predicar a Cristo; y este es el apostolado: atraer a los infieles y a todos los hombres al nombre de Nuestro Señor Jesucristo; ese es el apostolado de la Iglesia y no lo que hoy se predica, "que cada uno sea bueno en su creencia, según su conciencia". ¿Cuál conciencia? La inconsciencia que da un mundo impío y ateo que por orgullo no quiere reconocer la sumisión y la sujeción de todos y de cada uno de nosotros a Nuestro Señor Jesucristo y proclamar que El es el Rey de Reyes, que es la revelación del Padre como acabamos de ver en la epístola; antaño, y como pasó en todo el Antiguo Testamento, Dios hablaba a través de los profetas, pero después ya no habla a través de los profetas sino a través de su Verbo mismo, de su Palabra que es la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, la Palabra de Dios, eso quiere decir el Verbo, el Hijo de Dios.

No es posible perder la noción de estas verdades fundamentales, necesarias para ser católicos; es un ejemplo de cuan diluida está la doctrina católica y la verdad católica, el fundamento de nuestra sacrosanta religión; y cuan profanado el nombre de Jesús, cuan profanada su cruz y cuan profanada está su Iglesia. Debemos reanudar esos principios fundamentales de nuestra religión para que nuestra fe se enaltezca, sea pura e inmaculada; una fe afirmativa, no una fe diluida; una fe que ya no es fe sino un puro sentimiento religioso, eso no es fe sobrenatural, a ese sentimiento religioso no se le puede llamar ni considerar jamás fe, y ese es el concepto de fe de los protestantes, un sentimiento avalado por la conciencia y la libertad del hombre; y ¿cómo es posible que hoy se enseñen todas estas cosas, que destruyen la fe y hacen que las tinieblas en el mundo sean más densas que cuando vino la luz, Nuestro Señor en persona, a disipar las tinieblas del mundo?

Por tanto, no hay autoridad en la Iglesia y no la puede haber jamás si va en contra de la luz, de la verdad y de la doctrina católica. Lo que hay, cuando no se cumple con el sacrosanto deber, es una claudicación; caiga la piedra a quien le caiga, pero lo debemos tener claro para seguir profesando la fe Católica, Apostólica y Romana, para seguir perteneciendo a la Iglesia de Dios, a la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo, y no que nos abracemos en un sincretismo religioso "sin dogmas que dividan en unión con todos los hombres" en la sinagoga de Satanás, que es la obra del judaísmo, obra de la masonería; esa no es la Iglesia Católica.

De esta tribulación saldrá la Iglesia acrisolada, purificada, pero hay que cuidarnos de no ser consumidos en esa purificación; para no ser consumidos y destruidos tenemos que permanecer con la llama de la fe encendida y que no se diluya en un sincretismo religioso del cual la Iglesia es una de tantas creencias más; eso es lo que propaga el ecumenismo, eso es lo que significan esas reuniones y ceremonias interreligiosas de Asís y de la misma Roma, profanando la tumba de San Pedro, primer Papa de la Iglesia Católica. Todo esto nos hace reflexionar para que esta Navidad sea una proclamación de fe, un acto de fe vivido y no un sentimiento religioso o una opinión sino un dogma de fe, porque la proclamación de la fe implica nuestra salvación.

Esta es la época de apostasía que nos tocó sufrir: oscuridad, tinieblas, con muy poca luz y apagando la fe que todavía queda en los fieles que, perdidos y descarriados, vagan como ovejas sin pastor; hay que alimentarlas con el pan de la verdad y la verdad es Dios y Dios es Nuestro Señor Jesucristo. Esto es lo que proclama como un águila San Juan evangelista, el discípulo amado, el discípulo preferido y además primo de Nuestro Señor, como atestiguan los Padres de la Iglesia.

Pidámosle a Nuestro Señor esa fe en El, que nos santifica; no puede haber obra de santificación si no hay fe, y sin fe no puede haber caridad ni amor a Dios; por tanto, la fe es esencial, es uno de los fundamentos de la Iglesia Católica y esa fue la fe que tuvo Nuestra Señora. Ella, que creyó como ningún otro mortal en la divinidad de su Hijo, siendo Ella una criatura, por lo que se consideraba a sí misma indigna de tan altas grandezas a las cuales Dios la llamó, a lo que apenas supo contestar: "Soy la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Sierva de Dios, como quien dice la sirvienta de Dios, eso es la criatura ante Dios, somos siervos y Dios nos llama a ser hijos, asimilándonos a Nuestro Señor Jesucristo y que por lo mismo se nos da en el Pan Eucarístico, en la Sagrada Hostia; eso significa la Comunión, no es un pedazo más de pan, como lo creen hoy.

¡Hasta dónde hemos llegado y quién sabe hasta dónde llegaremos en la destrucción y demolición de la Iglesia! por obra y mérito de los mismos pastores, de la misma jerarquía; eso es lo terrible y doloroso. Debemos

aferramos cada vez más a Nuestra Señora para que Ella nos proteja, nos conforte y nos consolide en la fe y en el amor a su Santísimo Hijo.+



DOMINGO EN LA INFRAOCTAVA DE NAVIDAD

31 de diciembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este domingo de la Infraoctava de Navidad, que quiere decir dentro de la octava, de los ocho días siguientes a la Natividad de Nuestro Señor, el Evangelio nos relata la presentación del Niño Jesús en el templo junto con la purificación legal de Nuestra Señora.

Antiguamente estaba muy marcada en el pueblo elegido la convicción de que el primogénito pertenecía a Dios, era de Dios, como deben ser todas las primicias, para Dios, con lo cual se manifiesta su señorío, su dominio sobre todo lo creado. Por los primogénitos, entonces, había que pagar como un rescate en el templo y cada uno lo hacía de acuerdo con sus posibilidades. Los ricos ofrecían el sacrificio de un cordero o de un ternero, mientras que los pobres ofrecían una paloma o alguna otra ave, animales de menor valor que en este caso fue lo que ofrecieron San José y la Virgen María, quienes eran pobres. Pobres, mas no miserables. Porque la miseria no es buena para nada, la pobreza es buena para vivir cristianamente en la humildad y en el ejercicio de las demás virtudes, cosa que hoy no se aprecia y se confunde muchas veces con la miseria. También este siglo de tanto progreso depara esa miseria que no es buena para la vida virtuosa ni para la vida cristiana, y sin embargo nos gloriamos de un siglo que genera desastres sociales que descompensan la convivencia humana, política y social de las naciones y del mundo entero.

San José y la Virgen María fueron, pues, al Templo a presentar al Niño y de paso Nuestra Señora también fue a purificarse. La purificación legal era porque quedaba un resabio de la condición pecaminosa por la cual venimos al mundo, transmitiéndose el pecado original; de ahí que la mujer de alguna forma debiera purificarse. Lo que demuestra que no nacemos buenos. Ni tan buenos, ni tan puros, como piensa hoy el mundo, sino que nacemos bajo la impronta del pecado original que se transmite por la generación. Con una salvedad, en este caso maravilloso, la Virgen Santísima no tenía por qué hacer ninguna purificación legal; no obstante, quiso someterse a la Ley. Ella no tenía ninguna necesidad de ello porque lo nacido de sus entrañas era obra del Espíritu Santo y no de procreación humana en la cual interviniese un hombre; sino directamente de la mano de Dios en el seno virginal y puro de la Santísima Virgen María.

Y vemos cómo San Simeón, sacerdote del templo, al llegarle el turno a la Sagrada Familia, reconoció al Mesías y le profetizó a su madre y al pueblo que sería signo de

contradicción, y para Ella también sería como una espada que traspasaría su corazón. Ya es la Virgen dolorosa con los sufrimientos profetizados a causa de este niño que iba después a morir en una cruz. Asombra cómo este Niño recién nacido, que era el Salvador y Mesías, fuese signo de contradicción.

He ahí todo el misterio ante Cristo Nuestro Señor, ante El no puede haber término medio, a Nuestro Señor hay que reconocerlo y aceptarlo o rechazarlo. Es en ese sentido que El está constituido como signo de contradicción: para salvación de unos y para condenación de otros, como respuesta fundamental de cada ser, de cada hombre, de cada criatura ante Nuestro Señor, si correspondemos a Dios en el nombre de Cristo o si le rechazamos. Este es el misterio de la condenación del infierno que hoy se le niega, o se le pone en duda, sobre todo cuando se dice que el infierno es un simple estado del alma y no un lugar.

Yo quisiera entonces saber en qué lugar estarán los cuerpos de aquellos que se han condenado; si tienen un cuerpo tienen un lugar, luego el infierno también es un lugar. Y ningún Papa tiene derecho a conculcar esta doctrina de fe y si lo hace es un hereje; lo lamento mucho, mis estimados hermanos, pero Juan Pablo II lo ha dicho, y es una herejía. El infierno no es simplemente un estado, además de ser el estado del alma separada de Dios, y esa es la pena de daño, la pena terrible; también hay la pena de sentido que es el fuego eterno, que reivindica la justicia de Dios en aquellos que libremente han impugnado el nombre de Dios y le han rechazado; esa es la doctrina Católica, Apostólica y Romana, y pobre de aquel que no la defiende; en el cumplimiento de mi deber como sacerdote católico lo digo, porque no se puede tolerar impunemente la herejía en contra de la sacrosanta doctrina de la Iglesia Católica.

La Iglesia Católica no es una cueva de ladrones, ni el panteón de todas las religiones ni de todas las falsas *creencias* como quiere hacer creer el Concilio Vaticano II; eso es inadmisibile, es intolerable y quien lo tolere y admita, no tiene la fe católica. No hay término medio; lo que puede haber es ignorancia, eso es otra cosa, pero a la ignorancia hay que combatirla con la predicación de la verdad y la verdad no tolera el error. Si Nuestro Señor es signo de contradicción para salvación de unos y condenación de otros, es justamente por esto, porque aquel que no le responde en el fuero íntimo de su alma a Nuestro Señor, sino que le rechaza y muere en ese estado, se condena eternamente. Pero hoy alegremente, dando muestras del protestantismo que profesan, de cualquier persona que se muere, "Aleluya, alabado sea el Señor", "ya se salvó, está en el cielo". Ni siquiera el purgatorio. Otro dogma de fe católico negado o puesto en duda, como pasa con los curas modernos que no tienen fe, que han perdido la noción del dogma católico; es tanta la imbecilidad, que ya no saben ni dónde están parados.

Esa es la obra de destrucción de la Iglesia Católica, la crisis que atravesamos, apenas digna de los últimos tiempos y anterior a la segunda venida gloriosa de Nuestro Señor y lo que tendremos que soportar hasta la manifestación del Anticristo. Esa es también la necesidad de tener una Iglesia con apariencia

verdadera, pero sin ser la Iglesia Católica y esa es la obra de los enemigos de Dios, de Satanás, el judaísmo y la masonería: prostituir la Iglesia, para que dentro de ella se alojen todas las falsas religiones y poder Satanás salirse con la suya, lograr entronizar en la Iglesia la cátedra del error.

Es un hecho comprobable al que le debemos el estar confinados aquí, reclusos como en las catacumbas, sin poder decir la Santa Misa en una iglesia o en una catedral, porque ya no se le permite a la verdad ser predicada ni a la Santa Misa de siempre ser ofrecida. Lo que exige de nosotros, mis estimados fieles, tener esa plena conciencia de nuestra santa religión y la razón de nuestra existencia. Porque no es normal lo que hacemos, ni lo que está pasando. O ¿es acaso normal que la Misa esté perseguida, que se tenga que decir en este recinto y no en una parroquia, con la anuencia y el beneplácito del obispado, de la jerarquía? Tampoco es normal que pululen dentro de la Iglesia herejías como la de negar el infierno; se niega además el purgatorio, se niega el pecado, se niega la exclusividad de salvación que tiene la Iglesia Católica; se rodea a Nuestro Señor de heresiarcas como Lutero, se le coloca en plano de igualdad con Buda o Confucio.

¿Acaso la Iglesia Católica es una olla podrida donde se alojan toda clase de ideas sin importar la gloria y majestad de Dios? Ya Nuestro Señor advirtió que antes de su segunda venida habrá una gran tribulación y una gran apostasía; y esa gran tribulación y esa gran apostasía, es la que se vive y que no sabemos cuánto tiempo durará y Dios quiera pronto acortar estos días, porque aun nosotros, los que queremos conservar la fe inmaculada, la verdad, seremos también inducidos al error si Dios no abrevia este tiempo, porque tanta es la presión, que son muy pocos los sacerdotes capaces de referirse a estas cosas aun dentro de la Fraternidad. No se piense que todos los sacerdotes de la Fraternidad hablan a los fieles tan claramente; no lo hacen.

¿Por qué? Por la presión, por el miedo, por el qué dirán, por no asustar, o porque a veces no ven con suficiente claridad. Es un privilegio cuando se cuenta con alguien que dice sencillamente las cosas como son y pone todo en las manos de Dios; porque quien predica no lo hace para predicarse a sí mismo, o tener éxito y ser alabado, sino para glorificar a Dios, para decir la verdad y combatir el error, cosa que no hace la jerarquía hoy; falta ese espíritu de verdadero combate y de verdadero apostolado.

Hay un cansancio, un desgaste, y por eso el peligro de ese desgaste en los sacerdotes y en los fieles. La única manera de mantener esa llama encendida es justamente estando alertas, con los ojos abiertos, con espíritu crítico para apropiarse lo bueno y rechazar y condenar lo malo; a Dios rogando y con el mazo dando, es la única manera de salir ilesos en medio de tanta confusión, herejía y apostasía. Sin dejar de encomendarnos a Nuestra Señora, que Ella nos proteja bajo su manto porque somos indefensos; el mundo en cualquier esquina nos devora, y no podemos sucumbir ante el error, ante el mal, ante el pecado. Debemos pedirle a

Ella cada día, a cada instante, para no dejarnos arrastrar por el torrente de fango que todo lo destruye.

Hoy, en cambio, se predica y hay de hecho libertad para todo, menos para el bien y para la verdad; todo se puede pensar, todo se puede creer, todo es permitido, menos una sola cosa: Predicar el bien y la verdad y de ahí la gran persecución en contra nuestra, cosa que no debemos temer. Al contrario, jamás hay que tener miedo cuando se está con Dios y eso es quizá lo que santifica ese combate espiritual, porque es un combate de fe, por la fe y en defensa de Nuestro Señor Jesucristo, signo de contradicción, pues para unos es salvación y para otros será reprobación, condenación eterna.

Ante el Nombre de Nuestro Señor no hay término medio, cada hombre con entera libertad le responde con un sí, o con un no, y por eso renovamos el sí que hemos dado en el bautismo, que volvemos a dar en la confirmación y en la recepción de los sacramentos, que nos da la gracia de Dios para que no le neguemos como muchas veces le negamos. Cada vez que pecamos, cada vez que no hacemos su santa voluntad, hay que pedirle, por lo menos, no tener la desgracia de pecar mortalmente, de ofenderle mortalmente; y que los pecados veniales no sean deliberados, que sean por nuestra inconsistencia, nuestra fragilidad, pero no por una malicia calculada, aunque sea venial. Porque el pecado venial deliberado lleva al pecado mortal y el pecado mortal nos separa eternamente de Dios.

Que este Niño recién nacido sea para nosotros manantial de salvación, no de condenación. Que Nuestro Señor, signo de contradicción, sea para el mundo la salvación. Pedir a Dios y ayudar a que se convierta la gente, a que le reconozca, ya que la Iglesia es misionera y el apostolado consiste en atraer a la gente a la conversión en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y no en afirmarles su budismo, mahometismo o judaísmo, sino que adviertan su perdición eterna al no aceptar a Cristo, al no hacerse bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Esa es la misión de la Iglesia; eso fue lo que hicieron los apóstoles y eso es lo recomendado hasta el fin del mundo; no el falso apostolado de hoy.

Pidamos a la Santísima Virgen María nos consolide en estas verdades esenciales para mantenernos fieles a la Iglesia Católica, fieles a Nuestro Señor, y así festejar santamente las Navidades y también poder concluir un año más con el propósito de que el próximo sea mejor en virtud y santidad; que las penalidades que vengan sean sobrellevadas con verdadero espíritu de fe y de amor a Dios sobre todas las cosas. +

